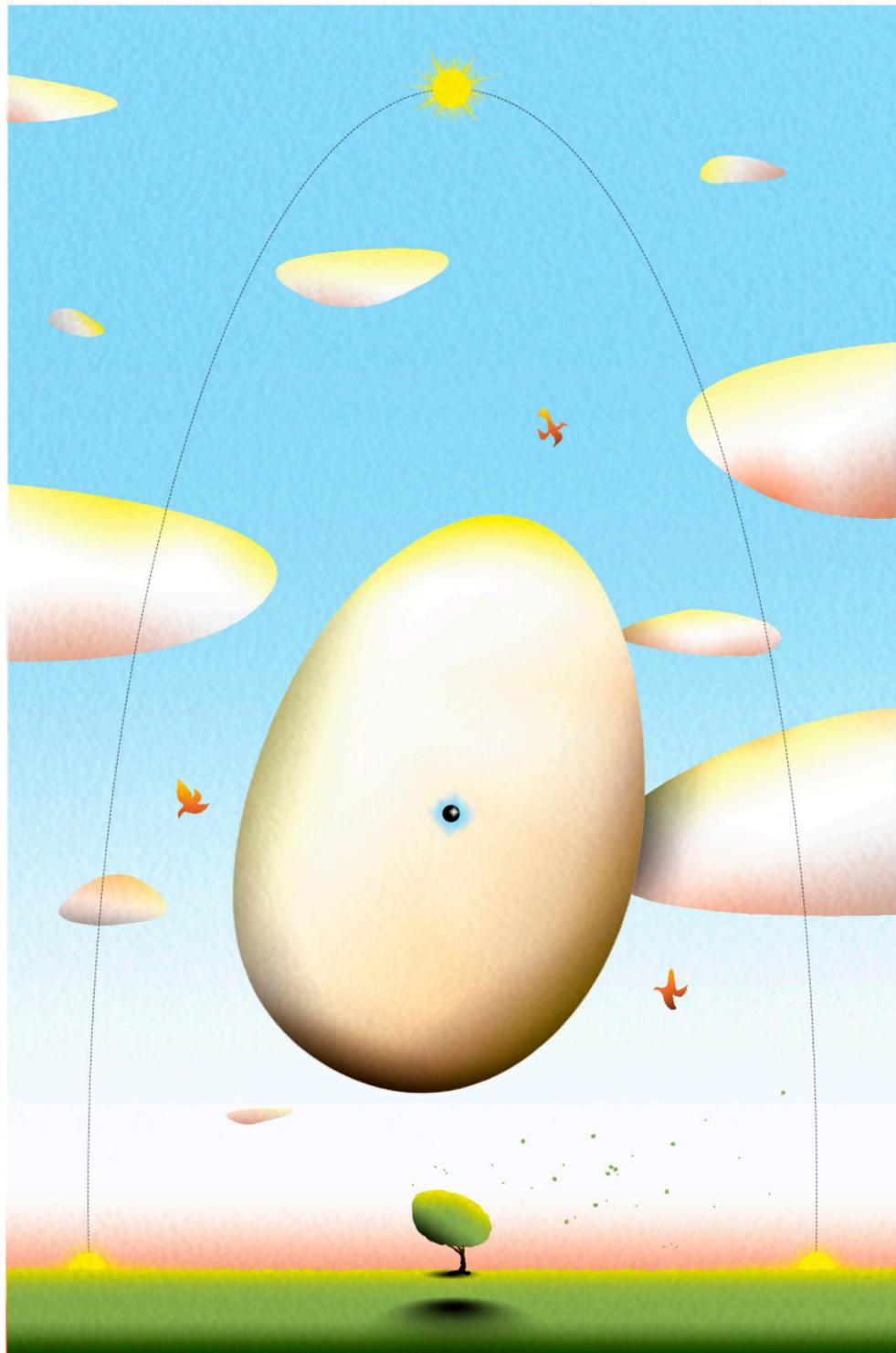


Mas Sarrat

EKATERINA KUZMINA

Ekaterina Kuzmina
Mas Sarrat



Ilustraciones: Apolo la Luz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*

Impreso en España.

Al señor de la Luz

Carta N° 1.
El azar.

*¿Y cómo te lo escribo? Dime, ¿cómo?
Y yo, ya no estoy. Aquí no me verás.
Y no me verá yo tampoco.
La única manera de cumplir con mi
propósito es tomar esta decisión.
La decisión que, anteriormente,
fue rechazada por mi espíritu.*

Hace tres días entré en un quiosco de Toulouse. Di una vuelta. No encontraba lo que quería, pero la mirada del quiosquero, persiguiéndome por las estanterías, me exigía la compra. Me acerqué a la puerta, intentando disimular mi escapada, pero el quiosquero surgió como de la nada con su sonrisa cordial, cortándome el paso. Me puse nerviosa, no supe explicarle nada, y por pura vergüenza, por comprar algo, encargué lo primero que podía interpretar mi pésimo francés: “le papier” y “les enveloppes”. Prácticamente, fue el quiosquero, quien giró la rueda de la fortuna.

– ¿Me oyes? –escuché el ruido en el pasillo–. Te vine a desear buenas noches... dale al botón grande en el mando del colchón, así mantendrá equilibrada la temperatura por la noche.

–Gracias, ya lo he resuelto. ¡Buenas noches! –y Fiona se fue en la oscuridad a su cuarto.

Intenté imaginar su rostro, iluminado por la luz de la luna que traspasaban las ventanas del pasillo, pero no recordaba sus facciones. No recordaba si tenía una nariz corva o aguileña, si los pómulos se le marcaban o se le hundían, si los ojos eran verdes o marrones. Solo me acordaba de su sonrisa cordial, con labios finos y pálidos que me calmó desde la primera mirada que nos dirigimos

la una a la otra hace algunas horas.

“¿Y si no llegará? –pensaba yo, esperándola en el aeropuerto–. ¿Qué haré si no llega? –y, admitiéndolo por solo un momento, sin preocupación ninguna, me volqué en las infinitas probabilidades de lo que podría ocurrir con mi vida a continuación. Estaba tan absorta por las posibles opciones que difícilmente pude resistir y quedarme un rato más esperando. Sentía la necesidad de olvidarlo todo para volver a tener una mirada pura y contemplativa–. Oh, qué gusto da ser una cualquiera, una desconocida, una entre otras tantas que me rodean. Seré un ojo, una mirada que lo abarca todo, eso es –pensaba yo–. Nada más que una mirada transparente, como la de un niño que se mira y se sorprende de lo chico que es, de su pequeñez física y de su yo tan grande, pareciéndole ridículo ante sus ojos inocentes–.”

Mis galletas llegaban a su final, lo cual me dejaba sin provisiones y los pensamientos de lo que iba a emprender se hacían cada vez más reales. Estaba tranquila. No me importaba cómo iba a desarrollarse la escapada. No me importaba lo más mínimo. Sólo necesitaba la luz, aquella que aparece cada día para iluminar la conciencia.

Fiona surgió como de la nada y al verla, todas mis suposiciones se desvanecieron. Me reconoció y me sonrió como a una antigua amiga. Leí ciertas notas de remordimientos en sus ojos.

– Lo siento mucho, me equivoqué con la hora –dijo–. Vamos, ya es muy tarde, estarás muy cansada, ¿verdad? Mi coche está ahí, en el parquin. ¿Te ayudo con algo?

– No, no te preocupes. Solo llevo una mochila.

– Ah, muy bien, muy bien.

El remordimiento se borró. Camino hacia el coche me comunicó todos los detalles de su viaje a Londres, el día de su cena familiar y las cómicas disputas entre sus parientes. Fiona andaba rápido, con cierto ímpetu, como si tuviera un objetivo que alcanzar

que se le estuviese escapando. El coche lo conducía, igual que andaba, con la vehemencia y pasión de un conductor experimentado y no frenaba aun cuando tenía que buscar algo en el asiento trasero.

– Bueno, y tú, ¿qué tal estás? ¿Estarás deseosa de tu nueva aventura?

– Bueno, sí. Pero ahora estoy más deseosa de un largo y profundo sueño –le sonreí. No quería ser grosera.

– Ah, ¡por supuesto! ¿Me cuentas algo? No sé nada de tu tierra, qué lejana y desconocida...

No me encontraba en condiciones para una larga conversación. “¡Qué cansina!” – pensé yo. Ya no sentía mucha presión, aunque todavía me encontraba en un estado de alerta. Iba en el coche de una desconocida, ¿qué le iba a contar?

La tranquilidad de la noche y el mesurado paso del vehículo me iban acunando y al final cedí a las preguntas de Fiona y dejé de preocuparme por la relevancia de los asuntos. Llevamos una conversación demasiado enérgica para la hora que era y, sin querer, le iba desvelando más de la cuenta.

Desahugué en sus hombros hasta el pensamiento más insignificante que tenía en la cabeza y ella, tan pacífica, seguía preguntándome más y más. Cuando me paraba a inhalar el aire, me asomaba por la ventana abierta, dejando atrás las luces de los pueblos lejanos. Los gemidos de los animales me volvían en mí y de nuevo me entregaba en los brazos de Fiona.

“¿Qué veré mañana, al despertarme? ¿Todavía estaré aquí para verlo?” –no me sentía muy cómoda, me faltaba asimilar lo sucedido y por fin respirar profundamente el futuro del próximo mes.

1 de abril.

Carta N^o2
Los habitantes.

La tenue luz del día acariciaba los objetos con un cariño especial. Al despertar, me asomé por la ventana, pero no vi nada sino una niebla viscosa que envolvía los árboles cercanos y dejaba ciego el paisaje. Salí a la cocina y encontré una nota que me dejó Fiona, diciendo que iba a por pan a Cazals y que volvería para el desayuno. Dejé la nota y, todavía soñolienta, salí al porche. Una ráfaga del viento me removió el pelo, pasó por detrás del cuello y me dejó temblando por el frescor punzante del aire cargado. Me venían los olores a la tierra mojada y la hierba jugosa, la mezcla de las flores primaverales y el olor a la leña roncando en la chimenea. Bajé las escaleras para investigar el territorio, pero un miedo repentino me detuvo. Me di la vuelta y observé la casa: sus piedras ostentosas dominaban el ambiente, contrastando aún más con la niebla que se extendía a sus pies. Estaba así, parada, durante varios minutos y la impresión del lugar se hacía cada vez más voluminosa, más palpable. Escuché el coche de Fiona y en breve apareció, como de costumbre, saliendo de la nada.

– Hola, ¿qué tal has dormido? – me gritó. – Coge la chaqueta, vamos a buscar a Asti. He traído los croissants, desayunaremos por el camino, ¿vale?

Cogí el abrigo y saliendo por la puerta me atropellaron tres gatos, metiéndose por la gatera. Uno de ellos, el pelirrojo, se arrimó a mis pies.

– Cierra la puerta, la llave está colgada en un clavo a la derecha.

Me detuve unos segundos, buscando la llave que encajaba en el cerrojo, entre el tintineo de sus hermanas. Tras completar la primera misión, fui a buscar su coche entre la niebla. Iba tropezándome, sin distinguir el sendero y, aunque Fiona se encontraba a dos

pasos, no conseguía ubicarla. Sentí algo rozándome. El gato pelirrojo, atado a mis pies, me guiaba el camino. Se detuvo un momento, me miró y se echó a correr. Corrí por detrás de él y en un instante vi a Fiona, acariciándolo en sus brazos.

– Venga, entra. ¡Vamos a morirnos de frío! ¿Has dormido bien?

– Sí, no me esperaba este tiempo, pero me salvó el colchón y las mantas. Muchas gracias.

– Nada, cariño. Toma, todavía está caliente. También he traído “pan au chocolat”, ¿quieres?

– No te preocupes...

Fiona arrancó lentamente y, bajando la cuesta, empezamos a flotar en la niebla. La blancura de la mañana me cegaba y sólo me percataba de los destellos de las ventanas arrimadas a la carretera. Sentí que el paisaje todavía se negaba a presentarme su cara.

Íbamos con mesura, aguzando el oído y atendiendo a cada ruido que surgía bajo las ruedas, pero pronto la manta blanca empezó a desvanecerse y nos abrió las vistas a los campos desolados y sombríos que seguían dormidos entre los primeros cantos de los pájaros. En media hora entramos en un pueblo, al pie de un lago, rodeado por el paisaje de colinas. Paramos enfrente de una cabaña.

Se escucharon los ruidos de dentro y Asti salió ladrando al encuentro. Era un Sennenhund con pelo negro brillante y el pecho y una oreja blancos. Se acercó a jugar con Fiona y ella lo arrimó como a un niño, con amor y alegría.

– August, Nadine, ¿cómo estáis? – se nos presentaron los dueños de la casa.

– Todo bien, todo bien. ¿Y vosotras? ¿Entráis para un té?

– Sí, por favor, ¡hace tanto frío!

Entramos para descansar y pasar un rato hasta la hora de

comer, que volvimos a la casa.

A mediodía nos pusimos a cocinar. Fiona hablaba con sus padres por teléfono, cortaba verduras y me indicaba las “cups” de una receta inglesa. Su ubicuidad era sorprendente.

Ibamos a comer temprano. Los ingleses comen temprano y tuve que adaptarme. Charlotte, su vecina, nos trajo un pollo de su granja y lo asamos entero en el horno. Para el segundo cocimos los huevos recolectados recientemente y con los mismos huevos preparamos una mayonesa. Lo acompañamos con una variedad de quesos caseros y con vino de una bodega “Chateau Fonteau” que tanto le gustaba a Fiona.

Nos sentamos a comer. Fiona estaba preocupada por su hija.

– Ah, Ana está en otro mundo ahora. ¡Love! Lo conocí hace unos meses. A veces, me llama y llora, y llora. Ella misma no sabe por qué. Conocí a su padre a su edad. ¡No puedo creer que ella había crecido tan rápido! Bueno, todo pasa, todo pasa.

– ¿Y su hermano?

– ¿James? Ah, no se ven a menudo. Él estudia en otra universidad. Es dos años mayor, así que primero fue él a Londres. En principio lo tuvo difícil: otro país, gente diferente, hasta el propio idioma. Aunque les hablaba en inglés de pequeños, no era el mismo nivel, ¿entiendes?

– Ya... Han vivido toda su vida aquí y luego directamente a Londres... Debe ser complicado...

– Bueno... sí, pero se adaptaron rápidamente. Nos trasladamos a Francia cuando ellos eran muy pequeños, pero también íbamos de vacaciones a casa de mis padres. Han conocido Londres, Mánchester, Birmingham. Y aparte son los dos muy sensatos. Confío mucho en ellos.

– ¡Qué vida más interesante tendrán ahora! Les abriste una nueva puerta, ¡un nuevo mundo!

– Ya... Me lo imagino, pero no quería dejarles marchar... Qué pena me daban... Y Ana, como un pájaro desprotegido... Pobrecita. Pero no fue lo único. No me podía permitir pagarles todo. Tú sabes, la universidad en Londres te cuesta un ojo de la cara... Así que se buscaron un trabajo los dos. Y ahora ya ves, hago todo lo que puedo y, gracias a voluntarios como tú, puedo llevar mi trabajo adelante.

En ese momento le llamó su hija por teléfono y Fiona, disculpándose, se fue para hablar con ella. Le sonreí sin decir nada e intenté imaginar la vida de sus hijos que tendrían mi edad. “¿Cómo la viven, qué aspiraciones tienen? ¿A dónde van para tomar algo y qué estudian? ¿Cómo se divierten?” – no sabía nada.

Después de comer me quedé un rato limpiando la cocina y las habitaciones. Acabé pronto y Fiona me invitó a acompañarla a la “Chateau Fonteau” para hacernos con las provisiones de vino para el curso.

Tuve una hora libre antes de irnos y me acurruqué en la mesa del comedor, tomando té con leche y observando la casa. Fijé mis ojos desconcertados en la ventana que abría las vistas al valle y a la estrecha carretera sinuosa que subía rodeando el campo desenfocado por los restos de la niebla. La colina de enfrente se perdía en la oscuridad del bosque y se borraba por el humo saliente de la casa de nuestra vecina. Todo se fusionaba y se ponía tenso. Sonaba el llanto del burro, los pájaros se silenciaban y sólo me llegaban los crujidos del fuego de la chimenea.

Alejé la mirada de la ventana para volver a fijarme en la casa que no tenía nada en común con sus vistas desde el exterior. El ambiente cálido dominaba el espacio. En la mesa de álamo noble, tres metros de largo y uno de ancho, podrían caber hasta unas 12 personas con suficiente espacio para repartir codazos libremente. Los muebles de la cocina tenían un aire victoriano y había algo pomposo en las asas redondas, platinadas y en los bajorrelieves y or-

namentos florales que coronaban cada pieza. La pared de entrada conservaba su revestimiento de madera original y un reloj enorme como una claraboya medieval metía prisa al tiempo, evocando tu poema con sus golpes.

EKATERINA KUZMINA

ME SIENTO COMO MONTAÑA
A LA QUE LOS PAJAROS NO MIRAN, NO HABLAN
ME SIENTO COMO MONTAÑA
PERDIDA, MUDA, GROTESCA, SOLITARIA
ME SIENTO COMO MONTAÑA
EL RÍO FRESCO, BAJANDO DESDE MIS PESTAÑAS
ME SIENTO COMO MONTAÑA
LA LUNA REFLEJA, NADIE BEBE DE SU AGUA

ME SIENTO COMO MONTAÑA
SOLO DE PIEDRAS, QUE AL AIRE ARAÑAN
ME SIENTO COMO MONTAÑA
RODEADA DE NUBES, NO CANTAN, NO BAILAN

DESDE EL ECO eco eco, SU HUECO, SUENA HUECO hueco hueco

ME SIENTO COMO MONTAÑA
AÑORANDO SU TIERRA, NO SENTIRSE EXTRAÑA
ME SIENTO COMO MONTAÑA
AJENA, FRONDOSA, ROMÁNTICA, AMARGA

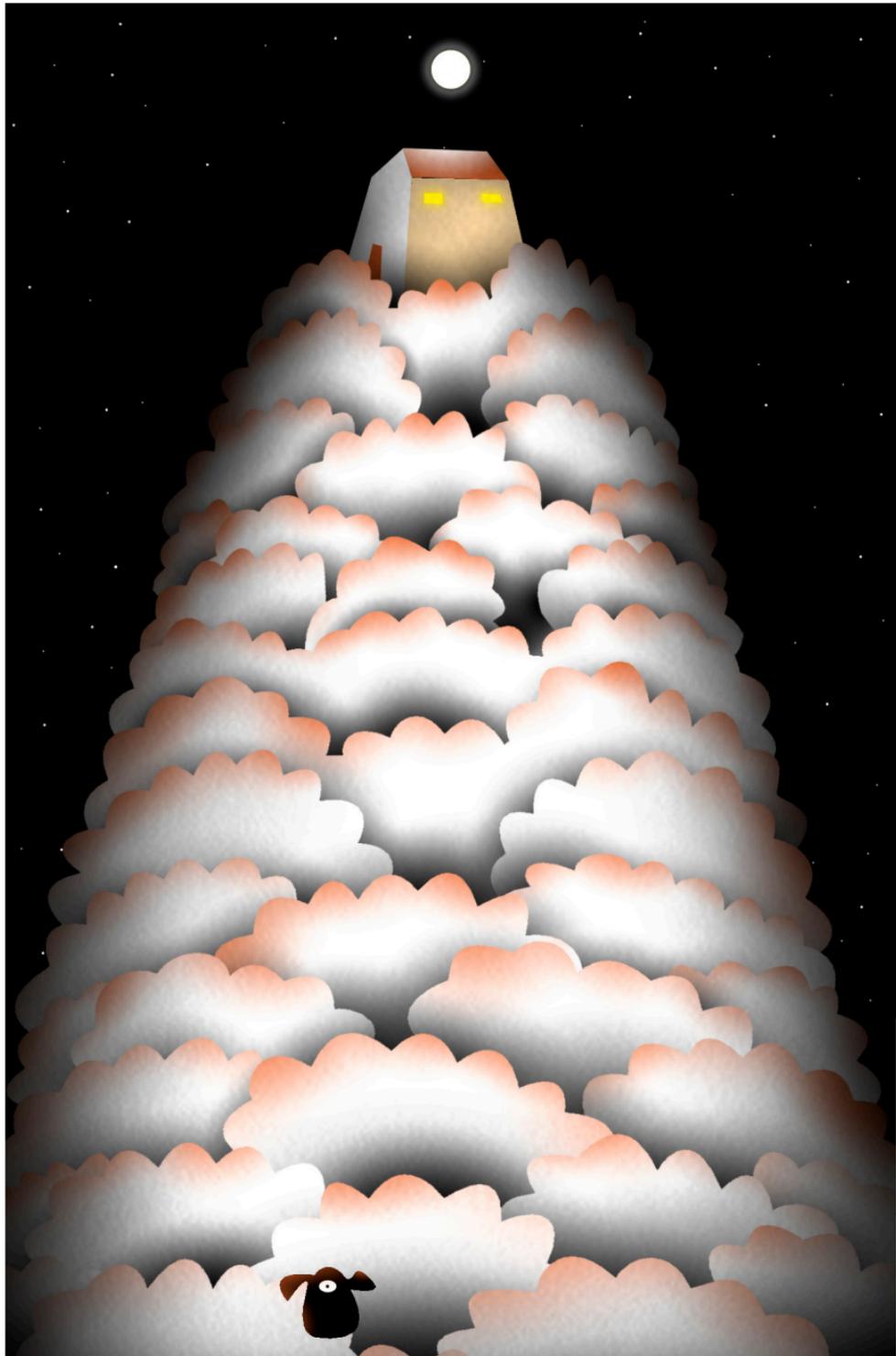
ME SIENTO COMO MONTAÑA:
“ALÍVIAME LLUVIA, EL SOL NO ME CALMA”
ME SIENTO COMO MONTAÑA
MERODEA LEJOS, UN LOBO EN MIS ENTRAÑAS

ME SIENTO COMO MONTAÑA
MAJESTUOSA EN LA NADA, NADA ACOMPAÑA
ME SIENTO COMO MONTAÑA
DESEANDO QUE MIS BOSQUES TAN SOLO ARDAN

DESGARRA EL ECO eco eco, MI VOZ VACIA, TU HUECO
RESUENA HUECO, TU HUECO, VACIO, SIN ECO

ME SIENTO COMO MONTAÑA
EN MI PERCEPCIÓN TODO MUERTO, TODO VIVO, NADA CAMBIA

3 de abril.



– ¿Por qué estás riendo? –íbamos en el coche hacia la bodega, pasando campos y campos de viñedos.

– Cada vez que paso por aquí no paro de reír. Bueno, en el verano hace un par de años tuvimos un carnaval en el Café organizado por Chloe, ya no recuerdo bien. Fue con un voluntario como tú.

– ¿Es la foto que me enseñaste?

– Sí sí. Él iba a menudo al Café, ayudando por ahí, y creo que al final lo invitaron al carnaval. Ese día tenía pensado ir a por vino. ¡Ya verás cómo fluye los días del curso! Recogí a Mike todavía vestido con el traje de pollo para hacer la misma ruta que hoy. Visitamos primero la “Chateau Fonteau” y luego, a la vuelta, quise comprar algunas botellas más, así que decidí pasar por ahí.

Mientras Fiona iba contando, pasábamos campos de viñedos, ya podados y preparados para la llegada de la primavera. La Chateau de la cual hablaba Fiona era una mansión de 4 plantas bastante moderna y cuidada, pero un tanto desolada.

– Es un matrimonio que no tiene hijos. Son personas muy contenidas, un poco esnobs y no andan mucho con la gente común. La mujer me conoce por alquilar a sus familiares uno de mis “sheds”. Total, ese día del carnaval, a la vuelta de otro “Chateau”, entramos en su casa. La criada no supo qué decir y llamó a Marine y François. Para que visualices la situación, yo iba vestida con mi traje de campesina, ensuciado por las patas de Asti, junto a un chico disfrazado de pollo. Cuando nos vieron, sin mirarse uno a otro, pusieron la misma cara, aunque intentaron disimularlo.

Enseguida me imaginé las caras de aquella gente, seca y con mil arrugas alrededor de la boca.

– Y nos invitaron, como debe ser, al salón para tomar un

té. Estuve a punto de estallar de risa al verlos incomodados por el aspecto de mi compañero. Hablamos sobre la situación actual en Francia e Inglaterra y luego Mike tuvo una conversación bastante seria con François sobre negocios. ¡Imagínate, un señor de alta clase discutiendo con un chico con traje de pollo! Era la hora de comer y la criada en voz alta anunció la comida: espárragos verdes, ensalada americana y pollo al vino blanco. François giró la cabeza –en aquel momento ya nos habían preparado las cajas de vino– y le contestó a la criada que el pollo ya no hacía falta. Marine se puso confusa, se despidió amablemente y se fue a dar un paseo. Nosotros nos echamos a reír.

Íbamos acercando hacia la “Chateau Fonteau” atravesando, a un lado, una zona montañosa con peñascos y acantilados, y a otro, un río estrecho e impetuoso que nos acompañaba casi hasta la misma bodega. Tenía mucha impaciencia y curiosidad. La casa a la que nos acercamos parecía esconder más bien un jardín bello que una fábrica moderna. La dueña Natali –una mujer joven, con rasgos finos y cara de porcelana– heredera del negocio que existía ya desde hace siglos, salió a buscarnos. No la imaginaba para nada trabajando en los viñedos bajo el sol ardiente ni tampoco en la fábrica. Me la imaginaba bajando al crepúsculo de las barricas de roble que parecían ser las fuentes de iluminación de aquel espacio húmedo; dando vueltas entre ellas como si fueran su tesoro; degustando algunos ejemplares y cerrando los ojos en la esperanza de descubrir nuevas melodías. Mientras Fiona charlaba con ella, pedí permiso para investigar la fábrica. Las cubas de acero inoxidable, destinadas a la fermentación del vino, se elevaban sobre mi cabeza y las tuberías que iban traspasando la vendimia gorjeaban levemente, extrayendo el mosto que luego se encubaría en las barricas. Las máquinas dominaban la fábrica, prescindiendo de la intervención humana que sólo se necesitaba para las reparaciones y el control del proceso.

Natali vino a buscarme para explicar la tecnología de la producción y las dificultades a las que se enfrentaban cada año para ser fieles al sabor de su vino. Me enseñó las máquinas y explicó brevemente el destino de cada una. Me propuso probar alguna variedad y me llenó una botella entera directamente desde la cuba de 4 metros de altura con la precisión de una artesana. Estaba mirando todo aquello con ojos de niña, extasiada por ver un nuevo animal o una fruta exótica. Me llevé una tarjeta postal con la imagen de la misma fábrica hace cien años. La misma entrada, los mismos viñedos por detrás, la misma familia, con caras ligeramente diferentes y en primer plano Natali, vestida de una campesina.

.....

– Oh, ¡ya te has despertado! Ven que te presento a Chloe y a su abuela Chim –salí al comedor, todavía dormida, sin prestar mucha atención a lo que sucedía. La chica que se llamaba Chloe se me acercó, me dio un beso confuso y me empezó a hablar en un inglés que no parecía inglés. Hablaba con un ceceo horroroso que me impedía discernir una palabra y yo asentía con la cabeza, intentado esquivar la conversación.

A cabo de un rato Chloe se unió a Fiona y Chim y, mientras desayunaba, no pude apartar la mirada de su rostro. Un aire extraño envolvía su figura de un personaje místico de cine negro. La miraba como a una piedra filosofal, fascinada de la energía vibrante que emanaba. “Tendrá mi edad –pensaba yo–, pero la mirada... la mirada no es de una joven.” Y, aunque no me habló, ni me miró más, no pude acabar tranquilamente mi desayuno. Me puse la chaqueta y salí, bajo el pretexto de alimentar los animales. Me quedé en la escalera de la terraza mirando el valle y cuando escuché los pasos de Chloe y su abuela saliendo por otra puerta, me relajé y fui a completar mis tareas tranquilamente.

El día pasó igual que el anterior, cocinando y limpiando los “sheds” para la llegada de los estudiantes del curso, y por la noche me tuve que trasladar a la habitación de dos camas, a la espera de otra voluntaria que llegaba el fin de semana. Elegí la cama que daba a la ventana y pensé ocupar la mitad del armario, pero era tan viejo y crujía tanto al abrirlo que al final me conformé con un sillón y una silla en los que amontoné toda mi ropa. El armario lo dejé para el juego de los gatos.

Las vistas de mi ventana me parecieron encantadoras, abriéndome el cielo amplio, el jardín y un caminito bordeado por las flores que llevaba a dos casas empedradas con los porches, abrazados por plantas trepadoras. Era muy agradable pasar ahí un rato, sentada en el alféizar, escuchando el canto de la lluvia y por la noche ver las estrellas brillantes esparcidas por el cielo despejado. Me hice amiga de dos seres que se colgaban por la ventana, a las que contaba mis pensamientos y saludaba al despertar.

.....

No paró de llover desde anoche y el ambiente estaba cargado de electricidad. Los días, antes de que empezase el curso, íbamos a hacer una limpieza general del terreno y de las casas que ocuparían los estudiantes.

Fiona poseía un terreno basto. Su casa maciza se encontraba en el punto más alto del pueblo junto con dos cobertizos grandes que servían de garaje y también como despensa para guardar la leña, la paja y las herramientas. Cuesta abajo, al pasar el claro donde suelen pastar las cabras se encontraban dos hangares, uno, diáfano, para el descanso de los invitados con zonas de barbacoa y comedor, y otro, aún más espacioso, bajaba a la zona dedicada a los juegos de niños y a la piscina abierta con vistas al campo. La carretera se perdía en el horizonte y se podía observar casi el pueblo

entero que consistiría en 6 o 7 casas a lo sumo. Bajando las escaleras se encontraban los “sheds” que Fiona alquilaba a las familias en verano y en otoño y primavera a los estudiantes de cerámica. Esas casas poseían su terreno propio con un pequeño jardín, un castillo hinchable y las hamacas para tomar el sol.

Primero, Fiona me encargó limpiar el castillo y las hamacas y luego, pasé la tarde cortando el césped y quitando las malas hierbas. Debía aprender a distinguir las para no arrancar las flores, ni las buenas hierbas, lo que no me salía del todo bien y a veces, sin querer, en mis manos aparecía algún pétalo de flor arrancada. Las escondía en los montones de hierba o se lo daba rápidamente a las cabras para que nadie me pillase.

Adquirí la destreza con el cortacésped instantáneamente, entregándome a su ímpetu de avanzar constantemente, y me ponía a bailar con él, sin pensar en nada, como si fuera mi amante. El viento levantaba los montones de hierba en unos remolinos que me estropeaban el trabajo hecho, pero en cuanto se calmaban, el ambiente se llenaba del olor a la hierba recién cortada y me hacía recordar mi infancia en las afueras de la ciudad. Me llenaba de oxígeno hasta dejarme mareada, me tumbaba en los montones de hierba, manchándome de verde, y cerraba los ojos, agotada, sintiendo los aplausos de mis pulmones. Trabajé así hasta la noche y tras una cena rápida y contundente, me encerré en mi habitación, intentando leer.

*Te olvido cada vez al epararnos y al recordarte,
nunca eres igual.
Solo consigo recordar algunas partes de ti,
se forma una imagen borrosa.
Cierro los ojos y ahí apareces,
brillante, saliendo de la oscuridad.*

.....

Desayuné temprano. Tenía que ir acostumbrándome a madrugar para poder disfrutar durante el curso. Y como Fiona nunca me metía prisa, me gustaba exprimir al máximo mi tiempo. Mientras se hacía el café, untaba lentamente la mantequilla y luego picaba dos o tres nueces para tomarlas con cereales. El ritual se repetía cada día y desde la noche mi cuerpo estaba ansioso por despertarse y saborear la lentitud mañanera.

Me sentaba con el desayuno hecho y, mientras comía, observaba la chimenea ardiendo y sentía el pelo del gato, golpeándome suavemente con su cola. Me hundía en el limbo medio dormida, medio despierta, olvidando por completo qué raíces tengo en otras partes del mundo. Ahí, en mi rincón, estaba totalmente absorbida por el momento y el tiempo se detenía pensativo como un abuelo jugando al ajedrez.

Fui a recoger los huevos y alimentar las cabras que estaban ajustando sus orejas-radares ante mi llegada. Hacía bueno y las llevé al claro, llamándolos con un sonido que aprendí de Fiona y que funcionaba muy bien. Lo único que había que hacer es gritar “goetis, goetis, goetis” con voz aguda molesta y parecer un total idiota para que las propias cabras se riesen de mí. Se me escapó una de ellas y en vanos intentos de atraparla pasé una hora dando vueltas alrededor de la casa.

– ¡Hola! Mira quién he encontrado –una mujer alta, rubia, trajo la cabra perdida y la llevó al claro. Adiviné que era Jenny, la hermana de Fiona.

– ¡Jenny! Qué temprano vienes, no te esperaba... –Fiona salió a las voces.

– ¿No me esperabas, ladrona? –se rieron y se abrazaron fuertemente.

– Qué tal estás, ¿cómo fue el camino? ¿Te ayudamos a

descargar las cosas?

– No, no. Vamos a tomar un café tranquilamente y luego nos ocupamos del coche.

– Perfecto, perfecto. Tú, relájate, lo hacemos todo nosotras, ¿verdad? –se dirigió a mí y asentí con la cabeza, disimulando mis ganas de repetir el ritual del café.

Pasamos una mañana tranquila, Jenny y Fiona estaban charlando sin parar. Se parecían mucho, en ciertas ocasiones hasta llegaba a confundir sus voces. Eran igual de altas y robustas, con miembros fuertes y movimientos rápidos, preparadas para resistir ante cualquier golpe de la vida.

Después de comer empezamos a descargar las bolsas de arcilla que llenaron su coche hasta arriba, hundiendo las ruedas del maletero en el barro. El peso de las bolsas me sobrepasaba, pero las descargaba sola para poder aplastarlas un poco sin que nadie me viese. Era una actitud inexplicable, como la de un niño al que le gusta meter la mano en las sustancias viscosas y descubrir las texturas, como la arena y la tiza.

7 de Abril

No pude acabar la carta anterior. Fuimos a tomar algo al pueblo de al lado y es donde se encontraba el único buzón de la comarca. Doblé rápidamente la carta y hasta me equivoqué con la dirección. Espero que te llegue.

El "Café" era el único bar en 30 km a la redonda. Nos sentamos en la terraza, disfrutando del sol poniente. Chloe que trabajaba ahí de camarera nos trajo cervezas y aceitunas, pero al cabo de un rato, sin saber de qué ocuparme, entré en el bar para investigarlo.

En la barra estaban sentados los granjeros y los agricultores con caras torcidas y cansadas del trabajo, pero alegres de haberse encontrado juntos y compartir la cerveza. No necesitaban más. Se reían a carcajadas, golpeándose uno a otro por la espalda y rellenando a menudo sus jarras. Me vieron dando vueltas alrededor de las mesas y me llamaron para brindar con ellos. Me acerqué y, aunque no entendía nada, me quedé escuchándolos. Me encargaron una cerveza y me golpearon por la espalda confirmando así mi unión a sus filas.

Uno de ellos, debilucho con cara moribunda, me miraba de reojo como si estuviera echándome un mal de ojo. Me aparté de él, pero enseguida se me acercó otro hombre. Se me presentó como Jaque, un hombrecito de mediana edad, corpulento, un poco torpe y desgarrado, pero con un rostro que irradiaba una mirada tierna y delicada. Me sentí relajada con él. Era tímido, probablemente turbado por su físico, pero se superaba y actuaba con gran naturalidad y energía. Él me conocía ya y a él, por lo visto, lo conocían todos. "Buen personaje" –pensé yo. Fiona y Jenny entraron para charlar con él y yo me puse en la barra, acabando mi cerveza. Estaba ya ligeramente borracha, así que mi conversación posterior con un

músico local ni la recordé.

.....

Salimos con Jenny y Fiona a la terraza. El cielo se despejaba lentamente y los escasos rayos del sol traspasaban vagamente las nubes delgadas. Se sentía un gran alivio y una frescura en el aire como si se tratase de las primeras mejoras después de una larga enfermedad. Estábamos atraídas por un “pájaro-camaleón” que se nos escondía entre las ramas, jugando con nosotras como un niño burlón.

Vino Chloe con la alegría de su día libre para hacernos compañía y nos quedamos un rato más en la observación, atontadas por las pulsaciones de la naturaleza.

– Sí, se fue hace un mes. Ahora tengo que buscar una nueva inquilina –Jenny seguía contando lo que le pasó a su compañera del piso de Wilshare–. Caroline está embarazada y ya no puede mantener su parte del alquiler. Tú sabes, no aparecía mucho por allí, solo dos días a la semana. Y yo no podía desear más. ¡5 días de libertad! Entiéndeme, cuando convives con alguien tienes que compartir tu tiempo, tus sentimientos. Eso no es para mí. Ellas siempre quieren tomar un té y charlar sobre la vida, los hombres y sus desgracias. Me distraen, no me interesa, ¡qué fantasía tienen! ¡Y eso a mi edad! ¿Acaso no entienden que ya no soy una jovencita?

– Vaya, Jenny, ¡que no eres una jovencita! – y se echaron a reír.

Jenny y Fiona se parecían mucho y se entendían perfectamente. Las dos tenían un sentido de humor peculiar, un humor inglés moderno.

Les dejamos intimidad y me fui con Chloe a jugar con las cabras. El cielo estaba sedoso y lacio y el sol, ya calentado, me obligó a quitar el jersey y sentir el primer saludo de la bienvenida primavera.

– ¡No tienen otra coza que hablar de zuz pvolemaz! –

Chloe parecía disgustada. No la entendía bien.

– ¿Por qué lo piensas?

– Povque zientpve ez azí. Fiona ez una mujer muy buena, ya lo zé, pevo qué abuvimiento. ¡Cada día lo mizmo!

– Tendrá muchas cosas que resolver... ¡Y tampoco ella habló en ningún momento!

– Bueno, ezo da igual –Chloe se cortó. ¿Por qué se metía tanto en los asuntos de Fiona?

Nos quedamos en aquel claro y empezamos a recolectar las flores. Chloe pareció relajarse un poco y se entregó al momento.

– Miva, miva como comen –cogíamos los dientes de león y se los dábamos a las sonrisas de las cabras que metían sus hocicos entre las rejas–. Zabez, a vevez vengo aquí pava tumbavme a zu lado y no hago nada.

Me costaba entenderla, por lo tanto empleaba el lenguaje más básico e infantil acorde a nuestro estado salvaje. Cuando las cabras agarraban las flores, chillábamos por la emoción como los niños, al ser lamidos por los perros grandes, y volvíamos a recolectar más plantas para seguir con el juego.

– Miva que hace la Whity –Whity, la cabra madre, subió a una roca alta de la que no conseguía bajar, y Chloe se puso nerviosa.

Observaba la escena con interés. Chloe, para calmar al pobre animal, subió a las rocas y sin querer asustó a la cabra que bajó precipitadamente, casi revolcándose. Me parecía una niña indómita, perdida en el reino de la naturaleza, a la que no encontraba ninguna comparación, grabándose en mi mente envuelta en un aire misterioso. Olvidó de Fiona y me hablaba sonriente de su teatro, del “Café” y de los niños con mucha pasión, pero no se le daba bien fijarse en cosas concretas. Nunca sabía cuándo me estaba escuchando de verdad, cuándo estaba presente y cuándo volaba en sus pensamientos.

Nos divertimos un rato más con las cabras y con Asti que se unió al juego. Gozábamos de nuestro cansancio y de la claridad de la mente, aliviada por quitarse las cargas inútiles. Agotadas, nos estiramos en la hierba acunadas por aquel viento pacificador.

Me desperté con las flores y la hierba seca en el pelo, sintiendo una dulce debilidad que llenaba todo mi ser. Debí llegar a mi cama soñolienta, hechizada por los juegos al aire libre y todavía estaba embriagada por los olores a la tierra y las plantas.

Me senté en la cama con los ojos cerrados y, al volver en mí, miré por la ventana: ya era de noche. Dormí por lo menos unas 4 horas y nadie vino a despertarme. Me pareció extraño el silencio de la casa y la quietud de los objetos, aunque pronto el silbido en mi cabeza se despejó y me empezó a venir el jolgorio de la cocina.

Salí, todavía mareada, al comedor y la luz chillona me cegó por un instante. Las piernas y los brazos recorrían la cocina intercambiando las opiniones.

– Fiona, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no me despertasteis?

– Ah, cariño, ¿estás bien? ¿Quieres algo? Tienes que relajarte...

– Pero he dormido tanto... Estoy relajada.

– Eso es bueno... y ¡con el sol que te ha dado! Pero no te preocupes por nada. Lo importante es la salud –Fiona seguía sin decirme nada de lo que había pasado y yo tampoco me enteraba de nada–. Ahora te presento a la gente, ¿vale?

Miré alrededor. No había tanta gente como me lo imaginé, pero las caras flotaban desenfocadas en la lejanía. Fiona me presentó a su tío Joe que se preocupó por mi estado; a la profesora Alice que iba a ayudar a Jenny con su curso; y a una estudiante Catherine que enseguida me propuso una copa de vino para recuperar las fuerzas.

Tomé un poco de vino, pero enseguida me sentí fatigada, se me había dormido el cuerpo entero y tuve que salir para tomar el aire fresco. Me di una vuelta alrededor de la casa, pero no tuve el coraje de alejarme de la única ventana que me iluminaba el paso – en el pueblo no había ni una sola farola y por la noche no se veía más que a tres metros por delante– y me paré mirando las estrellas, chisporroteando. Con el rabillo de ojo noté una luz débil que se reflejaba en el canalón y me acerqué intentando averiguar de dónde rezumaba. En la fachada trasera de la casa, bajo una escalera de

piedra —una de tantas de las que no llevaban a ninguna parte— me encontré con una terraza envuelta por flores de jacaranda y una puerta que emanaba una luz cálida por sus ranuras.

Empezó a llover y me tuve que volver al interior del vientre sofocado de la casa. Me sentía rara, pero no sabía a qué se debía mi estado. Tampoco estaba preparada para dar la bienvenida a tanta gente y me fui pronto a mi cuarto, despidiéndome amablemente de los invitados.

*Cuantas veces lamentaba mi desdichado destino,
mi debilidad ante aquel estado
del agotamiento absoluto del espíritu.
La vieja vida nos mira, astuta, y no nos deja
— picarona.*

9 de Abril.

*Precioso, es, oh diosa, hacer lo que mandáis,
aunque el corazón esté muy irritado.*

*Quien a los Dioses obedece,
es por ellos muy atendido.*

-Canto 216. Iliada. Homero

La manta invisible del domingo me caía encima. Todavía era muy temprano y el pueblo parecía estar respirando muy lentamente. Abrí las cortinas y una luz palpitante me iluminó la cara. Observé a mis vecinas tejedoras. Siempre presentes, tranquilas, las primeras en saludar al día y las últimas en despedir a la noche. Los gatos entraron sigilosos sintiendo una aceleración en la vida del cuarto. Abracé a mi ahijado gatuno para acariciarlo, mientras nos dirigíamos a la dormida cocina. Abrí la puerta de entrada, el olor a hierba recién cortada y a frescura del bosque se mezclaron en un aroma que me atrapaba, obligándome respirar profundamente. Dejé la puerta abierta y me metí en mi rincón cerca de la chimenea, sin dejar de observar el valle.

Hace mucho que no sentía esa tranquilidad dominguera. Fiona, Jenny y Alice, la profesora, aparecieron, como las otras tres gatas de la manada. El zumbido de las voces crecía sin distraerme, sino todo lo contrario, me hacía sentir acogida y abrazada por el movimiento y el jaleo de la mañana. Entró tío Joe y se quitó el sombrero, con elegancia. Se frotó las manos ante la mesa con quesos, huevos frescos y mantequilla de la aldea. Él trajo pan artesanal, lo que era muy difícil de conseguir un domingo.

– ¿Estás mejor, cariño?

– Sí, Fiona, no te preocupes.

Estaba un poco débil, pero se me había pasado por com-

pleto la irritación de ayer y me sorprendía el cambio que se produjo en el ambiente.

Tras un ameno desayuno cada uno se entregó a su labor. Jenny y Alice se fueron a preparar el estudio y tío Joe y Asti a dar un paseo por el campo. Fiona y yo nos quedamos cocinando. Pusimos la radio con el programa inglés “Sunday Morning Love” y abrimos todas las ventanas para que entrara el aire.

– Oh, esa canción me encanta –Fiona subió el volumen y empezó a cantar, bailando solo con las piernas–. De joven era mi favorita. ¡Qué tiempos! ¡Cuánta alegría! Me pasas el ajo, ¿por favor?

Le pasé el ajo y, sin darme cuenta, empecé a tararear la canción. Mi madre también la escuchaba de joven y algo en mí estaba resurgiendo de un recuerdo olvidado.

– Sabes, cuando John y yo nos conocimos, tenía esta canción en la cabeza y me producía un deleite inexplicable. Se me encogían las entrañas y no sabía si era por la canción o por estar enamorada...

– ¡Estarías enamorada!

– Sí, ¡seguro! – su rostro se estiró en una sonrisa placentera.

– ¿Y cómo os conocisteis?

– Ah, cariño, es una historia muy larga, pero bueno, tenemos tiempo, ¿no? –asentí sonriendo con la cabeza–. Pues, yo tendría tu edad cuando lo vi por primera vez. Estaba estudiando un grado superior de hostelería y él ya tenía su bar en una de las calles más frecuentadas de nuestro barrio. Todo el mundo, de una manera u otra, aparecía por ahí y aquel, quien conseguía hacerse amigo del grupito de John, podría gozar de privilegios que eran inalcanzables para las personas como yo.

– ¿Pero qué privilegios? Parece una historia de cine...

– ¡No te lo creas! Imagínate a mí, que no creo en el romanticismo, pero aquello fue algo extraordinario. Yo, como podrías notar, no era la más guapa de las chicas y tampoco me interesaba

serlo. Aparecí en el bar después de suspender un examen y me senté en una esquina lejana para que nadie me viese, encargando dos chupitos de tequila. El amigo de John me lo sirvió, pero cuando me lo deslizó por la barra, me despisté y se cayó. Le pedí otro, pero se puso furioso y montó una escena tremenda. Le estaba mirando como a un loco y, cuando me quise ir, me cortó el paso exigiendo que lo pagase.

– ¿Y lo pagaste?

– ¡Pues claro que no! Disimulé bien mi debilidad y hasta me atreví a decirle que le denunciaría por la amenaza y me dirigí a la cocina en búsqueda de John, para decirle que su servicio era pésimo y si no lo corregía, les denunciaría también por los protocolos de hostelería.

– ¿Y qué hizo él?

– Nada. Me estaba mirando alucinado, aunque yo no tenía ni idea de qué protocolos le estaba hablando ni de cómo se hacían las denuncias. Lo importante es que a John le dejé embobado. Me dijo que lo arreglaría todo y al final acabó invitándome a una copa.

– Fiona, ¡eres una coqueta! –se sonrojó un poco-. ¿Y qué tal fue?

– ¡Fue gracioso! Y todo empezó tan rápido que en un año ya estuvimos casados y con una empresa propia montada. Y nos iba muy muy bien... bueno, esto ya es otra historia –Fiona cambió de cadena en la radio-. Ahora a cocinar, en una hora tengo que ir a recoger a una nueva voluntaria. ¿Podrías acabar sin mí?

Al irse Fiona, me quedé sola. Acabé rápido con los platos principales y en un rato apareció Asti corriendo. Tío Joe entró unos minutos después con una botella de vino en la mano. Le miré sonriendo, con un solo gesto me propuso una copa y yo no resistí. Ya no tenía nada qué hacer, solo vigilar la carne en el horno.

Salimos a la terraza. Tío Joe me dejó pasar y nos sentamos,

mirando el valle y el cielo ligeramente gris. Las golondrinas estaban locas volando bruscamente alrededor de la casa. Iba a llover.

Escuchamos el coche entrando por el camino trasero. Asti salió corriendo a buscar a su ama y yo me acerqué por si necesitaban ayuda. En el asiento del copiloto estaba sentada una chica joven que no salió hasta que Fiona sacó todas sus cosas del maletero. Se llamaba Lea. Nos saludó solo con los ojos, sin decir una palabra. Entró desconcertada en la casa. Tenía un aspecto melancólico y una mirada perdida.

– Pasa por aquí, te enseñaré nuestra habitación –la llevé al cuarto y ella empezó a descargar la maleta–. Si quieres, usa tú el armario, yo estoy bien con la silla.

– Vale, gracias –el armario saltó un chillido largo y quejumbroso, como si lo torturasen, y Lea empezó a guardar su ropa en su interior sin que el crujido parase–. ¿Y qué tal por aquí, llevas mucho tiempo?

– No, para nada. Una semana como mucho, pero aquí se vive muy bien, seguro que pronto te sentirás como en casa –fue la primera vez que me daba cuenta de mi propio estado en el pueblo: “¿Realmente me sentía como en casa?”

– Ya, ya... eso espero yo. Sabes, nunca hice algo parecido. Me refiero... viajé mucho e hice mucho senderismo, pero nunca me quedé así en casa de alguien.

– Lo entiendo, pero no hay gran diferencia. Será un viaje más profundo, eso es todo –en ese momento Lea sacó un termo y una esterilla–. ¿Haces yoga?

– No, es para la meditación. Hace mucho que no la hago. Creo que aquí, en esta tranquilidad, conseguiré relajarme de todo el jaleo y el ruido de la ciudad.

– Es una buena idea. Después de comer tendrás bastante tiempo libre y mucho campo alrededor. Yo te acompañaré si quieres.

– Sí, sí, ya lo creo... –nos interrumpió Fiona avisándonos de que era la hora de poner la mesa para los invitados. Se inauguraba el curso y teníamos que producir una buena impresión.

Salimos al salón. Fiona nos presentó a Penny y Alistair, otros dos estudiantes del curso. Era una pareja de irlandeses muy apuesta, con canas blanquecinas y unas sonrisas que producían una cálida alegría. Catherine, Alice y Jenny estaban ya en la terraza hablando del curso.

Todos tenían un hambre atroz y mientras esperaban la comida se acomodaron en la sombra. Se escuchaba al tío Joe pululando: “¿Who is rosé? ¿You, Jenny? ¿You, Alice?”.

Lea se quedó con nosotras, pálida, asustada. Me sorprendía su actitud y sus miedos. Su rostro me contagiaba una incomodidad incomprensible. Tenía una piel pálida, algo verdosa. Su cabeza con rasgos prominentes le quedaba grande, lo cual le daba un aire cómico. Nos miraba con ojos negros de desconfianza y ausencia. Pensé que era una reacción ante la novedad y que se le pasaría pronto. Le ayudé con los cubiertos y dejé de prestarle mucha atención, pero, como ella aun no controlaba la cocina, tuve que ocuparme yo sola del resto de las preparaciones.

Al acabar con la mesa, le encargué que llevara las fuentes de la comida a la terraza y casi le da un ataque de pánico por el camino. No entendía bien a la gente y, aunque su inglés era bastante mejor que el mío, se ponía nerviosa cuando alguien le preguntaba cualquier cosa. No conseguía relajarse de ninguna manera.

– ¿Estás bien? Tienes mala cara. ¿Quieres un poco de vino? ¡Está muy bueno!

– No... muchas gracias... no bebo.

– Siéntate, venga, ahora te hago una infusión y luego acabo con lo que falta.

– No te preocupes, no me apetece, necesito un pequeño descanso.

– Estarás cansada después de viaje, ¡es normal! ¿Quieres una limonada?

– Vale, pero no le pongas azúcar, no tomo nada de dulce.

La mesa estaba preparada y los invitados se sentaron con sus copas, sin ponerle frenos a sus conversaciones. Nosotras nos sentamos en una esquina para poder acceder fácilmente a la cocina. El sol ya no nos daba en plena cara, sino envolvía cuidadosamente el valle entero.

Como de costumbre, teníamos queso, huevos y mayonesa fresca, algo de carne, lechuga y verduras del huerto. El murmullo estaba creciendo y el alegre tío Joe, después de tres copas, se empeñó en contarme las historietas de su juventud de las que yo no entendía ni la mitad, pero igualmente me divertían. Lea tampoco las entendía y me preguntaba constantemente si yo me enteraba de algo, pero no le podía ayudar.

Dejé de seguir las conversaciones. Me quedé plenamente absorbida por el arrullo constante de la gente, por los gritos de las cabras y de los animales en las granjas lejanas, por el aroma del vino, por los olores del queso y los tomates que todavía olían a tierra. Estaba soñando viva con un sueño delicioso. Gozaba de cada movimiento, cada crujido, cada chillido de pájaro, cada golpetazo de la cola alegre de Asti. Me absorbían todas esas cosas hasta sintonizarme con ellas de tal manera que ya no era yo, sino me desmenuzaba y me esparcía por la tierra pudiendo sentirme como un todo.

Me estaban agitando.

– ¿Me oyes?

– Ah, sí, sí... –abrí lentamente los ojos, cegada por la luz.

– Tengo un problema. Soy vegetariana y no puedo comer casi nada de esto, pero no quiero molestar a Fiona –Fiona estaba absorta por una conversación en la otra punta de la mesa.

– ¿No se lo comentaste antes? Bueno, ahora voy a buscarte algo. Puedo hacerte una tortilla, ¿quieres?

– No como huevos... –me miraba con cara de pena.

– No te preocupes, espera un momento. Voy a ver qué puedo hacer.

Fui a buscarle algo, pero no había nada hecho. Me puse a cocinar patatas. De vez en cuando la miraba, sola y perdida, y no entendía las razones de estar mustia en unos momentos tan coloridos. Vi a tío Joe decirle algo, se puso confusa, él le dio un par de palmadas en la espalda y volvió a su conversación. Tenía una mirada vacía que le impedía ver más allá del muro que ella misma se estaba construyendo.

Le traje las patatas asadas y una sopa de verduras que aceptó con agradecimiento. “¿Porque no nos dijo nada? –pensaba yo– podríamos haber preparado algo especial para ella.”

Al acabar la comida, varios grupitos se disiparon por los rincones del jardín con sus copas, llevando las conversaciones a ningún lado y sin ningún rumbo, solo por el propio placer de charlar.

Fiona se enteró de que Lea no comía casi nada y la pobre tuve que ir, aunque Lea dijo que no era necesario, a buscarle leche de almendras y yogures sin lactosa. A Fiona le parecía importante que cualquiera se sintiese bien en su casa. Le encantaba tener muchos invitados y esperaba esos momentos con toda su alma. Lo deseaba, gozaba de ellos, igual que una Margarita renace después de la lluvia, Fiona empezaba a florecer cuanto más gente había alrededor. El poder hacer sentirse a gusto a los demás le hacía feliz.

– ¿Quieres ir a dar un paseo? –pregunté a Lea mientras recogíamos–. Podemos pasar por el bar, te presentaré a Chloe.

– Estoy un poco cansada, pero... no me importa –Lea seguía pensativa, se preocupaba demasiado por el detalle más nimio–. Crees... ¿crees que he incomodado mucho a Fiona?

– No, claro que no. Si hubiéramos sabido lo de la comida, nos habríamos preparado para tu llegada. Pero no pasa nada, no te rayes con esto, ¿vale?

– Vale, vale –hemos salido de la casa y fuimos atravesando el campo hasta llegar a la carretera–. ¿Conoces bien el camino?

– Claro, es todo recto, ya lo verás.

El camino fue agradable, le estaba contando a Lea mi semana en el pueblo y le hablaba de todo aquello que me parecía esencial: la gente, los animales y la naturaleza. Le conté nuestros paseos por el campo, los juegos con las cabras, las tardes tan tranquilas con las charlas estiradas hasta los crepúsculos y muchos momentos más que cada día me alegraban la vida. Ella seguía tensa.

– Es todo muy bonito lo que me cuentas. Sabes, me voy a casar en dos meses. Pensé que debería hacer un retiro antes de irme a los Estados Unidos.

– ¿Y por qué aquí?

– No lo sé. Sabía que es la zona más bonita del sur de Francia y pensé que me relajaría.

– Y es verdad, yo me relajé. Pero debe pasar un tiempo, todavía no te has acostumbrado.

– No, no. No es esto. No sé qué me pasa.

– ¡Echarás de menos tu familia!

– Sí, puede ser. A lo mejor debería quedarme con ellos, pero no estoy segura. No sé si quiero perder tiempo en todo esto... No sé qué quería encontrar aquí.

– Pues, probablemente, lo mismo que otras decenas de personas que vienen cada temporada. Lo mismo que yo, lo mismo que Fiona...

– ¡Pero Fiona lleva aquí mucho tiempo!

– Claro, pero cuando vino por primera vez ¿crees, que vino así, sin más, sin ninguna pretensión de encontrar algo?

Lea no me contestó. Tenía muchas esperanzas puestas en el lugar que no respondió a sus expectativas.

Encontramos el bar vacío. Las sillas estaban subidas patas arriba sobre las mesas y la luz apagada. En cuanto nos escucharon

entrar, salió Chloe con su abuela a saludarnos. Un rato más tarde aparecieron Beatriz, la dueña, y Jaque, con su camisa y un trajecito de trabajador. Me saludó tímidamente con la mirada y salió para acompañar a Chloe, mientras ella fumaba. A Lea la recibieron con mucha amabilidad y ella pidió permiso para tocar la guitarra que estaba empolvándose en un rincón bajo la barra. La afinó primero y empezó a tocar, una tras otra, canciones de tonos folclóricos tristes. Tomamos una gaseosa con sirope de uva y Jaque, al volver, aunque no conocía la canción, empezó a tararearla disfrutando de la melodía.

Entraron tres personas. Chloe, su abuela Chim y Jaque se fueron a la cocina y Beatriz se quedó en la barra atendiendo a los clientes. Lea paró de tocar y se sumergió en sus pensamientos.

– Lo conocí por YouTube –empezó de repente–. Lo vi tocando sus canciones con la guitarra y me interesó mucho. Me inspiraban sus letras y me conmovían para componer algo mío. Un día le escribí y... empezamos a contactar a menudo. En un mes ya me iba para Estados Unidos a visitarlo.

– ¿Pero tan pronto? ¿Cómo sabías que era algo real?

– No lo sé, sólo sentía una fuerza que me estaba atrayendo. Y aparte, tenía mucha curiosidad por Estados Unidos.

– ¿Y no te sentías extraña al irte sola con un hombre desconocido?

– No, estaba tan nerviosa que casi no sentía nada. Estaba segura de mí misma.

Mi amiga no era muy elocuente y le costaba expresarse con palabras. Creo que su música lo hacía mucho mejor que ella.

– ¿Y cómo fue el reencuentro?

– Fue raro, pero todo pasó como yo me lo imaginaba. Los primeros días fueron un poco incómodos, pero creo que a la segunda semana ya todo nos fue bien, como debe ir, ¿sabes? Tocábamos música juntos y eso nos unió –no sabía si era la verdad lo que me

decía o intentaba disimular algo.

– ¿Pero debe ir cómo?

A mí siempre me aburría cuando las cosas iban tal como debían ir, pero tenía curiosidad de entender cómo funcionaba aquello y cómo hacía feliz a la gente. Desde luego, su historia, según ella me la iba contando, me parecía fantástica, una maravillosa historia de dos troncos de madera. Él trabajaba, ella se quedaba a cocinar. Por la tarde las guitarras se entristecían en sus manos y por la noche el sonido murmurante de las series penetraba en los pequeños y grandes huecos, al mismo tiempo llenando, hasta hinchar, el gran vacío entre ellos. La vi feliz y no la pregunté nada más. No se le podía reprochar su seguridad y su fe absoluta en el único camino por el que se desenvolvían los acontecimientos de su vida.

– Nicolás, *comment ça va?* ¿Qué tal va todo? –era el músico que conocí el otro día en el bar.

– Bien bien, muchas gracias. Estáis tocando, ¿puedo escuchar?

Lea volvió a agarrar la guitarra y, embriagada, comenzó a tocar de nuevo. Nicolás se sentó al lado interesándose por la melodía. Su gorra de Peter Pan le daba un aspecto algo infantil y los dos juntos me parecían unos niños en busca de aventuras. Cuando Lea acabó la primera canción, Nicolás, confuso, se apartó un poco.

– Disculpadme, vengo de trabajar... –se refería a su traje que olía levemente al queso ácido.

– No te preocupes. Me encanta el queso. Fiona me dijo que antes sólo se abastecía en vuestra fábrica.

– Oh, oui oui, producíamos el mejor queso de la comarca con la leche local. ¡Todo artesanal!

– ¿Y qué os pasó?

– Pues... hace un año una fábrica nueva casi nos ahoga con sus productos baratos. La gente es curiosa y siempre quiere algo nuevo. Es normal. Pero a nosotros, las fábricas tan pequeñas, ¡nos

afectó mucho!

– Pero según veo ¿sigues trabajando, no? –le sonreí y él se puso contento.

– ¡Sí! Porque somos buena fábrica. Tuvimos un año muy difícil pero ya estamos recuperando. En dos semanas habrá una feria de alimentos regionales en Cazals. ¡Os invito!

– ¡Me encantan las ferias! –miré a Lea que no dijo ni una palabra en toda la conversación intentando transmitirle mi emoción, pero nada cambió en su rostro.

Nos despedimos de Nicolás que fue a tomar un refresco y en la terraza nos encontramos con Chloe y Jaque que salieron otra vez a fumar un cigarrillo.

– ¿Oz ha guztado?- preguntó.

– Claro ¿nos veremos pronto, no? Vamos a dar un paseo por el pueblo.

– Eztupendo... dezde arrifa ze abven unaz viztaz preziozaz. Bueno, noz vevemoz dezpuez... –Chloe escupía sus palabras entre dientes, como si le molestasen, moviendo el cigarrillo con la lengua de un lado para otro. Lea la estaba mirando con estupor sin entender nada y me exigía con los ojos la traducción.

Cruzamos la plaza central del pueblo y fuimos subiendo hacia la colina del cementerio. Los grandes nubarrones nos amenazaban con una tormenta cercana y hasta las flores abatieron sus cabezas, protegiéndose. Intenté distraer a Lea que estaba hundién-dose en el pozo de la apatía, pero no se dejaba, quisquillosa, disfrutando de su estado como nadie.

Íbamos subiendo por las callejuelas de adoquines y las casas, que no se habían movido ni un centímetro desde su construcción, crecían ante nosotras como unos guardianes de piedra. Subimos hasta el cementerio. Quise entrar para ver las vistas desde lo alto, pero Lea tuvo miedo de encontrarse con espíritus. Me callé, sabía con qué clase de persona me encontraba. La dejé tranquila

y me fui sola pasando cuidadosamente entre las lápidas y las flores hacia la cerca que lo rodeaba todo y que abría las vistas al valle.

Al acercarme, se me revelaron unas vistas preciosas al pueblo sonrojado por decenas de tejados pardos y abrazado por el verde de los campos abultados. Sentí las primeras gotas. Lea estaba fuera llamándome desesperada, sin poder pisar la tierra del cementerio. Yo me reí silenciosamente y ya no pude quitar la tentación de fastidiarla un poco. Le molestaba la lluvia y yo hice un vago intento de hacerla disfrutar de esa “bendición celestial”. Me paraba y decía: “¡Ah, qué bueno, qué agradable, qué refrescante!” Ella me miraba de reojo y aceleraba el paso. No me podía ubicar de ninguna manera en su sistema y sus clasificaciones. Hasta su propia angustia se metamorfoseó en un estado inerte, propio de las personas sin la menor sensibilidad.

Pasando por la plaza nos encontramos con Nicolás —el nuevo *Peter Pan* quesero— que nos invitó a un té con galletas. No dudé ni un minuto y Lea, asintiendo con la cabeza a mi pregunta silenciosa, pasó también y hasta la vi sonreír en agradecimiento por salvarnos de la lluvia. Su sonrisa melancólica y poco natural se le pasó enseguida y me dio mucha pena que no fue capaz de dejar sus pensamientos y disfrutar de la aventura por un solo momento. Yo, a cambio, estaba repleta de energía y quería vivir la vida sin lógica ni razón.

*¡Vivir, viviendo!
¿Recuerdas cuando íbamos a las hogueras
y bailábamos los bailes para calmar los espíritus inexistentes,
o cuando asaltábamos las ruinas romanas
o las sombras gigantes de los dinosaurios?*

Nicolás vivía en una de las alcobas de la antigua Iglesia, abarrotada de objetos amontonados e instrumentos musicales desconocidos por todos sus rincones. Sus dos hijos salieron a saludar-

nos y tras ese rápido gesto volvieron a su habitación para hacer los deberes. Nicolás no quiso molestarles tocando, pero aun así nos enseñó algunos videos de sus conciertos.

Nos sentamos en el salón y, mientras Nicolás hacía el té, se me iba descubriendo el misterio de su aspecto. Era una persona optimista, pero se le veía el cansancio en los ojos, la lucha constante entre lo físico y lo espiritual. Él solo levantaba la familia, pero no me atreví a preguntar qué le pasó a su mujer. Nos hizo un té indio y compartimos una cajita de delicias turcas que me regalaron hace tiempo y que se estaban escondiendo en mi chaqueta hasta descubrirlas en el momento preciso.

Al principio, su casa me pareció una maraña de los objetos inútiles que apretaban la vista colgándose de ahí y allá y no les di ningún orden ni importancia, pero al observarlos bien, vi conexiones y lazos muy obvios. Los instrumentos se colocaban para que nada molestase al tocarlos y la esquina, llena de las fotografías antiguas de viajes, los totems, los collares, las piedras y las minerales le daba inspiración al tocar. La casa tenía un aroma a los inciensos chinos y bajo los marcos de la puerta se colgaban los carillones de viento que resonaban en todos los huecos. Lea casi no hablaba. Estaba absorta en sus pensamientos de la boda y la mudanza y no supo ver aquella magia.

De vuelta a casa, encontramos la mesa preparada. Los tulipanes rojos y amarillos, vino tinto y rosado, agua con limón y cubiertos coronaban el mantel blanco. Mientras Fiona y el resto se ocupaban de la decoración, me escondí en el cuarto. Tenía la cabeza nublada. Me acosté un rato, reflexiva. Quería relajarme, pero todo el rato me venía la imagen de Lea y las discusiones que podríamos haber tenido con ella. Esas divagaciones me dejaron saturada. No era el momento de obsesionarse con tal estupidez. Pronto dejé el asunto y procuré recuperar mis fuerzas para la cena de inauguración. Tenía mucha ilusión de conocer a la gente, ver sus caras, escu-

char sus historias. Por primera vez saqué mi camisa y un pantalón que nunca tuve oportunidad de poner. Alisé mi pelo y hasta me puse rímel. Lea entró sin yo darme cuenta.

– ¡Qué guapa te has puesto! – una sonrisa irónica le pasó por la boca. Seguramente no le veía ningún sentido al estar en el medio de la nada.

No le contesté. No me atraían las provocaciones y menos cuando realmente estaba ilusionada. Lea se sentó sobre la cama con brazos caídos y cerró los ojos.

– No sé qué hacer... estoy confusa.

– Bueno. Por ahora no tienes otra opción que entregarte al momento. Vamos, la gente está esperando.

Tío Joe ya estaba sentado, sirviéndole una copa a Catherine, una mujer bajita con ojos de ardilla curiosa. Fiona y su hermana cuchicheaban en la cocina. Aparecieron Penny y Alister. Ali tenía aspecto de Papá Noel con la nariz roja y la piel blanquecina reluciente y Penny, como su hermana menor, apoyándose sobre su brazo. Me senté con Lea una frente a la otra. Alice sentó al lado del tío Joe que enseguida, complacido, le sirvió una copa. Miré a Fiona que estaba revoloteando por el comedor. Aquello era su hábitat, lo sentía, lo dominaba, segura de sí misma y de su magia que atraía a todos. Nadie se daba cuenta cuando yo me callaba, pero la ausencia de su voz creaba un vacío incómodo. El vino iba fluyendo, las palabras sobrevolaban la mesa. Escuché una decena de historias: cuentos de la guerra; recuerdos de cursos pasados, lo cual siempre producía una sensación agradable; historias de amor y fracasos que en realidad no tenían mucha importancia. Tío Joe bebía con una velocidad proporcional a la caída en depresión de Lea. Me dolía verla así. No hablaba con nadie, bebía agua y casi no comía. En su mirada se percibía un hambre atroz y cómo devoraba con los ojos la comida grasienta. Fiona la miró y le dijo que había conseguido encontrar lo que ella necesitaba: leche vegetal, yogures y queso de

soja, cereales sin azúcar y pan negro sin gluten. Al final comió su pan con algo de humus. Me daba pena observarla, aplastada por una vorágine de gente que le parecía amenazadora. No era una chica flaca, al revés, la veía capaz de defenderse, pero en la conversación, si no llegaba a convencer a otra persona, simplemente dejaba el tema y se callaba. Tenía sus costumbres puritanas y en el fondo nos reñía por nuestra bacanal.

– ¿Lo has pasado mal? –le pregunté en cuanto acabamos la cena y volvimos a nuestro cuarto.

– No, no es eso. No sé cómo explicarlo. Siento que he hecho una tontería y que estoy perdiendo el tiempo...

– ¿Pero no sabías que esto iba a ser así? Creo que Fiona lo explicó bastante claro antes de nuestra llegada...

– Sí, creo que lo sabía, pero aun así esperaba otra cosa y...

– ¿Qué cosa?

– No... no lo sé. Pero no esto. No este trabajo, no es lo mío... –y se calló.

No quería seguir con la conversación y me negaba a convencerla. Me sentía como una anfitriona ofendida por su servicio, aunque no había ninguna razón de ofenderse.

– Bueno, relájate ahora. Duerme tranquila y mañana ya verás cómo cambian las cosas.

– Vale, vale... pero es que no entiendo nada. Cómo es posible que no haya nada de la belleza que esperaba, de la tranquilidad ... –y me siguió contando muy bajito en la oscuridad sus penas y dolores y todo lo concluyó con un sermón solemne que ya no me perturbó en mi sueño profundo.

10 de Abril

– ¡Se ha ido!

– ¿Cómo?

– Por la noche me preguntó por si podía llevarla a la estación de Cahor, compró un ticket de vuelta a Barcelona... Por cierto ¿quieres un yogur de soja? –se echó a reír junto a Jenny.

– ¿Y no ha dicho nada?

– Sí, sí. Dijo que se había equivocado con el lugar. Que no ha sido lo que ella esperaba. ¿A ti no te dijo nada? ¿Crees que hicimos algo mal? –Fiona estaba preocupada. Es la primera vez que le pasaba algo así.

– No, Fiona, claro que no. Hicimos todo lo posible para que se sintiese como en casa. No se equivocó con el lugar, sino con su actitud. Si hubieras sido psicóloga ¡habrías tenido una buena clienta!

– Oh, cariño, me basta con mis clientes actuales, pero gracias. Jenny, pásame aquella leche de almendras ¿a ver qué tal? –se echaron a reír una vez más. Les hacía mucha gracia la comida vegetariana que usurpó la mitad de la nevera y que nadie comía.

– ¡Jenny, ya son las 9!

– No te preocupes, Alice está preparándolo todo.

– Ah, ¡Alice! Le prometí llevar un poco de café. Cariño, ¿te importaría llevarle el café y un trozo de bizcocho?

– No quiero molestarle, pero no me importa. Ahora voy.

Fiona me lo agradeció. Cogí la bandeja con el café y el bizcocho y salí. Asti se echó a andar conmigo.

– Hola Alice. ¿Dónde te dejo la bandeja? –Alice estaba concentrada trabajando en el torno y no me escuchó-. ¿Alice?

– Ah, sí, hola –me miró rápidamente–. ¡Mierda! –y se le rompió la vasija que estaba tornando.

– Te he traído el café... –volví a hablarle sin dejar de observar el estudio.

– Muy bien, muchas gracias, muy amable. Déjalo en aquella esquina –llevé la bandeja a la esquina lejana donde se colocaban las obras de las profesoras. Me paré a mirarlas un momento. Tazas, jarrones, lecheras, platos y otras vasijas atraían mi atención con una fuerza desconocida. Algunos tenían formas muy simples y diseño minimalista, otros me rompían la cabeza con sus curvas y texturas aplicadas.

– Me encantan. Este jarrón se parece a una cascada... y este a un tubo metálico.

– Lo del tubo es muy cierto, lo hice a tu edad –Alice se levantó y se acercó a las estanterías–. Fue mi trabajo final en la escuela de cerámica. Me inspiré en los metales y en las tuberías y es cuando empecé a investigar la oxigenación de los glaseados.

Me lo contaba con el orgullo y la mesura de una persona que lo conocía todo sobre su profesión. Elegía sus palabras usando el lenguaje más sencillo que a la vez exaltaba sus poderes y la hacía sentirse totalmente segura. Su campo lo dominaba perfectamente y apenas salía de él.

– Gracias por el café. Tengo que volver a trabajar –sonrió levemente y volvió al torno. La seguí con los ojos. No me prestó más atención. Salí del estudio algo confundida y volví a casa.

Se me hizo muy pesado cocinar por la mañana. Los yogures de soja aún mantenían fresca la presencia de Lea inspirando todas aquella conversaciones que tuvimos con ella. Me esforzaba mucho por entender su punto de vista, aunque el propio hecho de intentarlo me sacaba todos mis jugos vitales.

Cocinaba distraída siguiendo la receta sin entender realmente qué es lo que estaba haciendo. Confundí una especia con

otra y eché más de la cuenta. Seguramente, Fiona estaba igual pensando en lo mismo. “¿Cómo es que se ha ido? –los pensamientos me estaban torturando–. Los primeros días siempre pasan un poco confusos, pero ni siquiera le dio una oportunidad. Fiona contaba con su ayuda, la gente quería conocerla mejor. ¡Pero si no es un campamento de verano! Aún así podría gozar de la libertad total... podría disfrutar de la conexión con la naturaleza. Nadie imponía nada, nadie obligaba. ¿Y si no se hubiera ido, habría cambiado? ¿De qué tuvo miedo?”

– Bueno, ahora tendrás la habitación sólo para ti –Fiona me sacó de mi enfado interior–. Penny y Ali van a ir al “Café” después de comer. Te invitan a acompañarles. ¿Te apetece?

– ¿Y por qué a mí?

– ¿Cómo que por qué? –Fiona se echó a reír. Yo me sonrojé un poco–. Pues ¡querrán conocerte! ¡Vamos! Es muy amable por su parte...

– Claro que me apetece, pero...

– ¡Mira qué buen tiempo hace! – Fiona me cortó–. Venga, alégrate, deja de pensar en tonterías –creo que la única razón por la que seguía abrumada, es porque le daba vueltas al asunto de Lea comparándome con ella. No podía deshacerme de esos pensamientos–. Más tarde te digo la hora y ahora ve a jugar con las cabras, ¡despéjate!

No tenía muchas ganas de jugar, así que fui a mi cuarto, ahora solitario, y me quedé sentada en el alféizar de la ventana.

– ¿Qué tal estamos, amigas? –no me contestaban nada, seguían inmóviles. Cuando les soplabá, estiraban sus largas patas y enseguida volvían a trabajar en su tela. Por la ventana vi acercarse el coche de Jaque. Últimamente venía mucho por ahí. Oí su voz muy de cerca, pero no entendí de dónde provenía. En un rato ya estaba hablando con Fiona en el salón. Escuché su sorpresa por la precipitada partida de Lea y luego las voces subieron a la altura de un

francés tajante y brusco que me impedía entender ninguna palabra. Me ahogaba la atmósfera tensa: las voces calentándose, la pelea de los gatos, la escapada de Asti para perseguir los coches y sus ladridos resonando en todo el valle. Me quedé atontada. Miraba, abstraída, en un punto: “Lea ya estará en casa. ¿No querrá escaparse otra vez?”

*Intento reconstruirte a partir de mis recuerdos:
bosques otoñales abrazando el cielo profundo de tus ojos,
labios, manchados del carmín de tejados,
pelo suave y tierno como el trigo.
¿A qué distancia está todo esto?*

Había quedado con Penny y Ali en la terraza de su “shed”. Estaban ahí sentados esperándome, con unas sonrisas que reflejaban una gran bondad que a la vez me hacía sospechar de ellos. En cuanto me vieron, se levantaron al unísono como si alguien se lo ordenase. Me dieron un abrazo cálido y cariñoso que me dejó totalmente desarmada y tras unos saludos cordiales, bajamos a la carretera.

Cogimos el único camino que nos llevaría al “Café” y a la mitad del trayecto nos paramos –Ali iba a explicar la relación del gorjeo de un pájaro con el tiempo–. Lo contaba con tal devoción y gusto que me hacía dudar de la originalidad de aquella teoría, pero aún así me quedaba embobada por su voz tranquila y conmovedora.

– ¿Estás cansada? –al acabar la historia Ali me miró fijamente con sus ojos de azul oscuro–. Ya estamos llegando. Y no te lo olvidas de los pájaros. ¡Algún día te acordarás de mí! –me sonrió y su bigote blanco se estremeció encorvado por la ola de los labios escondidos.

Nos sentamos en la terraza, Chloe salió para atendernos.

– Hola chicos, ¿qué vaiz a tomá-hoy?

– Dos tintos y... –Penny me preguntó con la mirada.

– ¡Tres tintos! –no me hice esperar.

– ¡Veo que eres de los nuestros! –Ali se echó a reír dándome ligeras palmadas por la espalda-. ¡Y unas aceitunas, por favor!

– Y el queso ¡hemos olvidado del queso! –Penny se levantó parando a Chloe y casi se cayó, tropezándose con la silla. Ali la miró con ternura.

– Vamos, tranquila, ya viene el queso... –Ali se relajó y se apoyó en el respaldo de su silla-. Qué día más agradable... ¡Otro mundo! Literalmente otro mundo... Y qué extraño, es otro mundo para cualquiera de nosotros.

– Para mí sigue siendo el mismo ¡solo una pincelada más!

– Ah, Penny, a mí me gustaría que fuera un mundo distinto. ¡Lo enseñaría a todos! Vaya broma, ¿no? ¿Qué voy a contar a mis viejos amigos?, ¿que aprendí de vasijas e hice un jarrón? –y explotó de risa. Le hacía gracia ser viejo y poder cumplir sus deseos más absurdos sin lamentar por ello ni un segundo.

– Y tú, cariño, ¿cómo ves tú?

– ¿Yo? Veo todo como un gran mapa desde la altura de un ave. Me gusta saber que todo es uno en realidad, pero a la vez me gusta imaginar que solo hay un “uno” y que también es un todo. ¿Entendéis?

– ¡Qué ecuaciones tiene esta cabecita! –Ali me quiso despeinar como a un niño, pero lo cortó la aparición de Chloe que trajo el vino-. ¿Brindamos?

Brindamos los tres por la salud. El segundo brindis lo dedicaron a mí.

– ¡Qué todos los mapas sean fáciles de recorrer sea con la mente o con el coche!

– ¡Salud!

Y así nos quedamos brindando hasta la hora de cenar, que volvimos a casa. Me sentía aliviada, repleta de energía y mis amigos

estaban más jóvenes que nunca. La vejez los hacía brillar con aún más intensidad.

*Y de mayor,
¿tendremos nosotros esas canas blanquecinas
y esa sonrisa de una comprensión universal?*

“Corría el año 62 cuando me reclutaron para el ejército alemán. Estábamos atravesando en un camión un bosque alto de invierno tardío. 20 chavales dormían en la parte trasera.

El camionero conducía 10 horas seguidas y no pudo resistir contra la leve sacudida del vehículo que le estaba acunando la noche entera. Frenó bruscamente, despertado no por las luces del coche de enfrente, sino que por la luz brillante, anaranjada y la sensación de calor que se extendía por el bosque.

Salimos del camión, soñolientos, pero preparados para dar el contraataque —pensamos que empezó la guerra—, pero nuestra conciencia nos dejó paralizados, solo pudimos observar el incendio. Los árboles iban pasando el fuego del uno al otro más rápido que cualquiera de nosotros realmente pudiese tomar alguna decisión.

Observamos el camión y resultó que hubo una fuga en una de las bombonas de petróleo. La sacamos y la guardamos en un lugar seguro y, como nadie propuso una solución, nos quedamos dormimos esperando a los bomberos.

Por la mañana nos despertaron los recuerdos de las cenas familiares en casa de los padres, tan delicioso era el olor que nos rodeaba y que se podía sentir en la propia piel. Cuando abrimos los ojos, el sueño del soldado se había hecho realidad: las alubias estaban cayendo del cielo, bien cocidas por la gran hoguera nocturna”.

Tío Joe estaba riéndose a carcajadas iluminado por los recuerdos del pasado. Dijo que tenían las conservas de alubias guardadas en el camión y al contacto con el fuego explotaron dejando los árboles cercanos manchados de las habas y del caldo chorreando.

Me encantaban sus historias, siempre surrealistas, siempre visuales como un recuerdo dulce del que pudiese apropiarse cualquier persona. La calva del tío Joe y algún pelillo canoso hacía de él un personaje cómico, pero a la vez galante, un verdadero caballero que nunca paraba de entretener. Su prudencia se extendía a todo su comportamiento que a partir de la segunda copa de vino lo convertía en un ser extraordinario.

La historia del tío Joy fue recibida con fervor y los comensales, conmovidos por el efecto literario que aquella les produjo, tomaron la seguridad narrativa y se lanzaron al gran lago de sus recuerdos, siguiendo o completando lo que no se había dicho en otras cenas. En su mayoría habían sido cuentos de juventud rebelde o de hazañas amorosas. Fiona y Jenny recordaban su infancia en la casa de sus abuelos; Alice hablaba de los años en la escuela de cerámica y de sus primeras piezas que ganaron el concurso nacional; Catherine, como en otras ocasiones, no contaba nada propio, solo se le escuchaba exclamar por los inesperados giros de las historias ajenas. Tenía aspecto de una persona contenta los siete días a la semana, poseyendo aquella felicidad monótona que, sin grandes impresiones de la vida y sin penas profundas, se dejaba conmover por algún hecho político o por los intereses de los demás. Su sonrisa constante revelaba la falta de pasión que intentaba esconder bajo su capacidad extraordinaria de escuchar a la gente. Vivía los dolores, amores y deseos del resto de los comensales como suyos propios y, aparentemente, lo disfrutaba.

Fiona como una buenas anfitriona la invitaba a cenar con nosotros para no dejarla ser absorbida por la soledad de la noche y

Catherine lo aprovechaba al máximo. Le encantaba venir a la casa para descansar y ponerse en un rincón escuchándonos, mientras cocinábamos.

Después de cenar tío Joe y Catherine volvieron juntos a su “shed” compartido, como dos amantes cogidos del brazo bajo el fulgor de la luna. Alice se fue a dormir pronto y nos quedamos trasnochando en el comedor Fiona, Jenny y yo. Yo me puse a recoger y las hermanas, con miembros pesados del cansancio, se dejaron caer sobre los sillones con una última copa de vino.

– No sé cómo decírselo a ella. Ya sabes, no me cuesta nada invitarla a cenar, pero el simple hecho que ella lo de por sentado, me vuelve loca. El año pasado se quedaba a cenar cada día y al final no me dio ni las gracias.

– Fiona, ni me lo cuentes, lo recuerdo muy bien. ¡Estaba yo ahí! Pero es que es muy buena gente, no sé cómo reaccionará ante nuestra pregunta.

– Y yo no sé ni cómo plantearme la conversación. No sé si pedirle el dinero o simplemente hacerla consciente de que no somos la caridad. ¡Ah, qué feo es esto!

– No eres la caridad, es eso muy cierto. Recuérдалo, porque parece que todo el mundo tiene una opinión opuesta.

Cogí un vaso de leche y me fui a mi habitación. Las dos hermanas se quedaron charlando en la cocina con asuntos más importantes que resolver.

.....

Llevaba en el pueblo unos 10 días y el astro principal de nuestra comarca ya estaba ejerciendo sus fuerzas sobre mí, dejándome atrapada por su campo magnético. Observaba esa semana como un abismo: “¿no quería yo lo mismo que Lea? Pasar de largo tan ligeramente de todo lo que no me concierne. Llegar, coger la

parte más sabrosa, la cereza preciosa, y el resto dejarlo empolvándose bajo la alfombra.”

11 de Abril

Algo cayó bruscamente. Eran las 3 de la madrugada y no era la primera vez que escuchaba ese estruendo en plena noche. Me quedé helada mientras la vista se acostumbraba a la oscuridad. Observé la habitación con el corazón estrujado y empecé a sentir las palpitaciones en las sienes, pero no moví más que los ojos. Me cubrí la cabeza con las mantas y me esforcé por escuchar el sonido del mar que venía desde la profundidad de mi conciencia.

– ¡Buenos días! Qué mal aspecto tienes, ¡qué ojeras! ¿Qué te pasa?

– Ah, eso... son las pesadillas, nada importante.

– Hay que hacer algo contigo... El jueves hará bueno. Cógete el día libre, por favor.

– Pero tenemos que atender a la gente...

– No piensas en esto, ¿vale? Me las arreglaré. ¿Quieres hacer una de las rutas de las que te hablé?

Mientras me servía el desayuno, Fiona sacó sus mapas de la región y trazó las rutas que más le gustaban. Me enseñó paso por paso dos o tres posibilidades y dijo que podría llevar a Asti conmigo y almorzar en el campo. No estaba segura, pero acepté la propuesta. Confiaba en Fiona. Su voz firme me conmovió y poco a poco me empezaron a entrar ganas de una nueva aventura y mi espíritu inició su camino de resurrección.

Fiona se fue a trabajar al estudio y yo me quedé cocinando. Subí el volumen de la radio, abrí las ventanas y me sentí poderosa abarcando con la mirada todo el valle desde arriba. El ambiente ya no parecía tan cargado, tan tenso. Estaba bailando en convulsiones peleando con la espátula en un combate contra mi propio yo.

– ¿Qué pasa por ahí? –escuché el grito de Fiona.

– ¡Nada, nada, todo genial!

– Que no puedo trabajar con este ruido ¡por favor!

Tuve que bajar la música y tranquilizarme. Qué ganas tenía yo de un carnaval, de una fiesta, de una bacanal. No podía contener los impulsos que me sofocaban. ¡Qué fuerte me entró el aire fresco!

– Hoy vamos a recolectar los “fagots”. ¿Vienes? – escuché otra vez la voz de Fiona desde su estudio. No sabía que eran los “fagots”, pero le dije que sí y pasé toda la tarde exaltada.

Salimos sobre las cuatro en una ranchera que nos prestó Gabriel, el hombre que trabajaba para Fiona. Por el camino recogimos a su amiga Margaret y fuimos bordeando la colina hacia el oeste. Fiona conducía rápido, abría las ventanas y conseguía mantener la conversación con el grito del viento en el oído, sin perder el sentido de las frases.

– Antonine está ahora en casa de August y Nadine, porque vino gente del curso y tuve que buscarles otro lugar. ¡Y Gabriel todavía no acabó con el tejado!

A Fiona la veía preocupada otra vez. Presentía que estaba envuelta en algo que no sabía afrontar.

– ¿Pero qué pasó, por qué no están en su casa?

– Ah, Margaret. Es una historia que ni yo entiendo. Tú sabes, les ayudé con los papeles hace años para la compra de su casa, pero hace poco apareció un heredero. ¡Surgió de la nada! Nadie sabe qué hacer y si pierden el juicio le deberían pagar al heredero. ¡Es todo una burrada!

– ¿Pero no pueden volver a Londres?

– ¡Es que lo vendieron todo en Inglaterra! Y mientras dure el juicio no pueden salir del país. Ahh... me siento culpable, debería haberlo previsto en la compra-venta. Bueno, ahora ya no puedo volverlo para atrás.

– ¿Y por qué no siguen en casa?

– Pues, porque cuando supe lo del heredero ya sabía que deberían ahorrar el dinero en caso de perder el juicio. Les propuse mi “shed” a cambio de los trabajos manuales que podría hacer Gabriel. Lo aceptaron, está claro. Lo que pasa es que Gabriel trabaja en la fábrica y con todo el agobio que tiene no le da tiempo de ocuparse de las cosas que le pido arreglar.

– ¿Y no le hablaste del tema? Seguramente lo entendería.

– No puedo. Me da cosa. Están en una situación muy difícil y no quiero empeorarlo aún más. De hecho, ahora no están aquí, porque vino la gente del curso y les tuve que buscar otro lugar. Antonine se quedó en casa de August y Nadine y Gabriel vive en la fábrica. Ya te lo he dicho ¿no? –Fiona paró un momento, ensimismada–. Pero qué vida es esta... ¡Y encima yo con mi maldito tejado!

Conforme Fiona iba desvelando los detalles más surrealista me parecía la historia. ¿Cómo es que siempre se veía envuelta en esas situaciones?

Dejé de escucharlas, volví a observar la naturaleza buscando tranquilidad. Mi enfado con Lea y mi hiperactividad de la mañana se disiparon por el campo. Me di la vuelta y miré por la ventana trasera a los abetos que conquistaban las colinas y se ordenaban en un ejército de seres espigados. El viento agitaba sus cabezas de manera que al chocar unas con las otras, lanzaban unos sordos chasquidos por el valle que recorrían con el eco las colinas cercanas y luego se perdían, justo antes de la aparición de un nuevo estruendo. Ese ritmo natural me iba hipnotizando con el tacto del propio tiempo.

Entramos en un pueblo sin nombre, subimos por un sendero arenoso hacia el punto más alto y tuvimos que abandonar la ranchera. Había 3 coches aparcados y gente charlando a su lado. En cuanto vieron a Fiona con su mágica sonrisa, se agitaron de alegría y se acercaron a saludarle. Se paró a hablar cordialmente con cada uno de ellos y tardó unos dos o tres minutos en organizar

el trabajo. Dividió la colina en partes iguales y nos señaló las zonas donde más ramas secas había. Cada uno ocupó su lugar.

Compartía mi zona con Margatett y antes de empezar el trabajo me paré, atrapada por las vistas del panorama. Las colinas se perdían lejos del horizonte revelando las formas femeninas de sus picos que se aireaban, separados por el cielo alto de las nubes esponjosas. La hierba amarillenta de nuestra colina estaba machacada por los montones de ramas secas que se quedaron esparcidas aleatoriamente, tras la recogida de los árboles. Me explicaron cómo se recolectaban la yesca, en qué tamaño se partía y cómo se ataban. Lo consideré una tarea fácil y me puse con las primeras ramas. A los tres o cuatro manojos hechos me entró un calor insoportable, me quité el abrigo y el jersey y me tumbé un rato —el resto seguía trabajando— y cerrando los ojos imaginé el mismo lugar hace siglos. Los campesinos llegando en carruajes de caballos, mulos o burros, cortando los árboles, recolectando la yesca y al acabar, durmiendo una siesta al aire libre para luego despertar para comer huevos con pan.

Me desperté y atando el siguiente manajo se me clavaron astillas en la palma de la mano, que intenté sacar sin éxito. Fiona me liberó del trabajo y me fui a investigar la zona. Bajé por la colina donde no había nadie y me adentré en una arboleda escasa. Pasé con cuidado por un sendero y vi algo moviéndose entre los árboles. Me acerqué. Era un zorro. No me veía, estaba acechando un gorrión que en el momento de quedar atrapado voló, como si no presintiese nada.

Me llamaron. La gente estaba cargando los manojos en la carrocería. Volví a la colina y vi las caras felices, purificadas por el largo contacto con la tierra. Algunos se pusieron a jugar al escondite, olvidando sus penas y problemas, otros rodaban por la pendiente sorprendidos por su torpeza. Había algo infantil en su felicidad tierna y suave. El mundo estaba para nosotros, todo el espacio solo para

nosotros. Escuché a Fiona y Margaret riéndose a carcajadas y poco a poco contagiándoles a todo el mundo. Esa gran confesión pagana consiguió desahogar a las más escépticas y robustas almas.

¿Y la mía se desahogó?

¿Y la tuya?

Me despertaron los ruidos que provenían desde el estudio de trabajo de Fiona. Estaba corriendo de un lado para otro buscando papeles. ¿A dónde se fue su felicidad?

– Buenos días, ¿qué tal has dormido? –me preguntó sin mirarme–. Lo siento mucho, pero tendrás que hacer tu sola el almuerzo. Tengo que ir al restaurante para dar clase y luego a la oficina de extranjería. Jenny te ayudará a servir la comida.

– Claro, no te preocupes.

Fiona me dio las gracias y salió corriendo. Observé su mesa de trabajo con decenas de papeles esparcidos sin orden ni sentido. Cuadernos, bolígrafos y chinchetas concluían el caos del bodegón. Me sorprendía su capacidad de organizar la vida con todos los asuntos que la ocupaban.

Me quedé cocinando. Los gatos subieron a la encimera para acompañarme en la soledad. Tocaron la puerta.

– ¿Hola, hay alguien?

– ¿Sí?

– Soy Gabriel. ¿Puedo hablar con Fiona? No coge el teléfono...

– Está dando la clase en el restaurante de Cassel. Volverá después de comer, supongo.

– Es que he venido para arreglarle el tejado y no puedo esperar tanto tiempo, tengo que volver a la fábrica.

– Voy a llamar a Jenny, espera.

Jenny vino de mal humor con las manos llenas de barro y con los ojos hinchados. Tenía alergia y le dolía la cabeza por los cambios de tiempo.

– Gabriel, ¿para qué viniste si te dije por la mañana que Fiona no estaría?

– No es verdad, me has dicho que volvería pronto.

– Oh, por favor, ¡no seas tonto! ¿Piensas que si te has dignado a venir por propia decisión, íbamos a cambiar nuestros planes? Lo siento mucho, tengo que irme ya.

– Sé que lo tengo que hacer. ¡Solo necesito que comprendáis mi situación!

– ¿Tu situación? ¡Qué cara más dura tienes! Fiona os hace el favor y vosotros os aprovecháis de su amabilidad. Bueno, eso es cosa vuestra. Espera a Fiona y lo arreglas con ella.

Jenny se fue sin despedirse y Gabriel salió tras ella dando un portazo. Otra vez me quedé sola. Los gatos se acurrucaron en una esquina, rodeados por la comida revolcada, y tuve que recogerlo todo antes de que Fiona llegase. Quería desaparecer, esconderme. Sentía una angustia por ser testigo de sus disputas.

– ¡Está de broma! Tengo diez llamadas perdidas. Vino sin avisar y encima me culpa a mí –Fiona volvió dos horas más tarde, furiosa. Jenny le contó lo sucedido–. ¿Qué cara dura tiene, no? Si hubiera querido lo habría hecho hace dos semanas y ahora, cuando no tengo ni un minuto libre, aparece.

– Fiona, creo que te están tomando el pelo. Le estas salvando el culo y él piensa que así debe ser. No puedes ocuparte de todos sus asuntos. Le hiciste un favor y ahora ellos pasan de ti.

– Debería hablar con él, ya lo sé. ¿Sabes qué es lo más gracioso? Después del curso van a volver a instalarse en mi “shed”, como si nada hubiera pasado.

– ¿Pero cómo puedes seguir con esa idea? ¡Lo dan por he-

cho, no lo aprecian! Piensa en ti primero y luego, si te quedan fuerzas, en los demás.

– Ah, lo sé. Debería ser más dura, más estricta y...

– ¡Y decírselo a ellos, igual que me lo dices a mí!

– Sí, Jenny, se lo diré. Mañana se lo diré todo.

Jenny se picó mucho con la situación. Le molestaba la actitud de su hermana y su debilidad inexplicable. Pasó el día fumando en la terraza de su estudio, mientras glaseaba las piezas de sus alumnos.

– Mira, el coche de Jaque. Últimamente viene mucho por aquí –Fiona me guiñó el ojo, mientras Jaque subía las escaleras.

– Bueno, ahora veremos qué pasa –yo también notaba mucho su presencia, aunque realmente no sabía cómo eran las cosas antes de mi aparición en el pueblo.

– Hola chicas, ¿qué tal? –nos miró con timidez.

– ¿Vais a querer un café? –les pregunté, levantándome.

– Sí, cariño, por favor –y me alejé de ellos, intentando descifrar el diálogo.

Les serví el café y lo tomaron de un trago sin sentarse. Jaque se fue.

– Ah, míralo. Ya no sabe a quién más proponer sus servicios. Necesita una buena mujer. ¡Qué buen hombre, pero qué solo!

– A lo mejor no necesita a nadie...

– Créeme, cariño, cada persona necesita a alguien al lado y si no lo hay, buscará por todos lados hasta hartarse de la gente. Bueno, no es esto lo que quería decir... ¡Tú me entiendes!

– Supongo que sí, pero ¿para qué vino?

– Ah, no es nada. Quería proponer su ayuda para arreglarme el tejado...

– ¿Y Gabriel?

– ¿Gabriel? Hablaré con él y que lo arregle. ¡Es su trabajo! –Fiona se sirvió otra taza de café–. Bueno, cariño, tengo que ir a estudiar un poco –se levantó lentamente como si todos sus miem-

bros le pesasen-. Por cierto, ¿te gustaría venir con nosotras a dar un paseo por el bosque?

- ¿Ahora?

- No, no. Por la tarde, después de comer. Te aviso, ¿vale?

Le asentí con la cabeza y Fiona se fue a estudiar. En 10 días tenía que hacer el examen de francés para su nueva nacionalidad. Se quedó encerrada unas cuantas horas, encargándome a veces un té o pidiéndome ayuda con los cálculos. A esa hora ya no se oía ni un crujido, ni un zumbido en el aire. Los objetos, antes con mucha personalidad, parecían demasiado estáticos, congelados. Todo el mundo se dispipó por los rincones lejanos y la casa parecía desolada, desconocida, descansando de las vidas que albergaba en su vientre.

- Ah, ni un día tranquilo. Su marido está muy mal -salimos de la casa hacia el campo-. Lo han ingresado con cáncer y ella no tiene dinero para coger el avión a Londres. Me llama para que la consuele, me pide trabajo, aunque sé que el trabajo que le puedo ofrecer no es suficiente. ¡Pero le estoy pagando bien! Ah, ¿qué puedo hacer yo con todo esto?

Íbamos subiendo por el campo las cuatro: Fiona, Jenny, Alice y yo. Hablaban de Anny, una señora que hace años compró una casa en el pueblo de al lado y que ayudaba a Fiona manteniendo sus "sheds" de alquiler.

Fiona me parecía la madre de la manada. Antes de su llegada, Mas Sarrat era un pueblo desolado y a lo largo de 15 años sus amigos y conocidos colonizaron toda la comarca. Fiona les buscaba los terrenos, preparaba los papeles y los acompañaba en la compra-venta. Desde entonces tomaron la costumbre de acudir a Fiona fuese por cuestiones de fontanería o por la gripe del niño. Si volvían una temporada a Inglaterra, Fiona cuidada sus fincas y si hacía falta sus perros y gatos. Tenía un compromiso y una responsabilidad con lo que estaba creando y al rechazar algunas ofertas a las que no

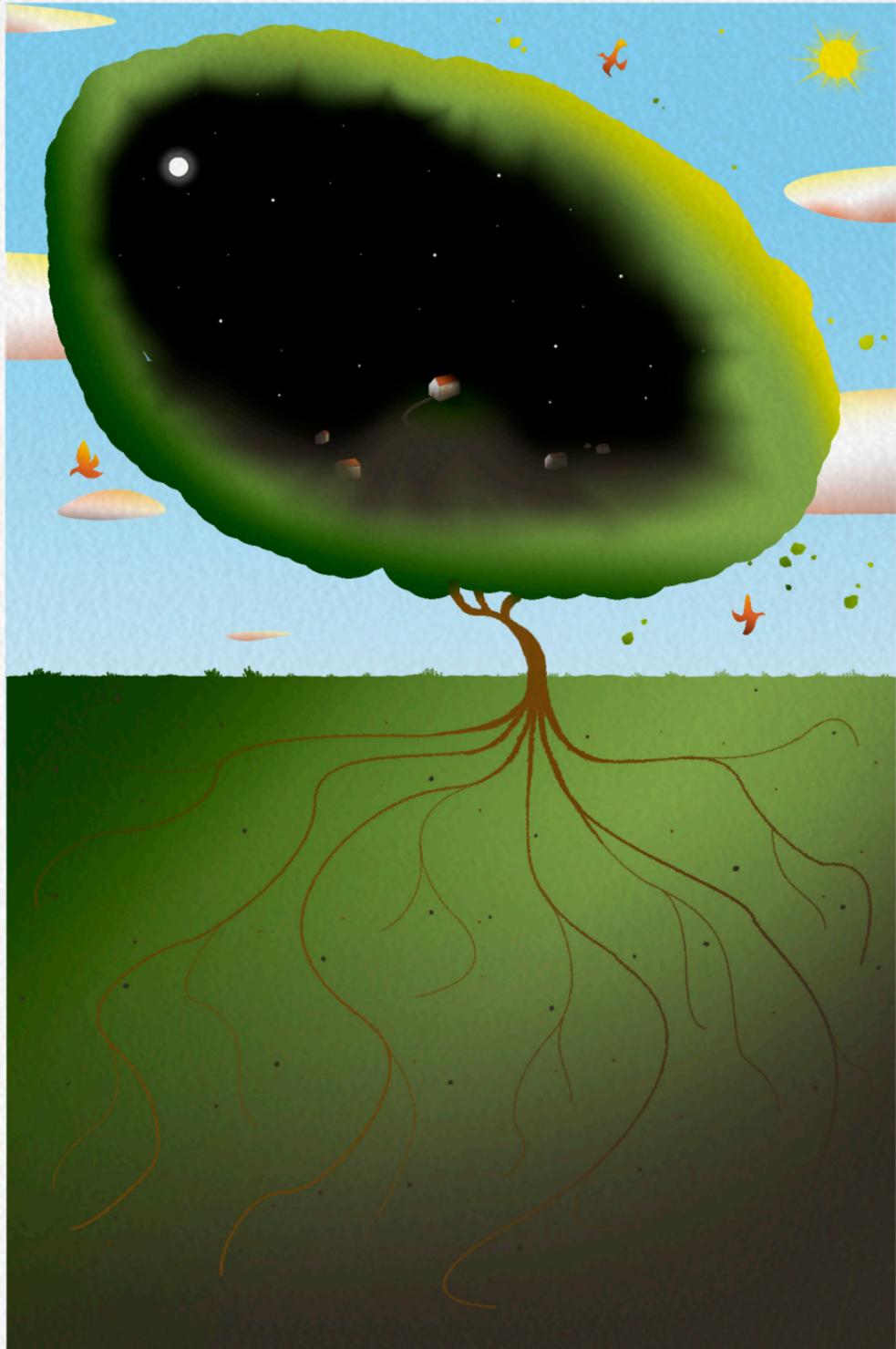
podía dedicar su tiempo, se sentía verdaderamente culpable.

Llevábamos un buen rato caminando sin cambiar de tema. Me alejé unos tres pasos por detrás para no escuchar los problemas y concentrarme en los sonidos del bosque. Las molestias irrazonables vaciaron mi mente y con alegría de una niña empecé a saltar por las rocas y colgarme en las ramas.

Salimos a la carretera. El sol encendió los extremos de los abetos y sus sombras alargadas empezaron a pisarnos los pies. A lo lejos escuchamos los ladridos alumbrando de ecos el valle. “Asti ha salido a pasear al tío Joe” —pensé.

*¿Dónde está el límite de esta hoja blanca?
Escribo como una loca, perdiendo el hilo
y tu imagen de salvación me recupera la memoria.
¿Lo leerás? ¿Estás ahí? Contéstame.*

13 de Abril



– Oh, ¡la comida está fantástica! –Alister estaba limpiando su bigote blanco de la grasa–. ¡Espero que algún día organicéis un curso gastronómico!

– ¡Sin falta! Espero vuestras propuestas –Fiona se sonrojó del agrado y siguió sirviendo la comida con aún mas placer, olvidando las amarguras acumuladas por días.

Contentos los alumnos, recogidos los platos y limpia la cocina fui a dar una vuelta. Necesitaba cambiarme enseguida, recomponer la imagen del lugar en el que me encontraba. Salí del pueblo por la carretera solitaria. A unos cien metros me paré y miré atrás, al pueblo. Observé la casa, tan robusta, tan monumental, la misma casa que me acogía y que me parecía totalmente ajena. Justo por debajo estaban jugando las cabras, saltando dentro de su pasto cercado con la perpetua curiosidad de ver lo que sucedía fuera. Poco les interesaban los asuntos de la casa, lo que querían estaba por el otro lado de la valla. Era sorprendente ver sus hocicos metidos en los huecos del cercado con ganas de probar la hierba prohibida. ¿A que siempre el campo del otro es más fértil?

*¡Qué ironía! Soy como una de esas cabras:
viven en un lugar precioso, no les falta de nada, pero no es
lo que quieren, no es lo que buscan.
¿A dónde llegarán mis balidos? ¿No iba a ser este
– mi Parnaso?*

– ¿Chloe? –a la vuelta me la encontré sentada en una pequeña terraza bajo la escalera de piedra, fumando–. ¿Qué haces aquí?

No me contestó. Ni siquiera sabía si me vio aparecer. Es-

taba mirando fijamente al humo saliendo del horno panadero que se atragantaba con la yesca secándose en su interior. Sus ojos, como dos boyas marinas, flotaban pacíficamente por el panorama y su pelo negro salvaje revoloteaba por el viento. ¿En qué estaría pensando?

– ¿Chloe?

– ¿Zí? –me miró de tal manera, como si llevábamos toda la mañana juntas.

– ¿Qué haces aquí?

– Eztoy fumando... tengo un día libve. ¿Quiavez pazar? Te hago un té... –el puzzle en mi cabeza empezó a completarse. ¡Era su piso! El mismo piso que vi brillar el otro día. ¿Cómo es que no me di cuenta antes? Seguramente, alguien me lo habría dicho...

– Sí, claro, un té...

Entrando en su cabaña, me sorprendió el contraste que había entre ella y su casa. Su carácter sigiloso modesto se revelaba en las paredes empapeladas por las cartas, los extractos de los diarios, las poesías escritas a mano, las tarjetas postales. Los origami artesanos se colgaban del techo, los amuletos-obsequios coronaban las esquinas y las flores secas empaquetadas en las bolsitas de tela llenaban de aroma su santuario. Los dibujos, los collage infantiles y las dedicatorias de sus alumnos de teatro estaban por todos lados, algunos, enmarcados, otros, amontonados en los escasos huecos vacíos. Cualquier objeto tenía su sentido e importancia en esa casa y se colocaba a la vista como un gran recuerdo. Me sorprendió el hecho de exhibir los recuerdos y no guardarlos en la oscuridad de los armarios. Los objetos servían de inspiración y no de lamentos por el pasado, dejando la comida para la reconsideración y reflexión sobre el presente.

Mientras se preparaba el té, Chloe me mostró su colección de papiroflexia en la que predominaban los animales y las estrellas.

– ¿Lo hiciste tú? Es tan minucioso el trabajo...

– No ez nada difzil, zólo ze trata de concentrazi3n. Miva, ezte-elefante-e-mi-favovito.

– ¿Tiene nombre?

– No lo zé... –se puso pensativa–. No, no lo tiene. En vealidad, ninguno de eloz. Aunque loz he cveado yo, me guzta zentiv que zon libvez, que no me pevtenezen –los estaba mirando con ojos llenos de esperanza y aunque lo disimulaba bien, Chloe formaba parte de ellos con sus ganas de ser una más, de no pertenecer a nadie.

Me llenó una taza de té inglés y cogió un trozo de papel para doblarlo. Así permanecimos un buen rato. Yo con la taza en las manos y los ojos vagabundeando por las paredes y ella concentrada en la creaci3n de su nuevo animal.

– Miva, aquí tengo tvozoz de los papeles viejoz de mi padve. Huelen a muzgo –al acabar con el cisne, sacó una cajita de madera y me enseñó los papeles desgastados, amarillentos, con olor a té pasado.

– ¿Qué son? ¡No tienen nada escrito!

– No, nada de ezcvitos.

– ¿Y porqué los guardas, entonces?

– Puez... justo povezo, povque son unos zimples papelez. Zé que zon de mi padve, pevo no llevan ningún vecuevdo en concveto, ¿entiendez? –la verdad, es que no entendía muy bien–. No eztán bajo el pode de ningún vecuevdo y sólo con olevloz puedo imaginavme cualquie coza. ¿A-qu-ez-mavavillozo? –asentía con la cabeza a todo lo que me preguntaba.

Sentía que estaba dentro de un libro de fantasía con una atm3sfera muy pesada. Chloe no contestaba a mis preguntas y a menudo parecía olvidar de mi presencia. Vivía en su cabeza una historia paralela que no permitía aparici3n de nadie externo. Cuando volvía de sus pensamientos, me miraba, sorprendente, y necesitaba algunos minutos para recordar la última hora de nuestro en-

cuentro.

No sabía cuánto tiempo había pasado en su casa. Tampoco recordaba bien lo que hacía y lo que decía. Se me hacía muy extraño.

Escuché un ruido que provenía desde arriba. Se había reanudado la vida en casa. Me despedí de Chloe y subí volando a mi habitación. El día siguiente iba a emprender el viaje con Asti por la comarca.

.....

“Voces y voces por todos lados. No entiendo de dónde provienen. Estoy sola. Están chillando y luego callan, una y otra vez retoman sus murmullos incesantes. Galimatías sin sentido. ¿A dónde dirigirme? Miro alrededor y todo es uno. A mí no me llaman, no saben que estoy aquí escuchándolos. No me dan importancia. Yo sigo andando. Las voces se quedan atrás. Ahí, en el horizonte, hay algo. ¿Un monte? Está flotando en el aire, sé que está ahí y está callado. Ando, tranquila y las voces vuelven, pero no me inquietan tanto. La oscuridad me hiela las yemas de los dedos, estoy descalza. A veces, grandes nubarrones tapan el monte y las voces me hacen parar, sus susurros me provocan curiosidad y a la vez me repugnan. El camino se eterniza y no hay otra opción que parar y escuchar las voces o ir andando ciegamente hacia el horizonte.”

– ¡Ven aquí, ven, Asti! –llamé a mi guardián, soñolienta.

El escalofrío subía por los pies, cogido de la tierra húmeda. El sol traspasaba mis translúcidos párpados hasta llegar a lo más profundo de mí y se apoderaba de mi reino interior. Me reblandecí y mi piel empezó a derretirse. Si alguien me hubiera visto en ese momento, podría haber amasado conmigo el ser más bello del mundo.

*¡Fíjate, como si nada hubiera pasado!
Como si esta fuera la misma realidad.*

Salí con Asti antes de dar los buenos días a los habitantes del pueblo. Teníamos un mapa con la ruta señalada y una mochila con provisiones. “Ojalá nuestra aparición en los pueblos desconocidos sea bienvenida” —pensaba yo. El cristal empañado del cielo se reflejaba en el rocío que Asti lamía con una alegría contagiosa. Giramos rotundamente hacia una mancha verde de una maraña gigante, en la que se iba perdiendo el sendero tortuoso. La figurita negra se coló en el laberinto y me obligó a seguirla. Avanzamos rápidamente, empujados por los cánticos jubilosos que nos dirigía el coro arbóreo. Hechizados los sentidos, corríamos y saltábamos en un baile pagano, dedicándolo a la madre-tierra. Al volver en mí, tuve que parar para mirar el mapa. Íbamos bien, pronto deberíamos saludar a los primeros pueblos despertándose.

Saliendo de la arboleda casi nos atropellaron dos caballos. Los acariciamos y nos dirigimos hacia las ventanas que flotaban entre los arbustos y los largos tallos de las ortigas. Un arco, envuelto por las plantas trepadoras, nos invitaba a entrar en el primer pueblo. Las casitas de hojaldre tenían jardines bien arreglados, protegidos por los gnomos guardianes y los espantapájaros. El travieso Asti empezó a ladrar, despertado a los vecinos, y nos fuimos corriendo de aquel lugar hacia el mugido que resonaba por todo el pueblo. Se nos abrió un enorme pastizal que alimentaba a las vacas con los costados manchados. Las vimos de lejos, esparcidas aleatoriamente, charlando entre sí con la máxima potencia de su voz. Yo me puse a reír; algunas tenían aspecto muy serio, comiendo con mesura, y otras, serenas, descansando en sus cuatro patas.

Seguimos nuestro camino ciñéndonos a los restos de los muros antiguos de piedra que bordeaban todas las carreteras de la región. Entramos en un bosque de abetos. Entre el susurro de las hojas escuché un sonido que me era familiar. Deslicé mi mirada por los troncos hacía arriba y entre las nubes me encontré con un gran combate cabezudo de abetos. El viento echaba la leña al fuego con

sus ráfagas retozonas y los troncos que rodeaban el combate estallaban en aplausos. La carretera solitaria se perdía en el horizonte. Estábamos ya bastante cansados y buscábamos un lugar para almorzar. Los abetos se diluían por el camino, abriendo ante nuestra vista campos y campos bañados en el lago soleado.

A nuestra derecha vimos una choza de piedra –una nave cilíndrica muy pequeña con un ábside en la cúpula–. Estaba vacía y decidí acercarme. Asti fue primero corriendo por el pradejón y solo se le veía las orejas levitando entre los hierbajos y jaramagos. Por un momento tuve miedo de pisar una serpiente o un sapo que se escondían dentro del mar de espigas punzantes. Tuve coraje y corrí sin parar hacia aquella silueta y, una vez dentro, me relajé en la frescura de la oscuridad. Era una construcción hecha de piedra seca, encajando las piezas como puzzles, sin dejar una rendija por la que pudiese entrar el sol. Recordé el anterior paseo con Fiona y su hermana por el bosque. En el descampado vimos una chabola del mismo estilo, mucho más grande, con un aire a iglesia rural abandonada. Me explicaron que esas construcciones se llamaban “gariottes” sirviendo de refugio a los pastores y los campesinos en caso de mal tiempo o si la noche los pillase desprevenidos. Las “gariottes” estaban esparcidos por la región desde hace siglos y hace unos 50 años se empezó su demolición preparando las tierras para la agricultura industrial. Actualmente la mayoría se escondía en los bosques y arboledas y prestaba sus servicios a los cazadores, a las parejas de enamorados o a los niños para sus juegos.

Los ladridos entrecortados por el viento me sacaron de mis pensamientos. Asti estaba agotado por sus juegos con mariposas y moscones, sacando la lengua en búsqueda de aire fresco. Lo vi sediento y tuve que sacarle un poco de agua de mi botella y dársela con mis manos.

Al destino llegamos sin fuerzas y nos caímos a plomo, reventados, en la pradera adornada por las retamas con las yemas

todavía robustas, las viboreras salvajes y los dientes de león en todo su esplendor. Las voces adormiladas del pueblo cercano y el cacareo acompasado me estaban arrullando. Me dormí.

– ¡Ven aquí, ven, Asti! –no pude acabar mi sueño, Asti me lamía la cara.

Camino de vuelta, todo cogía tonalidades amarillentas, las hojas se abrillantaban, plateadas, y los animales se despertaban de la siesta en los pastizales. Tenía una sensación rara, un presentimiento de angustia cercana, pero intentaba no cederme a la superstición y guardar la energía de la aventura para más adelante. El mapa me comunicaba la cercanía del pueblo.

Al llegar, sorprendida, encontré el pueblo exento de la melancolía que reinaba durante la última semana. Las nubes se abrían en anillo y dejaban el cielo limpio justo por encima de la colina. Mi angustia se acabó sin empezar. A cien pasos ya se oía el timbrazo de las voces, el cantar de las cabras y los programas musicales de la radio inglesa.

– ¡Hola! ¡Ya estáis aquí! ¡Asti, amigo, pero si estás reventado! Venga, vamos a comer. Tú, siéntate. Joe, échale una copa, que está agotada la pobre –y yo, sin tiempo para entrar a la casa, ya estaba redirigida a la terraza por Fiona que salió para dar órdenes y distribuir las tareas. Estaba resplandeciendo, revoloteando entre la cocina y la terraza, con la sonrisa rejuvenecida, igual que los primeros días.

Me senté en la terraza sola, apartada de los demás, para disfrutar de la tranquilidad que todavía guardaba dentro. Escuché un ruido que provenía de un cobertizo. Estaba ahí Gabriel acabando el tejado. Se le veía alegre, sin nada de tosquedad en el rostro. Fiona lo llamó para bajar a tomar algo.

Todo el mundo estaba esparcido por los rincones, juntándose en pequeños grupos de discusión, con las risas y exclamaciones resonando por el valle. Ese bullicio me hacía recordar los viejos

tiempos cuando todavía se hablaba por el gozo, sin ninguna pretensión.

Fiona me presentó a Anny, la mujer que le ayudaba con los “sheds”. Me pareció una mujer flaca, con ojos taciturnos y pómulos hundidos. Estaba sentada en un rinconcito lejano rumiando sus penas tranquilamente, como una vaca. Observaba la fiesta sin indiferencia, pero evitaba participar, porque cualquiera que la intentaba animar acababa cayendo en el mismo pozo de lágrimas que ella. Dejó de luchar hace tiempo, la resignación chisporroteaba en su mirada. Intentaba sonreír, pero los ojos se le humedecían por costumbre. Fiona se le acercaba, le proponía un aperitivo e intentaba calmarla. Según me explicaron luego, el marido de Anny iba mejorando, encontrándose en la primera etapa del cáncer que se curaba rápidamente. Y Anny, sin poder lamentar por su marido, lamentaba por su hijo perdido por la vida. Quizás, ese estado de pena constante era su hábitat, su zona de confort. La compasión constante de los demás le provocaba una satisfacción masoquista y en ningún momento podía dejar de ser una mártir. Algo repulsivo había en ese sufrimiento y, sobre todo, en el deseo de exhibirlo.

– ¡Chloe! ¿Qué tal? ¿No ibas a trabajar hoy?

– No... hoy tenía el teatro. Empezamos con la nueva función. Míra que han hecho los niños –me enseñó las fotos de las figuritas de papiroflexia-. ¡Ezta ez para ti! –y me dio un cisne. Era el mismo que hizo la tarde anterior. El cisne tenía un cuello largo y fino con las alas grandes. Me encantó.

– ¿Volará?

– Inténtalo –le abrí las alas y dejé al viento cogerlo en sus brazos. Voló. Y se aterrizó en el hombro de Fiona que estaba charlando con los alumnos. Nos miró algo molesta, riñéndonos silenciosamente como a dos niñas traviesas. Nos encogimos de hombros intercambiando las miradas de incompreensión y nos echamos a reír-. Vez, zi ze quieve, vuela.

Chloe parecía divertirse mucho y su risa aguda me contagiaba. Tenía una capacidad excepcional que le hacía olvidar de todo lo malo en un instante. La menor amenaza a su estado zen la hacía activar sus radares, se ponía tensa y tras una breve reflexión volvía a su estado de disfrute. ¿Cómo podría aprender de ella?

– ¿Necesitáis algo? ¿Todo bien? –Fiona nos acercó acabando su ronda por el jardín.

– No te preocupes, Fiona. ¡Disfruta la tarde! –le sonreí y ella volvió a unirse a la conversación de los alumnos.

– Vez, no puede pavavze ni in minuto. Pov-qué tiene que pvotegé a todo el mundo. ¡Qué no zomoz unoz dizcapazitadoz!

– Ah, Chloe, ¿qué te habrá hecho la pobre? Déjala en paz, ¡disfruta!

Chloe, algo avergonzada, asintió con la cabeza dándome la razón y nos quedamos en mi rincón; yo, tomando el vino y ella, inhalando sus fuertes cigarros. No hablamos más, solo observamos la vida que se abría ante nosotras en la terraza. Me relajé con ella. Dejé de sentirme invisible y la simpatía brotó en una tierra seca y revuelta.

14 de Abril

La Resurrección.

No cogí mi bolígrafo en tres días. El pueblo resucitó y respiraba con pulmones rejuvenecidos. El primer ciclo parecía volver otra vez a su zenit. Fiona habló más severamente con Gabriel y se entendieron. El tejado estaba arreglado, junto con la piscina y los bancos de la terraza. Catherine seguía viniendo a cenar con nosotros, pero avergonzada por su comportamiento, nos traía cada noche una botella de vino y pan con verduras frescas. Fiona y Jenny apreciaron mucho su gesto y más aún cuando nos quedamos un día sin vino. El caso de Anny y su marido se caricaturizó entre nosotras, aunque Fiona siguió apoyando a su amiga. Y era lo suyo, con un poco de atención y cariño se podía arreglar muchas cosas.

El curso se estaba acabando y yo sentía una ligera tristeza por no haberle dedicado más tiempo. Lo cierto es que durante la semana andaba apagada, no me percataba más que en lo que me dolía y lo que me hacía sufrir: “¿No sería ese el mismo masoquismo de Anny?” No me alegraba la felicidad de las profesoras, ni de los estudiantes y sentía una gran angustia por ver a Fiona tan preocupada y a los demás utilizándola. Los últimos días, después de mi retiro al campo con Asti, me purifiqué.

Al acabar la última clase del curso íbamos a hacer una cena de clausura en el Café y antes de cenar Penny y Ali nos invitaron a tomar algo en su “shed”, preparando para la ocasión una selección de vinos de las bodegas que visitaron durante la semana.

Quise arreglarme. Me puse una camisa de cuello alto, pura, blanca, como la manifestación de mi estado de ánimo y un pantalón rojo que armonizaba con mi pelo y labios. Entendía bien lo absurdo que era arreglarse en un pueblo, pero no podía evitarlo. Me hacía feliz ver a los demás con ganas de sentirse bellos, jóvenes y alegres.

Por el camino nos encontramos con la lluvia chispeando y aceleramos el paso. En la terraza cubierta nos estaban esperando Penny y Alister con sus sonrisas benevolentes. Cuando nos acercamos, los dos me besaron como si fuera su nieta. Les saludé con una voz exaltada y se rieron de lo emocionada que me puse, pero no pude disimular mi excitación. Mientras nos quitábamos los abrigos, ellos se fueron a por la primera botella. Estaban los dos en la cocina moviéndose al unísono, cortando el queso, abriendo el vino, sirviendo aceitunas. Me parecían una pareja muy curiosa, con muchas capas que se me estaban abriendo poco a poco. Los dos florecían hacia la misma dirección, mirando el mismo cielo y alegrándose a los mismos acontecimientos, a pesar de que eran la antítesis el uno del otro. A lo largo de la semana empecé a percibirlos como un único sistema, en el que la ausencia de una parte provocaba un desequilibrio total.

– Penny, cielo, ¿y tú qué quieres? – Penny, con una voz robusta que contrastaba con su rostro de ratoncillo, pálido e imperceptible, le contestaba con seguridad.

– Un rosado, por favor.

Me daba impresión que todo su aspecto estaba elaborado a posta para camuflar su personalidad real. Era una persona reservada e ingenua, pero cuando tenía algo que decir, lo hacía con gran pasión y auténtico interés por el asunto. Alister, a cambio, con sus canas suaves y rasgos prominentes, emanaba un aire de ternura y cordialidad. Su mirada cariñosa afectaba a las almas más ásperas y callosas y podía relajar cualquier ambiente.

Tío Joe vino algo tarde y por tradición llevaba una botella de vino bajo el brazo, una barra de pan bajo el otro y bajo su nariz aguileña, una sonrisa pícara. Nos besó a todo el mundo y nos llamó “familia”, una expresión excesivamente cálida para un británico.

Me senté al lado de Alice que no se percató de mí y no

apartó su mirada de la mesa llena de cacharros con aperitivos. Se me hacía difícil contactar con ella. No tenía ni el menor interés en comunicarse con la gente y su indiferencia en el campo de las relaciones humanas era proporcional a su interés por la arcilla. Era una mujer flaca, delicada, pero con una fuerza escondida que adquirió gracias a su trabajo y me sorprendía constantemente viéndola trabajar: sus manos tan blancas y pequeñas amasando con gran fuerza kilos y kilos de barro y su rostro iluminándose al ver a su estudiante progresar. Era una de las mejores alfareras de Inglaterra y, sin duda, tenía que hacer sus sacrificios.

Ví aparecer a Catherine escondiéndose entre risitas de la llovizna. Como de costumbre, tenía una sonrisa mansa que entornaba sus ojitos para que viese justo lo necesario para no tropezarse. Sus oídos estaban afinados y ese era su sentido principal en la percepción del mundo. Catherine se sentó con Penny y las dos empezaron a charlar bajito del último paseo que hicieron juntas.

Los observaba a todos con interés y algo de pena. Sabía que esa noche sería el último recuerdo que me quedaría de ellos y me rebosaba la sensación de impotencia. Quería lo mejor de ellos, quería guardar lo que me habían dado y, como una niña enfurruñada, en vez de disfrutar su compañía, me encerraba. Así pasé un rato, recordando los mejores momentos que tuvimos y los mejores chistes que debería guardar para siempre. Me acordé del pájaro de Alister y sonreí. Al pájaro lo podría volver a ver cualquier día.

Los temas se iban agotando y al final todo el mundo se unió a la conversación de Fiona, tío Joe y Ali que masticaban el tema del Brexit.

– Bueno, bueno. A la gente se le olvida todo. Son muy fanáticos, primero actúan y luego piensan. Así votaron, sin abrir los ojos.

– Sí, Alister, fue una votación egoísta, pero tampoco nos paramos a pensar mucho. ¿No te acuerdas de la presión que nos

metían por todos lados? –tío Joe no tenía muchas ganas de meterse en el asunto y estaba intentando desviar la conversación.

– Ya, ya... todos decís lo mismo. A vosotros no os afectaba, igual que a mí...

– ¿Y yo, qué haré yo? A mí, ¡sí que me afecta! ¿Qué se quedará de mi negocio, de los cursos, de mi trabajo? ¿Todo esto es una gran tontería! –la voz de Fiona sonaba desesperada.

– Ya, ahora nosotros tenemos que cosechar nuestra propia estupidez.

– Bueno, amigos. Dejémoslo por hoy. ¿Fiona, te echo una copita? –tío Joe para todo tenía una única medicina. Vivía tranquilamente en su casa de Londres, tenía la pensión de un militar y no le preocupaba más que el momento actual. Lo hacía bien.

El Brexit no era un tema para olvidar con una copita. Para Fiona suponía una derrota de todo su reino que con tanto cuidado iba creando año tras año. Sus amigos ingleses de la comarca, si no fuera por la nacionalidad francesa, la iban a abandonar. Su negocio iba a perder la clientela adquirida con tanto esfuerzo. Los cursos de cerámica dirigidos al público inglés tampoco podrían seguir existiendo. Y la propia posición de Fiona como residente francesa podría quebrantarse si no aprobaba el examen para la nacionalidad.

Poco a poco, aunque todavía nerviosa, Fiona empezó a ceder a la galantería de su tío y una vez más vi lucir la sonrisa en su rostro rubicundo. Se dejó fundir entre los zumbidos de la gente y el tintineo de las vasijas que se entrecortaban por las repentinas broncas del viento. La conversación avanzaba rápidamente por la montaña rusa de gritos y susurros y la voz de Fiona, antes perdida, iba recuperando su fuerza para concluir con tono esperanzador todas las discusiones. Era la hora de irnos al Café.

La carretera marchaba sinuosa y las voces resbalaban por las rachas de viento con ebria alegría. Los últimos rayos del sol prendían el cabello bordando un halo anaranjado alrededor y los lagos

de sombra se derramaban creando ornamentos fantasmagóricos en los rostros. Las exclamaciones, apresuradas por el vino, resonaban en el fondo del bosque que flameaba en el baño dorado y se perdían en los ecos del valle.

Iba lento, muy por detrás de la estrecha y estirada fila de las siluetas. A cada paso me asaltaban las oleadas de brisa de campo, con olor a paja y a la tierra húmeda. Esas caricias somníferas traspasaban mi camisa de puro blanco hipnotizando mis sentidos. Cerraba los ojos constantemente volviéndome hacia el resplandor menguante y por unos instantes olvidaba los condicionantes de mi estado actual. El sueño que tuve en el campo se repetía y parecía llegar a su cúspide: las voces estaban tan lejos que no me perturbaban, la oscuridad envolvente no me amenazaba más y el monte lejano se hizo tan inmenso que solo lo podía abarcar con los ojos cerrados. Sentía haber visto ese lugar idílico mucho antes y una fuerte sensación de pertenecer a él. No era un pertenecer físico, sino un repentino estado de purificación. La guerra entre mis “yo” empezó a frenar y la paz reinó en mi campo de batalla. En la infantería se hacían las hogueras, la artillería fue a cazar y la caballería iba gozando de su mesurado paso observado la puesta del sol. Respiré profundo y abrí los ojos. Las siluetas se perdieron entre los crepúsculos, acompañados por el susurro incesante de los abetos. Me eché a correr tan deprisa como si fuera posible atrapar el último rayo del sol. Me estaba ahogando de lágrimas que no conseguían brotar, aplastadas por los fuertes brazos del viento. Sentía una necesidad inmediata de expulsar toda esa maraña de emociones. Me paré, estupefacta, como un animal salvaje acechando a su presa y esperando a que pasase algo, algún movimiento, un soplo de aire. Nada. Solo una leve sensación del río turbio que estaba demoliendo todo en su camino y dejando tras sí un arroyo jovial.

Me estaban esperando en la entrada del pueblo que marcaba una ruina del antiguo colegio. En cuanto me vieron apare-

cer, reanudaron el paso y me dijeron que en ningún momento me perdieron de vista. “¿Estaría yo soñando otra vez?”— lo descartaba, justificándolo físicamente con un gran alivio y paz interior. Todo me parecía más real, más voluminoso, con más personalidad. La luz del Café apareció como un astro, calmando el sueño de la plaza. Me paré enfrente unos segundos y entré.

— ¡Aquí eztáz! Ven, zientate aquí, ya eztá todo pvepavado —Chloe, con aspecto pensativo, me llevó por el brazo hacia la mesa donde ya se había colocado toda nuestra compañía.

Me hacía mucha gracia ver aquellos señores sonriéndome con una mirada bribona como unos niños que se entendían jugando a los bandidos, sin decir una palabra. Me senté entre Alister y Jenny. Fiona estaba sentada en el centro, de modo que podía conversar con todos, sin elevar la voz. En el Café, aparte de nosotros, había dos mesas cenando, pero se fueron muy pronto y nosotros paulatinamente íbamos usurpando los rincones más cómodos.

Chloe nos sirvió una sopa de calabaza —receta de su abuela— y ternera al vino con puré de patatas. La invitamos a cenar con nosotros, pero ella rechazó la oferta. Estaba distraída, nos sonreía automáticamente y no tenía ganas de hablar. En aquel momento no le presté mucha atención y seguí disfrutando de mi estado de renovación, hundiéndome en las historias que contaban en la mesa.

— Jenny, ¿recuerdas aquella vez en Delhi? Fue una maravilla de historia, ¿a que sí? —Fiona se echó a reír, colorada, pero Jenny parecía no recordarla mucho—. ¡Es la de los camiones! ¿Cómo que no te acuerdas?

— Ah, la de los camiones, ¡vaya historieta! —Jenny se puso a reír también y el resto estábamos impacientes de escuchar qué es lo que les pudo pasar con sus camiones—. Venga, yo lo cuento —Jenny se incorporó y empezó su cuento—. Teníamos... unos 25 años cuando fuimos a la India por primera vez. Elegimos un hotel bastante decente y, aunque el personal no hablaba inglés, conseguimos

instalarnos en la habitación. Sacamos la ropa de la maleta, cogimos los camisones y nos fuimos a duchar, pero cuando salimos no encontramos nuestra ropa.

– No, no, espera. ¡Creo que ni siquiera nos habían subido la maleta!

– No puede ser. Ya estábamos en camisones. Y la ropa que dejamos, ¿qué pasó con ella?

– Sí, sí, cierto. Y entonces pensamos que nos habían robado y empezamos a llamar a la recepción, pero nos contestaban en hindi y yo me enfadé.

– ¡Si te hubieras visto en aquel momento!

– ¡Y tú te estabas descojonando, gilipollas!

– ¡Claro que sí! Te empeñaste en buscar en el diccionario la manera de comunicarles el número de nuestra habitación sin saber decirles qué es lo que había pasado y, aunque te contestaban, seguías sin entender nada... –Jenny seguía riendo a carcajadas, contagiando a todo el mundo.

– ¿Y qué hicisteis al final? –tío Joe parecía un crío, escuchándolas boquiabierto.

– Pues yo, como hermana mayor –Fiona se armó en una postura ceremonial–, decidí actuar. Pero tú sabes, para una chica joven en aquella época el hecho de aparecerse en camisón ante alguien era equivalente a salir desnuda. Pero yo salí y fui con gran orgullo a la recepción intentando disimular mi confusión. En la entrada había muchísima gente y tuve que esperar para que me atendieran. Sentí todas las miradas del mundo sobre mi camisón. Intenté comunicarle al recepcionista la situación, pero no se enteraba de nada, sólo me miraba y sonreía. Había olvidado mi diccionario en la habitación y si quería conseguir algo de la conversación no encontraría otra opción que volver a por él.

– ¿Y volviste? –tío Joe se divertía mucho con la historia.

– ¡Pues, claro!, desgraciadamente. Jenny quiso sustituirme,

pero no le dejé, ya había perdido la vergüenza y hacia planes de cómo iba a conquistar el territorio. Volví otra vez a la recepción y vi al mozo que nos ayudó a subir nuestras maletas con un carro y nuestra ropa en él. El carro estaba a punto de entrar en el lavadero y tuve que correr hacia él bajo las miradas escudriñadoras de la gente. Paré al mozo y le intenté explicar lo de la ropa y cuando quise cogerla no me dejó. Un señor se acercó a nosotros, me preguntó qué pasaba y le expliqué la situación. Él se echó a reír, diciéndome que ahí normalmente cogían para lavar toda la ropa que estaba fuera del armario o de la maleta. El señor se lo explicó al chaval que nos dejó sin ropa, pero él insistió en que la llevara a lavar y que la trajera lavada por la mañana. Tuve que ceder. Me quedé un poco decepcionada, pero el señor nos invitó, a mí y a mi hermana, a tomar una copa. Yo, aliviada, lo acepté en agradecimiento y fui corriendo a la habitación.

– ¿Y cómo ibais a salir? ¿En camisión? –tío Joe estalló de la risa. Su imaginación estaba satisfecha y la sonrisa, algo malvada, le abrazó las mejillas.

– ¡Pues imagínate! ¡En camisión!

Acabadas las idas y venidas de unos y otros nos pusimos a medir las fuerzas en pulsos. Teniendo en cuenta que entre nosotros había dos hombres y dos alfareras, el concurso iba a presentar un combate de vida y muerte. Yo perdí a la primera. Lógico. No había manera de ganar a Jenny ni con los dos brazos. Tío Joe perdió con Alistar que a su vez perdió compitiendo con Alice. Se quedaron las dos alfareras en la última batalla. Jenny superaba dos cabezas a Alice y era mucho más corpulenta y robusta. Todo el mundo quería echar una mano a la pobre Alice, pero ella rechazó la ayuda con mucha tranquilidad. Al unirse sus manos en un férreo nudo, la gente empezó a cascabelear con los cubiertos sobre las mesas hasta llegar al apogeo de la lucha. Ninguna de ellas cedía. La mano de Alice, tan pequeña y fina, parecía contener toda la fuerza de sus

miembros y Jenny que probablemente podría reunir aún más fuerza estaba demasiado distraída por las risas y el ruido. Al cabo de 3 minutos, Alice ganó con fervor entre los exaltados aplausos, como si fuera una batalla de gladiadoras. Las dos se abrazaron y volvieron a la mesa para tomar su última copa y soltar las últimas risas.

Chloe estaba perdida en sus laureles. Tenía aspecto de una niña, volando por mundos desconocidos. Me acerqué para hacerle compañía en la tenue luz de las velas.

– ¿Qué tal, te falta algo? –me preguntó sin mirarme.

– No, nada, la comida estaba muy sabrosa. ¿Por qué no vienes con nosotros?

– No me apetece, muchas gracias –Chloe, que normalmente hablaba tropezándose, me contestaba con claridad.

– ¿Quieres que juguemos a algo?

Ella me miró con sus ojos grandes y chispeantes que reflejaban las vibrantes llamas de las velas y su pelo negro alborotado por todo su rostro e iluminado por los estrépitos de la luz parecía unas serpientes. La gorgona Medusa me estaba mirando fijamente y yo no conseguía deshacerme de la alucinación. Me quedé totalmente atónita ante su rostro, sintiendo su mirada devoradora.

– Aquí tenemos el dominó, si quievez –me dijo tranquilamente y apartó la mirada.

– Sí, me parece buena idea –a su vez, conseguí apartar la mía, pero no pude quitarme de la cabeza la impresión que me produjo.

*Se me fijó su rostro en la memoria
como un cuadro tenebroso, con los mínimos detalles.*

¡Y la mirada! No la olvidaré jamás.

*Me imagino tus ojos, tan claros y calmantes,
combatiendo contra la reprimida furia de los suyos.*

Y las dos sustancias viscosas me llenan el corazón.

¿Quién habrá ganado?

No nos dio tiempo a jugar. La gente se recogía. La mañana siguiente iban a emprender el camino de vuelta a Inglaterra. Tío Joe se quedaba dos días más y, aunque su compañía me agradaba mucho por las mañanas, no podía deshacerme de la desilusión por la partida de los demás. Sentía algo extraño, una melancolía que surgía ante la comprensión de un hecho irrevocable. “¿No los volveré a ver jamás?” —pensaba yo, yendo por la oscura carretera al lado de mi nueva familia. Me sonreían, hablaban de sus cosas y no se percataban de mi tristeza.

Nunca había visto una oscuridad tan densa. La noche sin luna con mil estrellas nos cubría como una carpa de circo, escondiendo en su interior los trucos que se revelaban a cada paso. Alister se paró como de costumbre, explicando el comportamiento nocturno de los animales y sus palabras me acunaban, acordándome de la feliz infancia en casa de mis abuelos.

16 de Abril.

Carta N° 10.

La rutina.

Escuché a Chloe entrar en su piso pasadas las dos de la madrugada. La negrura de la noche me impedía ver algo y las escasas luces que emanaban las ventanas vecinas estaban hibernando, envueltas en una sábana helada. Afiné el oído y, tras un largo silencio, me llegaron las voces. Hablaban en francés. La voz de Chloe volvió a su estado normal de ceceo, corriendo y tropezándose por la voz masculina tímida e infantil que titubeaba y callaba largos ratos, desconcertada. Me acurruqué en la esterilla con el oído pegado a las maderas, buscando alguna pista, y me quedé ahí, tirada en el suelo, con ganas de pillar al desconocido, sintiéndome como el marido que se esconde detrás de la cortina para desvelar el adulterio de su mujer. Las voces fueron bajando hasta convertirse en lejanos susurros y se iban confundiendo entre los crujidos de la madera y los chorros de viento escapando por los huecos de las puertas. Me quedé así un largo rato, pero no conseguí averiguar nada y me acosté, hundiéndome entre las mantas. No pensé más en Chloe. Algo más potente estaba dominando mis sentidos. Ese algo me venía repentino, rompiendo mi estado tibio con una brisa fresca. Estaba agotada y no tardé mucho en sumergirme en el sueño más profundo desde mi llegada.

Al día siguiente me acordé de aquellas voces que me asustaban, presentándose a plena noche. Desde ese momento me empezaron a provocar una mezcla de vergüenza y curiosidad insoportable. La verdad es que nunca espí a nadie y me parecía una falta de respeto. “¿No debería hacerlo?” – si estuviera Lea, probablemente, no me haría falta espíar a nadie.

*Hay momentos, cuando todo lo siento como en paralelo.
Estoy hablando contigo y a la vez una voz extraña me viene a
pedir favores que no son naturales en mí.*

*Y mi otra parte le hace favores con tal naturalidad
como si toda la vida hubiera sido una campesina.
Lo llamaste “la agitación del ego”, ¿no es así?*

– ¡Nicolás! A ver el queso... ¿Me dejas probar éste? ¿De qué es? –Fiona, con la rapidez de la tormenta, irrumpió en la feria de los alimentos.

– Ay, qué gusto veros a todas... Pues mirad. Este queso de cabra es muy suave, para pasteles o para las cremas, también para las salsas o para untar o... –Nicolás se puso glorioso por haber sido apreciado como el centro de atención de las mujeres.

– Yo probaré éste y aquel curado, envuelto en hierbas. ¡Parece tener buena pinta! –Jenny devoraba todo con los ojos. En una mano tenía una pequeña copa de la degustación de vino y lo estaba disfrutando con el queso de Nicolás.

– ¿Habéis probado la morcilla de “Los TINTIES”? ¡Es fantástica! Un poco cara, pero lo hacen todo natural, todo en su granja –Nicolás se transformó completamente, abriéndonos su aspecto de un astuto comercial, pero nosotras fuimos más resistentes a sus lamidos dulzones de la promoción y conseguimos salir de la feria con la mejor compra posible. Y, aunque sin querer, nos vimos obligadas a entrar en el juego de regateos y usar todas las artimañas intrínsecas de las campesinas, el fin de nuestro viaje era algo diferente.

El primer curso se acabó el viernes y nos quedamos Fiona, Jenny, tío Joe y yo a la espera del domingo y de una nueva ola de estudiantes, para la satisfacción de cuyas necesidades gastronómicas fue necesario abastecerse de los alimentos locales que estaban muy de moda entre los extranjeros. Nicolás nos preparó una caja con 4 variedades de queso y su amigo carnicero nos dejó 6 kilos de ternera y 4 de pollo por el mejor precio de toda la feria. Fuimos fieles a la “Chateau Fonteau”, aunque no negamos el placer de probar vinos

tintos y licores de las bodegas de Malbeque y llevamos una botella de licor de hierbas por nuestro propio gusto.

Hacía un día espléndido, uno de aquellos días cuando todo parece estar en su lugar. No podíamos desear un tiempo mejor. El cielo estaba conquistado por los cúmulos de las nubes esponjosas con sus contornos bordeados por la luz suave de la mañana; el ambiente olía a frutos secos y los arbustos a lo largo de la carretera desprendían un aroma leve al despertar de la tierra.

El coche iba de vuelta a Mas Sarrat y, aunque Fiona y Jenny no paraban de hablar, sus suaves murmullos no me impedían disfrutar del viaje. Las ventanas estaban abiertas y yo sacaba mi mano fuera y la chocaba contra las hojas y las ramas cercanas. Mi sentimiento de ingravidez seguía conmigo y tímidamente me empujaba a conquistar mi propio territorio en la comunidad. Los chistes me hacían gracia, encontraba algo que contestar y hasta aportaba mis débiles consejos y opiniones. Fiona me llamaba “nuestra campesina” y Jenny, “gran alfarera”. El ambiente dejó de parecerme hostil y las vidas tan dispares empezaron a encajarse hasta desaparecer ante mí en toda su unión esplendorosa. Todo vivía y respiraba a la vez.

– Bueno, querida. Aquí te dejamos. Vendremos a cenar y te recogemos, ¿vale? – Fiona me acercó al Café. Me propuse de ayudante para la cena del sábado y Beatriz, la dueña, me estuvo muy agradecida.

Eran las 5 de la tarde y el pueblo indolente a esa hora empezaba a salir de su hibernación. No había mucho que hacer y me quedé en la terraza con Chloe. Ella, ensimismada de costumbre, estaba disfrutando de su lento cigarrillo. El sol nos cubría por el lado y nosotras estirábamos los cuellos como dos girasoles, buscando la luz plateada para brillantarnos las caras. No hacía falta decir nada, las melodías ruidosas de la garganta como “hmmm” y “ahhh” expresaban perfectamente el estado de cada una.

Vinieron los músicos y empezaron a instalar el equipo en el interior del Café, acompañando nuestro letargo con sonidos dispares de ajustar sus instrumentos. Los primeros motivos empezaron a resonar en la plaza, llegando a las calles cercanas y volviéndose para llenar el pueblo de ecos enérgicos. Todas las puertas y las ventanas del Café estaban abiertas, invitando a la luz y al aroma del día a pasar para purgar sus entrañas.

– ¡Chloe! ¿Comment ça va?

– ¡George! ¿Qué tal? ¿Y la abuela?

Era su hermano. Vino a saludarnos antes de irse a trabajar. Le devolví el saludo, aunque no pude participar en el diálogo. Tenían la misma edad, pero George parecía mucho más joven que Chloe. Había algo infantil en su pelo rubio, liso y suave y sus ojos de un verde muy claro, casi trasparente, le conferían a su mirada una benevolencia pacífica, algo natural en las caras misericordiosas de los campesinos. Le escuché atentamente y su voz me recordó aquella misteriosa voz masculina de la noche anterior.

George no se pudo quedar para la cena y se fue, dejando un regalo para Chloe que ella negó de enseñarme. No insistí, aunque sentía algo raro en todo aquello. Era la hora de preparar el Café para el evento. La gente andaba de un lado para otro sin orden ni sentido. Chloe tomó todo bajo su control y no hablaba más que dando órdenes y explicaciones respecto al protocolo de servicio de las mesas. Yo me quedé cortando 20 barras de pan en un rincón del bar, meditando sobre las migas que caían al suelo bajo el cuchillo endentado. Me hice una limonada con sirope de uva y con los dedos húmedos del cristal empañado de mi copa moldeaba unas pequeñas bolitas de migas. Me manché todo el delantal con la miga del pan e intenté disimularlo poniéndolo al revés.

– Venga, vamo, pázame las zetaz. Eztán en el cajón de la ezquina y... y los puevos, eztán justo debajo –Chloe hacía todo con mesura y determinación, sabiendo qué paso dar a cada momento.

Apareció Chim, su abuela, apenas saludó, se puso el delantal y sin ningún preludio empezó a cortar las verduras. Tenía rasgos idénticos a Chloe y las dos juntas irradiaban una energía de aislamiento sibilino que a solas con ellas me provocaba una sensación de un muro empedrado, pero con una luz muy intensa en sus huecos. No sabía cuánto tenía que cavar para llegar a algo más determinado, iluminado por sus verdades. Pero mi curiosidad estaba por encima de las dificultades que aquella búsqueda suponía.

– Mesdames et messieurs! Attention! –el concierto iba a empezar y la gente quedó paralizada por un instante, justo antes de que el guitarrista tocara la primera cuerda. Y al hacerlo, como si se liberasen del hechizo, se pusieron a hablar, primero bajito, y luego, tras servirse el vino y la comida, subiendo el nivel de las voces.

El Café se abarrotó de gente. Se conocían entre sí y el espectáculo que ellos mismos daban me resultó más interesante que el escenario real. Lanzaban gritos de mesa en mesa, compartían el queso y el pan, chocaban las copas con las esquinas más lejanas. Pasar entre las mesas para servir la comida se convertía en un reto excepcional y si no lo conseguía, ellos mismos la iban transportando con las manos.

La música, lamentablemente, no era muy apropiada para la cena familiar, pero el guitarrista se entregaba a su instrumento con tanta pasión que nadie podía resistir aplaudirle. Fiona, Jenny y tío Joe estaban hablando con Beatriz que les felicitaba por el buen desarrollo del curso. Me acordé una vez más de la partida de mis compañeros, pero en aquel momento la experiencia actual estaba muy por encima de la melancolía, así que me entregué plenamente a vivir la noche como una pueblerina más.

.....

– ¿Estás despierta? –Fiona tocaba la puerta–. Necesito que

me ayudas a empujar el coche. Ha llovido por la noche y no puedo salir.

– ¿Y tío Joe no está?

– Se ha ido con Jenny y Asti a dar un paseo y yo tengo que ir a la oficina de extranjería, es muy importante.

Fuimos las dos a sacar su coche atascado en el barro. Las cabras estaban balando y embistiendo la valla, acompañando nuestros intentos en vano. Había que ponerlo en marcha antes de empujar y yo sola no tenía la fuerza necesaria. Fiona se iba desesperando a cada paso y entre risas y sudor seguíamos adelante.

– Voy a llamar a Chloe, ¡las tres seguro que lo sacaremos!

– Cariño, no lo sé. No quiero molestarle. Estará agotadísima después de lo de anoche.

– No te preocupes, espera un momento.

Me fui a llamarla. Salió todavía dormida, como un pájaro apagado después de un largo vuelo. Le expliqué el asunto y, sin prestarme mucha atención, se puso las botas de lluvia y volvimos las dos para empujar el coche, mientras Fiona intentaba ponerlo en marcha desde dentro. En algunos minutos lo conseguimos sacar a la carretera seca. Fiona nos dio un beso a las dos y se fue, prometiendo que traería croissants.

– ¿Vaz a dormir?

– No, ya no, quiero aprovechar el día. ¿Vienes a desayunar conmigo?

– Zolo zi me hace-un-café –Chloe me sonrío. Estaba despertando y se le veía encenderse los ojos.

Hice un café y preparé las tostadas. Las nubes empezaron a desvanecerse y con los primeros rayos del sol nos pusimos en la terraza, picando nueces.

– Beatriz eztaba muy agradecida por tu ayuda y dijo que cualquier día puezdez venir a ayudar zi te apetece.

– Por supuesto.

– Y yo también te quería proponer un plan. No ze zi te guztaría ir un día a vizitar mi pueblo.

– Ah, ¡tu pueblo! –tenía mucha curiosidad por conocer su casa–. ¿Y cómo iremos?

– Andando. Eztá a una hova y media, no-ez-nada-difícil-el-camino.

– Habrá que hablar con Fiona, creo yo...

– ¿Pevo tú quievez o no? –Chloe me miraba fijamente.

– Claro que sí.

Apartó su mirada y no me dijo nada más. Estaba confusa por las conversaciones que íbamos teniendo los últimos días, pero pude apreciar el gesto de invitación. Sentía que ahí encontraría a la verdadera Chloe.

– Ya me voy, ¿vale? Quievo apvoechá mi día libre. Tengo que pvepavá la claze de teatvo pava loz niñoz –me sonrió levemente y se fue.

Me quedé sola en la terraza acabando mi café con nueces. El día traía consigo una luz suave y envolvente como una neblina que desenfoca la vista. Como veía todo borroso entornaba aún más los ojos para concentrarme mejor en mi olfato y percibir los olores que me llegaban chocantes, abultados y pulidos por la lluvia. La piel de la tierra mullida, empapada de los jugos y ahuecada por las patas del burro, me rozaba la nariz dejando sus huellas invisibles, aquellas, que tras años escondidas, un día volverían a ser recordadas.

Me levanté muy lentamente, estirándome y disfrutando de la mañana. Dejé los platos sin recoger y fui a alimentar las gallinas y las cabras. Di una vuelta por el jardín, recogí algunas hierbas para hacer una infusión y volví a la casa.

Me senté cerca de la chimenea en mi rincón habitual, sin pensar en nada. Era muy temprano todavía y en ese momento no había nada más agradable que dejar la mente volar y sentir el viento fresco entrando por las ventanas abiertas. Sin presencia humana, la

casa parecía una cabaña mágica, guardando sus secretos en cajitas, cajas y cajones; en estanterías llenas de recetarios, que parecían libros antiguos de pócimas; en cacharros rebosados de hierbas y especias de todos los colores y aromas desconocidos y en gatos que lo vigilaban todo.

– Come on Asti, ¡let’s go! –Jenny estaba en la puerta jugando con el perro–. Hola, ¿qué tal has dormido?, ¿qué tal lo pasaste ayer?

– Muy bien, muchas gracias. ¿Y tío Joe?

– Ah, cariño, lo siento. Tuvo que irse sin despedir.

– Vaya... qué pena...

– ¡Ah!, te ha dejado esto, toma –me deslizó un libro. Estaba escrito en inglés y parecía bastante usado.

– The neverending story...

– Me dijo que sabrías el porqué.

– Sí... –estaba hojeando el libro con cuidado–, gracias... –lo cerré y lo guardé en el bolsillo. Jenny me miraba, como si no se enterase de lo que acababa de pasar. Intenté disimular mis fuegos artificiales–. ¿Quieres un café?

– Oh, sí, por favor. Voy a preparar el estudio. ¿Fiona todavía no ha vuelto? Tiene que recoger a Mary en la estación.

– Me dijo que iba a la oficina de extranjería.

– Ah, cierto, cierto. Bueno, espero que vuelva pronto... – me dijo, saliendo de la cocina–. Y gracias por el café, ¡muy amable!

*¿Crees que decirme “muy amable”
en cada frase*

me hace sentir mejor por mis servicios?

*Después de dos semanas copié esa manera y ahora
son muy amables todo el mundo.*

¿Sería usted tan amable de contestarme a mis cartas?

“El campamento cambia de visitantes. ¿El ciclo se cierra o se abre? Soy como un transeúnte que cruza un puente atravesando un flujo impetuoso, siento su poderío y nada puede cambiar. El río turbio le presta la atención necesaria para atraparlo unos instantes inclinado sobre sus aguas y luego dejarle volver a emprender de nuevo su camino.”

17 de Abril

Las esperanzas.

– ¡Champiñones, un ajo y mucho perejil! –Fiona estaba corriendo por la cocina como un animal salvaje, chocando con los cacharros.

Mary, la profesora que iba a sustituir a Alice en los siguientes cursos, llegó tarde a la estación y Fiona tuvo que perder una hora esperándola. En 3 horas teníamos que servir la cena de inauguración y no teníamos preparada ni la quinta parte de lo planeado. Jenny y Mary se propusieron para ayudarnos, pero a Fiona le molestaba tener mucha gente en la cocina, así que nos quedamos solas cocinando a tiempo acelerado.

Me puse con los aperitivos y enseguida nos dimos cuenta de que faltaban algunas cosas. Fiona estaba demasiado nerviosa para tomar decisiones instantáneas y no se encontraba un lugar tranquilo en todo ese batiburillo.

– ¡Fiona, no hay de qué preocuparse!

– ¿Cómo que no?, nos quedan solo tres horas y todavía no hemos empezado. No esperes a un nuevo tío Joe a quien le basta con un poco de queso y una copa vino. ¡Ya verás cómo de exigentes son!

– A ver, en tres horas cada una puede hacer 3 platos y no necesitamos tanto. El “bœuf bourguignon” está hecho desde ayer, los tomates para la sopa tardan 30 minutos en asarse y para la “mousse au chocolat” no tardaremos más que una hora con el enfriado.

– Bueno, ¿pero qué hacemos con los aperitivos? ¡Mira que soy tonta! Olvidar los garbanzos, ¿te lo imaginas?

– ¿Y si usamos alubias? He visto un bote grande en el armario. Tienen un sabor peculiar, pero agradable. No creo que lo estropearían.

– Alubias... bueno, si no hay otra opción. ¿Tú te encargas de esto?

– Sin problema, también puedo hacer la salsa para las patatas y los “croutons” para la sopa. ¿Te parece?

– Ah, cariño, si vas a poder con todo esto sería una maravilla, ¿empezamos?

Fiona puso la radio y desde la primera canción ya estaba sumergida en su labor, cantando en voz alta. Yo me puse también, concentrada en mis tareas.

– Mira como ha salido. ¿Lo pruebas?

– A ver... vaya... no está nada mal... que tierno y dulce... ¿Le echas un poco más de limón y tajini?

– Sí, sí, ahora lo acabo. A mí también me parece muy bueno.

– ¿Quieres probar la sopa? Me parece un poco líquida. ¿Está bien de sal? –la preocupación estaba desapareciendo. En esa etapa todo era más tranquilo, más agradable y, como no había que darse prisa, todo el esfuerzo lo dirigimos hacia la perfección de los platos.

Pasé unos 30 minutos cortando pimientos, zanahorias y calabacines a gajos iguales y colocándolos alrededor del humus en orden cromático de un abanico chino. Fiona le daba los últimos toques a la salsa de ternera que tenía un color sedoso, satinado, echándole perejil fresco y los dientes enteros de ajo para que se impregnaran del sabor. Su nerviosismo había pasado hace tiempo, sus manos se habían relajado y la mirada irradiaba concentración. Verla en ese estado de creatividad me asombraba y su energía inagotable era un misterio para mí. Le encantaba hacer esos preparativos y sus ojos empezaban a brillar al pensar en el gusto de ser la anfitriona. Ella misma lo decía – “Me encanta ser una anfitriona”. Le gustaba cuando la agradecían, cuando halagaban la finura y la delicadeza de sus platos y la bella presentación de los mismos.

En vez de tomar su tiempo y descansar antes de la llegada de los invitados, se fue a recoger algo de menta para hacer una limonada. Al volver, tenía dos ramos de flores salvajes los que me gustaban a mí, la menta ya estaba hecha hojas y en una bolsa traía una especia que pidió a su vecina. Se puso a rematar los platos, vigilando que todo esté bien puesto, con la decoración apropiada. “Nada de exageraciones” –decía. A la sopa de tomates le puso un poco de menta lo que iba a hacer el juego con la limonada. Yo simplemente seguía sus órdenes, dejándole disfrutar de su trabajo. Conquistar su terreno sería ingrato y verdaderamente imposible.

– ¡Qué tarde! ¿Será real? –Fiona se sentó por fin. Pusimos la mesa en la terraza junto a la piscina que abría unas vistas increíbles al valle. El ojo dorado nos guiñaba indiscretamente y envolvía el panorama con las cintas brillantes, quedándose atrapados en el follaje de los árboles cercanos.

– Sí, increíble... –Jenny y Mary volvieron de su estudio y se sentaron con nosotras, disfrutando las vistas.

– ¿Sentís cómo la piel está vibrando? Me encanta esa luz. En vez de quemarme, me hace caricias-. Mary tenía la piel muy blanca y no se escapaba del sol como lo hacían algunos invitados, sino que entornaba los ojos como un gato y se quedaba paralizada.

– Vibrando, vibrando –Fiona se estaba adormilando en su silla.

Pronto se escucharon los pitidos de los coches acercando. Bajaron a la carretera para saludar a los nuevos estudiantes, mientras yo me quedé en la terraza preparándolo todo para su llegada.

Subieron 5 personas. Me presentaron y les serví los refrescos. Más tarde aparecieron otras 3 y repetí la misma acción.

– Oh, qué tiempo hace, qué agradable –una señora corpulenta, con escaso pelo rubio y rostro sonrojado, estaba totalmente deshecha con la ayuda de una copa.

– Oh sí, es increíble, en Londres hace 5 grados, ¡qué dife-

rencia! –un hombre alto, con los miembros caídos y el rostro hundi-do se estaba metiendo en cada conversación–. Soy John, por cierto, ¡mucho gusto!

– ¿Recordáis el año pasado? Por estas fechas, ¡qué lluvia, cuánto frío! Pero las lluvias se pasan rápido, ¡ya lo veréis! –una de las alumnas del curso anterior estaba explicando a los novatos todos los secretos de Mas Sarrat con el ingenio de una lugareña.

A la hora de cenar las conversaciones no avanzaron más que del tiempo que hacía y del encanto del lugar y, cuando empezamos a servir la comida, su impresión por la belleza de las vistas cambió por la exaltación gastronómica.

Fiona no paró en toda la tarde. Estaba repleta de emociones y sus escamas se entreabrían para captar mejor los comentarios que hacían los comensales sobre la comida y el vino.

– Ven aquí, siéntate. ¿Te echo una copita? Estás cansada, ¿a qué sí?

– Qué va, no te preocupes. Me la echo yo luego y tú descansa un rato –Fiona se sentó al mi lado suspirando de agotamiento, pero sus ojos seguían brillando–. Ahora voy a por el postre y así acabamos pronto.

– Vale, genial. ¿Traes la limonada también, por favor?

– Sí, claro. Ya voy.

.....

Fiona, Jenny y Mary estaban en el salón escondido tomando té con leche y viendo un programa de las subastas británicas. Lo estaban pasando bien, cansadas después de la cena. Siempre son bonitos los recuerdos que se comparten. Desde el comedor las escuchaba reírse de los viejos chismes y pensar en los planes más cercanos. Era sorprendente cómo con los años las proyecciones del futuro se hacían más y más cercanas al presente: recoger huevos,

hacer la compra, pasear el perro. Ya no se trataba de la conquista del mundo ni de los ideales remotos.

*¿Y qué habrá de nosotros?
A mí no me importaría pensar en los huevos,
la verdad. En la cama, antes de dormir,
solo tengo dos posibles ramas de pensamiento:
comida o la fatalidad de la vida.
Prefiero la comida.*

“¡Voces!... vienen de abajo. Es la voz del otro día, pero ahora no parece tan tímida e infantil y la de Chloe se ha vuelto más segura y mesurada. ¿Con quién está? No puede ser que sea George, en esto estoy segura. ¿Pero por qué me interesa tanto? A través de la ventana no veo más que a unos metros. ¿Habrá llegado en coche? ¿Y si es su hermano, qué hace aquí a esta hora? –las preguntas que me hacía me empezaron a marear–. ¿Y si es la radio? Ah, no, es una tontería. ¿Puede ser que sea una videollamada?”

Me levanté del suelo y volví a cubrirme con las mantas y me quedé dormida en un instante pensando en el desayuno y en los huevos que recogería en el corral.

– ¡Oh!, buenos días, soy Ángela, ¿recuerdas? –era la mujer de John, aquel hombre alto, entrometido.

– Buenos días, ¿cómo estás?

– Perfectamente, es muy agradable despertarse en el campo, oír los pájaros justo por encima de la cabeza, ver el cielo limpio. Qué más puedo desear en esta vida tan simpática...

– ¿Venís en caravana?

– Sí, sí, hemos recorrido toda Francia en este cacharro. ¿A qué es bonito? Parece chico, pero no lo es. Hay una cama grande, cocina y hasta una mesa. Y tú, ¿qué haces aquí tan temprano? –su sonrisa arrastraba sus pómulos hasta las orejas y la frente era tan lisa

como el cuero recién lavado.

– Voy a dar un paseo con Asti, le encanta el rocío de la mañana. ¡Pero ya son las 9, vas a perder la clase!

– Ah, no te preocupes. Yo no me he inscrito, no tengo la concentración necesaria para el torno, pero a John, sí que le encanta.

– ¿Y te quedas aquí sola? ¿Quieres venir con nosotros? Vamos a dar un paseo y jugar al escondite. ¿Sí, Asti? ¿Te gusta esconderse, a qué sí? –Asti estaba excitado de alegría, ladrando y saltando alrededor de mí, impaciente.

– No, no. Muchas gracias. Quiero disfrutar de la mañana, tomar mi café tranquilamente y no pensar en nada. Oh, dónde estarán mis hijos ahora. Sabes, mi hijo mayor, de tu edad más o menos, es investigador, un gran filósofo. Pero a él no le interesan los viajes, que pena... si solo me lo hubiera pedido... –empezó su monólogo en voz alta, recordando su vida y pensando en lo que podría haber cambiado. Era una de aquellas mujeres cuentacuentos que necesitaba el público para desarrollar la capacidad de pensar y reflexionar. Y como lo había comentado antes, si se quedaba sola, el mayor placer era de no pensar en nada.

La seguí unos 10 minutos y me perdí en la tormenta de sus recuerdos sobre las desgracias y las dichas de sus hijos, sobre sus viajes innumerables y la buena gente que conoció en su vida, pero de la que no recordaba ni nombres, ni caras. Todo me parecía poco relevante y mi interés confuso ya se iba perdiendo cuando los ladridos de Asti me consiguieron sacar de aquella telaraña y llevarme al fresco del campo.

La hierba alta estaba impregnada del rocío y me caí en sus aguas con el deseo persistente de refrescar mi ser interior y no pensar en nada, igual que lo hacía Ángela en el mismo momento. Asti daba vueltas y se escondía para hacerme correr a por él. Por un momento lo vi desaparecer entre el follaje y solo escuché sus

pasos rápidos pisando las aguas del arroyo. Fui a por él, atravesando primero, el campo y luego, el arroyo, saltando por las piedras que albergaba en su seno. Salí al terreno más pantanoso y al resbalarme en una roca cubierta de musgo húmedo y mocososo, me manché entera de barro. Así, tumbada, me encontró mi amigo y nos volvimos a caer los dos riendo y untándonos por completo en el fango.

Camino a casa, tuve que dar una vuelta por el pueblo para no cruzar con Ángela. Era un deseo físico, no me lo podía explicar, pero sentía que esa mujer me habría chupado todos los jugos recuperados en el paseo. No quería ser grosera, pero no tuve el coraje de pasar otra vez por su caravana.

Llegué con los zapatos empapados y la ropa sucia y me puse junto a Asti a secarme en mi rincón cercano a la chimenea. Me quité los calcetines y los colgué en un leño que sobresalía derrochando el aroma a hierba quemada. Me quité el abrigo manchado, me cambié los pantalones y me senté en un gran sillón, cubriéndome con la manta de Asti que se tumbó a mis pies. Los pensamientos de un futuro cercano estaban ante mis ojos: “¿Cómo será el pueblo de Chloe? ¿Me enseñará su casa, su cuarto, sus libros?”

La primera comida con los nuevos alumnos no me trajo mucha satisfacción. Eran muchos y cada uno iba a su bola. Me decepcionaba la poca cercanía que teníamos y sentía necesidad de rellenar mi vacío creciente.

– Oh, una multa, te imaginas, ¡por una foto de Internet! –encontré a Fiona en su estudio rodeada por un caos de papeles–. Tú sabes de esto, ¿verdad?

– ¿De qué? ¿Qué ha pasado exactamente?

– Mira –me enseñó la carta–. ¡300 euros por usar una foto de Internet!

– ¿Qué foto y de dónde la sacaste?

– Es nada... una foto de un campo y otra de unas flores. Ya no recuerdo de dónde, fue hace un año, ¡a qué es una tontería!

– Pues sí, una tontería. Pero si ha aparecido el autor, tendrás que pagarle, no hay remedio...

– Ya lo sé, pero ¡qué tontería! –Fiona no estaba de mal humor, pero la veía con ojos apagados, el nubarrón de problemas sobrevolaba su alegría–. Tengo una cita en Cahor, ¿te gustaría venir?

– Pues... creo que sí, necesito comprar sellos para mis cartas. ¿Estará la oficina de correos abierta?

– Sí, no te preocupes. Te espero en una hora, ¿vale?

A las 5 de la tarde partimos hacia Cahor. Salimos por el mismo camino de siempre, pasando los pueblos y las aldeas conocidas hasta llegar al giro que nos abría un camino más amplio de dos sentidos y por el que Fiona podía aprovechar sus destrezas en la conducción. Íbamos atravesando unos campos simétricos a ambos lados de la carretera con unos caseríos salpicados por el horizonte. Como de costumbre sacaba mi mano por la ventana abierta para sentir las rachas del viento y un leve susurro me besaba los oídos, haciendo vibrar todo mi cuerpo por el gusto de la rapidez del camino. Fiona conducía deprisa, pero con mucha seguridad, pudiendo repartir su concentración en varias tareas a la vez. Me seguía hablando sobre su multa y luego sobre las cosas de la extranjería. Eran los asuntos principales de su vida actual y yo, sin darme cuenta de ello, me hundía cada vez más en ese mundo suyo.

Llegamos a la ciudad por un puente medieval y me dejé en una plaza vacía. Fui directamente a la oficina de correos pasando los callejones que hacían un zigzag hasta acabar en mi destino. Había mucha gente y al llegar mi turno, mi francés volvió a cojear, pero conseguí superar mi vergüenza y compré lo que me hacía falta. Al salir, respiré profundamente el olor fresco y ligero que provenía desde el río. No tenía ni un mapa ni un navegador y fui a vaga-

bundear sin sentido por las callejuelas. Fiona me dijo que era una ciudad en forma de herradura, así que de cualquier modo debería encontrarme con el agua. De todos lados me llegaba las rachas del aire fresco mezclado con los olores de alimentos del mercado y del asfalto que evaporaba la llovizna electrificada. Los edificios ladeados armonizaban con los rostros viejos que los habitaban y como no andaba mucho transeúnte bajo la lluvia, me empeñe en investigar las ventanas y las puertas en la búsqueda de algún ser curioso.

Un sonido turbulento me estaba arrastrando por los callejones hasta encontrarme con un torrente de agua febril, agitada por la lluvia y vientos, y los remolinos que aparecían en toda la superficie. La corriente iba a tirones, apresurada por las ráfagas, y rebosaba por las faldas de los muelles. Me acerqué. Un molino destruido estaba a punto de precipitarse sobre la vorágine de agua que transportaba plantas y astillas de madera. Estaba tan solo, tan lamentable ese molino, alzándose sobre las aguas turbias, que no tenía otro remedio que aguantar las bofetadas de la corriente con la misma firmeza que sus caricias.

“Qué lejano es todo. Si por alguna razón Fiona no aparece, ¿qué haré yo?” –la estaba esperando en el lugar de encuentro con los mismos pensamientos que tuve el primer día en el aeropuerto. Sentí la inexistencia de todo aquello por lo que pasé. Saqué el libro que me dejó tío Joe, pero no pude concentrarme. La gente, los paisajes, mis propios problemas me parecían irreales, olvidados en una ensoñación profunda. No sentía ni angustia, ni miedo, ni estupor. Aceptaba sin pesadez en el alma la posibilidad de quedarme otra vez sola, digiriendo lo visto, pero con cierto remordimiento de parar en el medio de la aventura. ¿Podría acabarse la historia ahí?, ¿en el pobre banco de la carretera?

– Venga, corre, no puedo parar aquí mucho tiempo. ¡Mira qué pedazo de pan me han regalado! –unos segundos después mis profundas reflexiones se sustituyeron por la atención hacia un pan

del tamaño de una barrica chica. Era un pan muy pesado, redondo, con bordes irregulares y olía a humedad ácida que podría haberme llenado solo con su olor cálido apetitoso.

Miré de reojo a Fiona, estudiándola, con ganas de descubrir algún cambio en su rostro: “¿Qué hacía ella, mientras yo daba vueltas y fantaseaba por las mismas calles?” No me lo contó y, probablemente, no había mucho que contar. Acunada por la leve agitación del coche empecé a quedarme dormida, siguiendo el hilo de mis pensamientos anteriores.

– Despierta, cariño, ya hemos llegado. Vete a tomar una siesta, si quieres, y luego cenamos –me cuidaba, igual que a todos. ¿Sentía un verdadero cariño por mí o era algo mecánico? Fiona me recordaba un árbol que lo sostenía todo con sus raíces fuertes, pero que era incapaz de detener todos los pájaros que hacían los nidos en sus ramas. Igualmente le estaba agradecida. Necesitaba una siesta.

.....

Estábamos las dos profesoras, Fiona y yo jugando a las cartas y bebiendo el licor de hierbas sentadas sobre una mesa de decoración rutinaria, es decir, mesa tal cual, sin mantel, ni flores, ni cubiertos especiales. Tampoco era algo necesario, al revés, “no hacía falta esas exquisiteces”, como diría Fiona, pero la costumbre del curso anterior no cedía.

La semana empezaba diferente. Entre estudiantes recién llegados no apareció ni un nuevo tío Joe, ni Alister ni los otros y yo, sin saber a quién dirigir mi interés, me sumergía más y más en la vida de la casa y a los nuevos alumnos los trataba como una camarera, sin gran afecto.

Tuve que aceptarlo rápido. Los alumnos aparecían un día por la tarde y en dos días ya nos despedíamos. Tenían poco tiempo y lo aprovechaban al máximo, sin pararse a sentir el ritmo mesurado

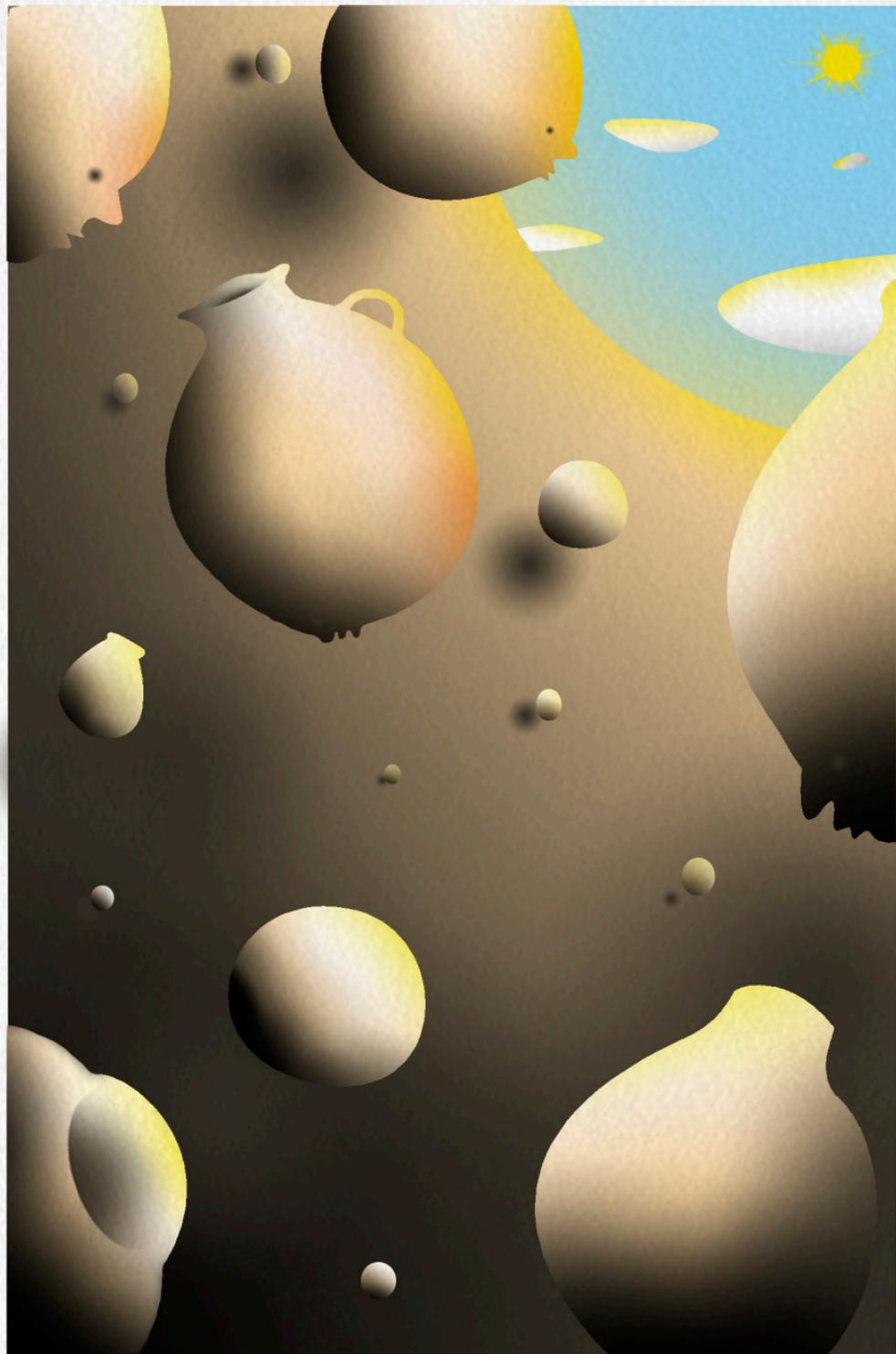
del pueblo. ¿Qué se podía desear de una estancia tan corta? Les servíamos la comida, charlábamos, recibíamos halagos y aconsejábamos las rutas y los lugares bonitos. Era todo lo que se necesitaba para agrandar y convertir dos días en algo memorable.

– ¡Ah, por fin! Victoria, dulce victoria, ¿quién gana ahora, ladronas? –Mary estaba perdiendo 4 partidas seguidas, pero no le importaba mucho. Los días que llevaba con nosotras los llenaba con su buena energía. Tenía mucha chispa. Y aunque echábamos de menos a Alice, la otra profesora, Mary conseguía rellenar los huecos vacíos con su personalidad.

– ¡Has hecho trampas, te he visto! –Fiona la estaba mirando con ojos entornados, riñéndola con su sonrisa.

Era una noche de pocas estrellas, densa y oscura y solo nuestras risas le traían la alegría. Nos sentíamos protegidas por el calor de la chimenea y por la presencia de cada una, lo que era una buena excusa para pasarlo bien sin dudas ni preocupaciones. Podría ser una noche cualquiera, pero no lo era.

18 de Abril



Carta Nº12.

Chloe.

*¿Dónde están tus palabras,
las que darían sentido a tantas cosas?
¿En qué estarás pensando, qué me contarás?
Estoy aquí como un ojo de cíclope gigantesco
espiando por detrás de la colina la vida
de las figuritas de estaño.*

– Mira, tenemos que hacerlo rápido. Tú te encargas de los postres para el lunch y el almuerzo y yo hago la comida principal, ¿te parece? –Fiona hablaba con un tono nervioso–. Me han llamado de la extranjería, ¿qué habrá pasado? Me han pedido venir... pero mañana tengo la clase por la mañana... y si no que... ah, nada, pensaré algo... ¿pero, dónde está mi espátula? –estaba dando vueltas por la cocina–. Aquí, aquí está... oh, y la pimienta, la tenía en mis manos... vale, cogeré otra... vamos, venga... y tú, te vas hoy con Chloe, ¿verdad? Se me había olvidado, perdón...

– No te preocupes, si hace falta, saldremos más tarde, no hay prisa.

– No, no. Saldréis a las dos y Jenny me ayudará a servir el almuerzo. Os haré una bolsa con comida... ¡mira qué bueno hace! Quiero que disfrutéis... yo hace mucho que no hago rutas tan largas... un día iremos nosotras dos... ¿te parece?

Estaba pensando en la probabilidad de la aventura que me proponía. Fiona tenía mil asuntos a resolver en su cabeza, pero nunca fallaba en esas cosas.

A las dos en punto me puse unas botas de lluvia, un jersey y un chubasquero. Cogí una mochila con las provisiones y una botella de agua. Chloe me esperaba fuera. Al salir, todos los estudiantes del curso nos saludaron y desearon buen camino. No recordaba ni la mitad de sus nombres.

Hacía un día suave y soleado. Las nubes recorrían serenamente el firmamento esparciendo las gotas de luz por la atmósfera. Tomamos el camino hacia el oeste, plano, recto, pero a medio kilómetro tuvimos que girar bruscamente desviándonos hacia un sendero inclinado que dejaba su costado broncearse bajo el sol.

– ...hice este camino tantas veces y de repente se me mezcla todo, pero creo que es por aquí...

– No creo que es tan importante, llegaremos de todos modos y...

– ¿Y si cogemos este? Seguramente, por detrás de esta arboleda está el campo con otro camino más abierto. ¿Probamos? – asentí con la cabeza y por primera vez me di cuenta que la entendía bien. Su ceceo dejó de provocarme náuseas y mi oído ya no sufría tanto. Por fin pude relajarme con ella.

Chloe iba con seguridad y persistencia y, si no recordaba el camino exacto, era porque, probablemente, no existía una única manera de llegar. Yo me dejaba llevar por mi guía y sentía un placer infantil ante algo desconocido que aumentaba con cada sendero que cogíamos o con cada una de las vistas diferentes que se proyectaban ante nosotras.

– Mira, coge esa planta. Sus hojas son curativas. De chica las usaba para curar las heridas.

– ¿Te caías mucho o qué?

– Ahora también, nada ha cambiado –Chloe me miró sonriendo. Tenía una sensación de que siempre miraba a través de mí, pero nunca a los ojos.

– A mí me parece gracioso ser torpe, hacer reír a los demás... sobre todo cuando eres un niño... todo el mundo te cuida y te...

– ... a mí no me cuidaban... –Chloe se puso seria– ...yo me escapaba y jugaba sola y ellos tenían cosas más importantes, que preocuparse por mis heridas.

– ¿Y porque te escapabas?

– No sé, siempre era así, jugaba con mis amigos imaginarios y mi hermano era muy diferente, nunca jugábamos juntos.

– Qué raro, el otro día os vi bastante unidos...

– Claro, muchas cosas cambiaron, pero entonces todo era diferente. Él tenía sus amigos y yo era tan extraña, como mi padre. A veces me quedaba en su estudio, mirando, pero no podía aguantar mucho –Chloe no se refería al cansancio. Torció su cara y no quiso seguir hablando.

Íbamos avanzando cuesta arriba por la arboleda despoblada de álamos que se extinguían en esa zona. Los arbustos de todas las formas y tamaños se enredaban en las cadenas y nos parábamos a imaginar a qué animal se parecía uno u otro arbusto. Sin darnos cuenta, salimos justo al sendero que había profetizado Chloe y que iba retorciéndose a lo largo de un arroyo escondido entre las colinas soleadas. Quise refrescarme, pero no pude acercarme al agua y, como mis botas de lluvia tenían varios agujeros, no me arriesgué a pisar el arroyo directamente. Chloe lo hizo por mí, llenando las botellas con agua fría y lavándose la cara y las manos como lo harían los gatos.

El caminito iba estrechándose más y más hasta llegar a ser casi invisible. Saltábamos de roca en roca para no pisar las ortigas o para no caer en el arroyo. Las ráfagas de viento hacían bailar los sauces con movimientos salvajes y cuando se calmaban, nos estiraban los brazos proponiéndonos su ayuda.

– Mira, ahí está el “castillo” del Señor Ja. Está tan solitario en ese monte, pero aun así tiene unos 10 perros para proteger su ruina.

– Entonces habrá algo que proteger.

– No hay nada, está vacío. Si habrá algo, serán sus recuerdos del pasado. Pero los perros no sirven para esto.

– ¿Y para qué querrá protegerlos?

– Pues para lo mismo, para pensar que su ruina todavía es un castillo.

– No creo que será solo para esto. Tendrá algo que recordar.

– No tiene nada. Pero lo podría haber tenido todo. ¡Es un desgraciado! –Chloe estaba enfadada por algo que no llegaba a entender.

– ¿Os conocéis?

– Por desgracia, sí. Era el mejor amigo de mi padre. Pero cuando él se puso mal, el Señor Ja ni siquiera vino a verle. ¡Gilipollas!

– ¿Y hace mucho que pasó? Seguramente le echará de menos, pero fue un cobarde o simplemente no supo cómo reaccionar.

– ¿Echar de menos? ¡No tiene corazón! Cuando mi padre murió hace 10 años, él ni siquiera vino a verlo. No vino a vernos ni a nosotros, ni nos dio el pésame, nada... –Chloe se calló.

– Vaya, le deberían atormentar los remordimientos –me callé también pensando en el pobre hombre–. Los remordimientos... siempre son más fuertes que unos simples recuerdos. Será esto lo que le está arruinando...

– Puede ser. ¿Ves lo que hay alrededor? Son las esculturas de mi padre, pero no tiene coraje de tenerlos dentro de la casa ni es capaz de taparlos. Llevan ahí tantos años... como guardianes, alrededor de su casa. Y los perros siempre ladran, asustados.

– Se volverá loco, el pobre... me parece masoquista tener ese recuerdo cada vez al salir. Se estará torturando a sí mismo, ¿no lo ves?

– De pobre nada. Pero bueno. Estamos a medio camino. ¿Quieres parar?

Nos sentamos en una cerca baja de madera, abriendo la bolsa que me preparó Fiona. Había unos hojaldres de tomate, dos trozos de bizcocho y frutas dentro. Lo comimos casi todo en unos

minutos y el resto de tiempo lo dedicamos cada una a sus pensamientos.

Imaginé el castillo de Señor Ja, rodeado por las esculturas torcidas y los cerberos alrededor ladrando sin cesar. Lo veía harapiento, furioso, culpando a todo el mundo de su desgracia y las esculturas, a la primera luz de la mañana, reflejando su sufrimiento y triplicando su miedo. “¿Qué vida es esa? –pensé y me encogí, estremeciendo al visualizarlo tan claramente–. ¿Qué le habrá hecho ese Señor? ¿Por qué fue tan cruel con alguien a quien quería?”

– ¿Vamos? Nos queda poco.

– ¿Qué? Ah, sí, vámonos... –me espabilé, aletargada por mi ensoñación–. Tengo mucha ilusión por ver tu casa... ¿Hace mucho que no vives ahí?

– Bueno, no tanto... solo un par de años. Desde que salí del psiquiátrico no pude quedarme ahí más, tenía que buscar mi propio camino –yo me quedé perpleja–, pero no te preocupes, ahora estoy bien. Los problemas de la adolescencia... algo muy común –a mí no me parecía nada común, pero intenté disimular mi preocupación.

– ¿Te pasó algo grave?

– No, no era nada de otro mundo. Todos lo pasamos en mayor o menor medida. Yo lo tuve más fuerte, porque papá estaba muy enfermo.

– ¿Qué le pasaba? –sentí que me estaba metiendo en el terreno prohibido–. Perdón por ser tan directa...

– Vejez... Le pasó la vejez... y no pasa nada, lo entiendo –me dirigió una mirada penetrante–. Tenía 80 años cuando murió y me resultó bastante difícil asimilarlo. 35 años de diferencia con mi madre, ¿te lo imaginas?

– La verdad, es que no... ¿y por qué no se casó antes?

– Por la guerra, supongo. Tenía relaciones acá y allá. Tuvo hijos en Alemania, en Polonia, en Bélgica. Algo normal en aquellos

tiempos.

– ¿Y los conoció?

– No, que va...no quería saber nada de ellos, aunque les enviaba dinero y algunas esculturas suyas...

– ¿Y nunca te contó nada de su vida anterior?

– Claro que sí, pero yo era muy impresionable y no podía con todo aquel dolor de su alma. Me costaba mucho.

– Todo esto me recuerda a Don Juan.

– Bueno, Don Juan por lo menos no tenía ningún remordimiento.

– ¿Y tu padre sí?

– Ya lo verás.

Chloe iba detrás de mí, dejándome avanzar y elegir libremente el camino. El sendero corría estrecho cuesta arriba tapando el horizonte con los juncos. Volvimos a saltar y a correr pisando las hierbas malas y las ortigas y cuando parábamos a descansar, yo recogía las flores y nos hacía coronas luminosas bautizándonos con el nombre de la primavera.

– Todo esto parece un cuento... –estaba hechizada por la saturación que cobraba el bosque a cada paso. El sol traspasaba las hojas encendiendo de colores el follaje.

– Ya... lo vi tantas veces... Cada vez que paso por aquí, pienso en lo mismo. ¿Escuchas los susurros de los álamos? Estoy convencida que se están comunicando, pero no entre ellos, sino con nosotros, porque no podemos ver su vida profunda dentro de la tierra. A veces me imagino ser una hada, volando y hablando con ellos.

– Podemos grabar una película, ¡y tú la protagonizas!

– Ah, ya lo pensé... Yo sabría cómo hacer de hada y mis niños del teatro podrían ser sus amigos –Chloe empezó a imaginar cómo sería la película, las decoraciones y los trajes, cómo actuaría ella y qué trama podría tener el cuento. Tenía una imaginación es-

pectacular y siempre llevaba consigo un bolsillo rebosante de fantasía.

Así, fantaseando, llegamos a la cima de la colina que abría las vastas vistas al valle.

– ¿Corremos? –había que bajar la colina por la pendiente.

– ¿Rodamos? –yo me caí y empecé a rodar hacia abajo, mojándome en el rocío. Chloe iba corriendo por detrás y me gritaba algo. Me paré sin levantarme mirando arriba. Chloe se tumbó al lado y permanecimos así, inmóviles. A cabo de un rato empezamos a buscar los animales en el cielo, igual que lo hacíamos con los arbustos. Me sentía igual de ligera que una nube que corría rápido, apresurada por el viento. Y era tan agradable tener a alguien al lado, alguien, quien quería estar conmigo, que me escuchaba y que me hacía caso.

*¿Tanto necesita una persona
para sentirse ligera, sentirse real?
¿Siento tu presencia, porque eres real
o porque quiero escucharte?*

Quedaba un cuarto de hora para llegar y desde la colina ya podíamos observar las pinceladas del pueblo. Las casas crecían a lo largo de la carretera, dejando sus huertos expandirse al interior del campo. Chloe me enseñó su casa, chata y oscura, que destacaba entre los altos y blancos casones del pueblo. Al acercarse, pude apreciar más detalles. Era una cabaña revestida con paja y con las ventanas al pie de la calle que protegían a los dueños de las miradas curiosas. Pasando por el patio trasero que guardaba la leña y algunos trastos, se me abrió una vista preciosa al huerto soleado y frondoso que contrastaba bruscamente con la bruma del edificio.

Chloe me guió a la entrada, me quité los zapatos y pisé la oscuridad del interior. Bajé algunos escalones y me encontré en

las tinieblas de un espacio que antiguamente combinaba un salón, una cocina y una despensa. Una vez mis ojos se acostumbraron a la sombra, pude apreciar más detalles. En el fondo estaba brillando la ventana y cuando me acerqué, entendí su posición tan baja: se veía sólo un pequeño jardín enfrente sin llegar a la carretera, lo que daba sensación de estar totalmente rodeado por la naturaleza. En el alféizar interior decenas de botes con plántones estaban tomando el sol y emanaban un aroma delicioso a menta y romero.

– ¿Quieres un té? Mi madre hace infusiones artesanales con sus plantas. Ven, ahora lo hacemos –fuimos a la despensa llena de botes de cristal, de cacharros de hojalata y mucha vajilla de cerámica. En una esquina encontramos una caja con infusiones y mezclamos varios sabores–. Por aquí debería tener guardadas las galletas de mantequilla...estoy segura que... no puede ser que no haya... ¡aquí! Pásame aquella caja de hojalata, que tú eres más alta.

Nos pusimos en el sofá antiguo que trajo su padre de Inglaterra cuando se casó con su mujer. Todavía guardaba su forma original y estaba igual de cómodo que hace años.

– De chica, nos sentábamos aquí solo nosotros dos. Era nuestro sofá y él lo llamaba así también. Al llegar del campo o de su estudio, se sentaba aquí y yo me apoyaba sobre sus rodillas. Intentaba contarme siempre buenas historias, pero a veces se ensimismaba, recordaba algún trauma de la guerra y entonces se iba del sofá para no difamarlo. Y me quedaba sola esperándolo, pero todo era en vano.

– ¿No volvía?

– Volvía, pero agotado, triste. Cada una de sus esculturas le sacaba todo su ser, lo revolvió por dentro y él tardaba mucho en recuperarse.

– ¿Solo trabaja en las esculturas?

– Sí, no podía dedicarse a otra cosa. La verdad es que no sé de dónde sacaba el dinero, porque sus obras casi no se vendían.

– ¿Y porque no?

– Acabamos el té y te lo enseño, ¿vale?

Estaba muy a gusto, sentada en su sofá, mirando a Chloe en su entorno. Nunca había visto tal conexión entre una persona y una casa. Cada uno tenía una personalidad con muchos escondites, con muchas zonas oscuras y muy pocas claras, pero siempre puras, bellas, nada de mediocridad. El puzzle de la casa no encajaba, por todos lados había algo que aparentemente no le pertenecía, elementos ajenos, innecesarios, pero que le conferían una integridad.

– Déjalo ya, ¿vienes a ver el estudio?

– Sí, claro –dejé mi taza de té y acerqué a la cocina.

Chloe abrió una puerta escondida, tapada con una alfombra. Entramos en un atrio espacioso con paredes de piedra y vigas de madera en forma triangular que sujetaban el techo macizo. Sentí el aire fresco que emanaban las piedras y el musgo, que colaba en las ranuras. Bajé las escaleras y me quedé estupefacta. Decenas de esculturas de madera de mi altura me estaban rodeando como los espíritus doloridos del pasado. Cuerpos desnudos torturados con caras torcidas gritando del dolor. Madres con vientres hinchados hechas unas costillas, agarrando sus niños y luchando contra la muerte. Los hombres sin brazos, sin piernas, unos troncos con cabezas. Las mujeres violadas, torturadas, con heridas purulentas, pudiendo sentir su olor ácido y dulce que emanaba la madera brillante. Por un momento sentí que era yo la que había vivido todas las barbaridades de la guerra y de la locura humana. Me fatigué. ¡Y Chloe! Vivir con ese dolor toda la vida, ver esas caras que sólo piden morir. Me empecé a temblar y por poco no lloré cuando vi de reojo una pequeña raya de luz. Me acerqué. Era un espejo, hecho por su padre, en forma de un pez que pedía el agua. El espejo reflejaba la luz de las vidrieras de la entrada y mi cara se teñía de rojo, amarillo y azul. Me quedé unos minutos paralizada ante el espejo. Un toque ligero me despertó.

– Vamos, te enseño su taller. Está ahí en la esquina.

– ¿Usaba todo esto, él solo?

– Sí, no dejaba a nadie ni entrar ni ayudarle. Decía que eran cosas suyas y que se quedarán con él.

– ¿Y estos cuadros?

– No son suyos. Él no pintaba, sólo hacía los bocetos. Los cuadros son de sus amigos, pero tienen el mismo aire, demasiado dolor concentrado, ¿no te parece?

– Creo que es lo que pretendía. Es muy complicado sacar los dolores de ese modo y no rendirse por el camino. Tu padre era un hombre muy fuerte –Chloe me miró con los ojos llenos de resentimiento. Sentí que mis palabras le agradaban, pero al mismo tiempo le hacían daño. Su padre encontraba la fuerza solo para hacer su trabajo obsesionado, pero nunca tenía fuerzas necesarias para dedicar tiempo a sus hijos.

– ¿Quieres subir? Hay más cosas que ver en la buhardilla.

Y subimos. Había una biblioteca inmensa, rodeando el atrio de doble altura, con una pasarela interior de libros decrepitos, llenos de polvo, que nadie cuidaba desde hace tiempo. Ahí encontré los cuadros acoplados a la pared con su parte frontal, pero no tuve coraje de mirar qué escondían dentro. Tampoco me acerqué para hojear los libros. Chloe me dijo que me quedara para investigar y se fue al huerto a recoger las flores para su madre. Quise entrar en las habitaciones, pero me avergoncé. Di un par de vueltas más, observé otra vez las esculturas con minuciosidad y salí al huerto. Estaba impresionada por lo que escondía la casa y más aún por el contraste que tenía con las vistas del exterior. El huerto, una cuadra con ovejas y un corral rodeaban el edificio, dejando unos pequeños senderos para el paso. A un lado de la casa, enfrente del corral, crecía un melocotonero que no daba frutos y es donde encontré a Chloe. A dos pasos empezaron a repiquetear las campanas de la iglesia y ella cerró los ojos. Me senté al lado sin que ella se diese cuenta y, cuando

acabó la melodía, me siguió hablando de su infancia con tanta naturalidad, como si no notase mi ausencia el último cuarto de hora .

– Bajo este árbol jugaba con George cuando éramos pequeños y cada uno tenía su propio columpio de cuerda que nos había hecho nuestro padre y si hacia bueno, él salía a jugar con nosotros. Éramos tan felices, tan libres, tan... –Chloe se puso pensativa.

– ¿Tan, qué?

– Tan nosotros... éste era nuestro lugar, nuestro mundo, toda nuestra fantasía se albergaba aquí y no necesitábamos más. Y no sé... qué extraño...

– Mis primeros años eran rotundamente diferentes, pero te entiendo. Creo que la infancia en sí es un mundo de fantasía pura, sea cual sea, inalcanzable.

– No estoy de acuerdo, la fantasía no es un recuerdo. Es ridículo intentar resucitar la fantasía a través del pasado.

– ¡Pero si todo el arte de tu padre es un gran pasado!

– ¡Pero no es una fantasía! Son impresiones, tan reales como este melocotonero. La fantasía no se va nunca. Si se va, no queda nada de lo humano y es muy triste, ¿entiendes?

– Sí, creo que sí... ¡Pero tú no has perdido la fantasía!

– ¡Me he perdido a mí! –Chloe se puso nerviosa, pero se calmó en un instante–. Me perdí a mí dentro de mis fantasías. Es aún más peligroso. Nadie supo rescatarme, no vinieron a tiempo...

– ¿Te hiciste algo?

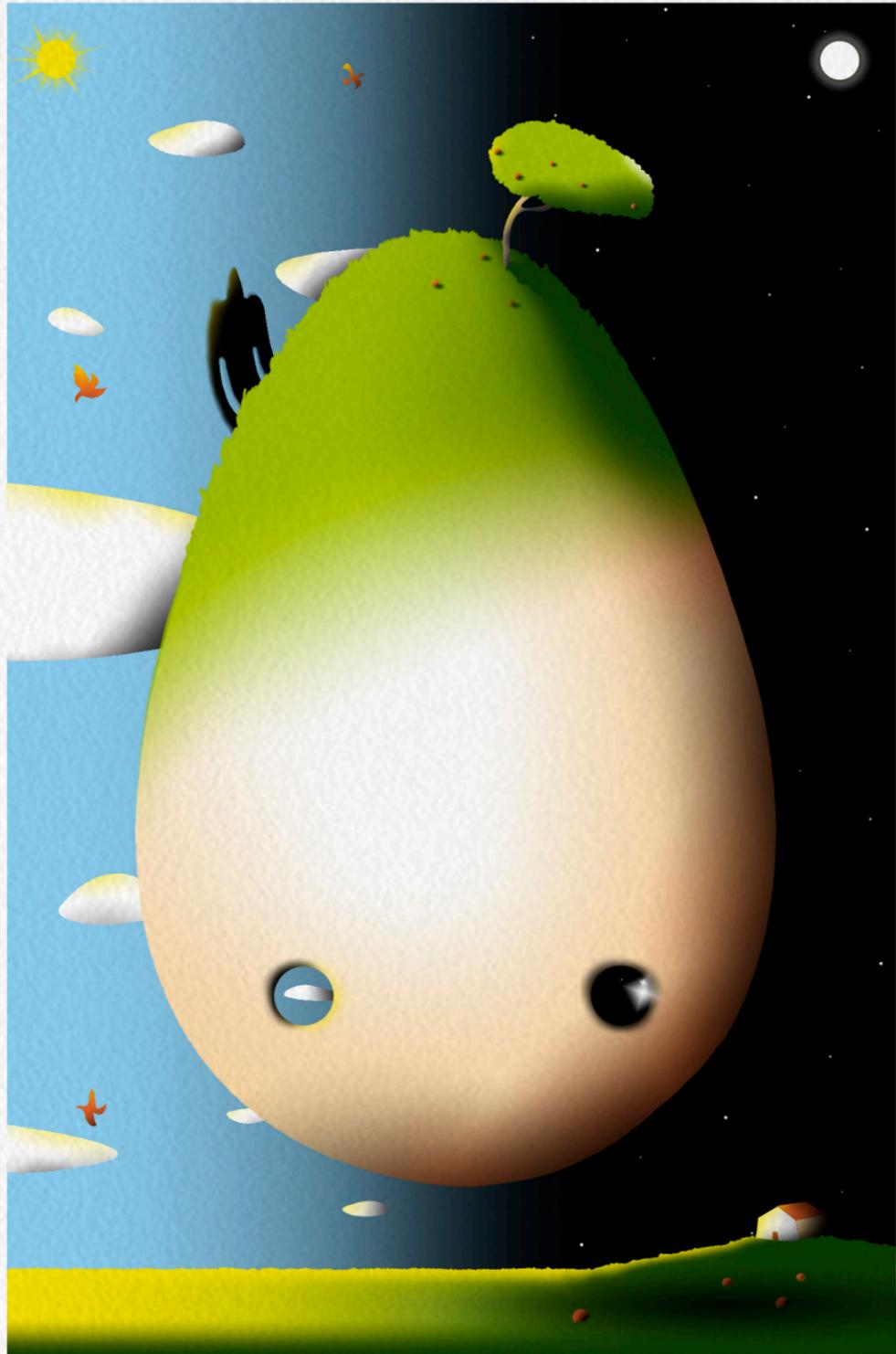
– No, nada. No hice nada conmigo... –suspiró–. Pude, pero no. Me encerré. No hablaba con la gente, no les miraba. Solo miraba adentro, hablaba con mi otra yo... –Chloe se calló, mirando a la nada y tras unos minutos recuperó su mirada alegre–. Vamos, te enseño los pollitos que tenemos, ¡son adorables!

Me enseñó el corral, los pollos, las ovejas y su pequeño jardín de infancia. Le ayudé a recoger las flores salvajes para su madre

EKATERINA KUZMINA

y las dejamos en un jarrón de porcelana. Cerramos bien la puerta, despedimos del pueblo y nos fuimos dejando atrás la casa de paja con su olor a alquitrán.

20 de abril



– ¡Buenos días! ¿Qué tal has dormido? Ayer no te vi volver. ¿Qué tal la aventura? –Fiona estaba de buen humor, comiendo chocolate, lo cual resultaba extraño en ella. No le gustaban los dulces–. Venga, siéntate, ¿te preparo el desayuno? Necesitas recobrar energía –se puso a preparar la comida en una cantidad que me sobrepasaba–. Hoy vamos a hacer una cena especial de clausura. Tengo un menú fantástico. Tú puedes ocuparte de los postres, se te dan bien. Pero de momento relájate, desayuna tranquila, tenemos tiempo.

Mientras desayunaba, hojeaba el recetario de postres, pensando en lo que iba a preparar, y me vino un sabor especial, un sabor tierno y suave, un verdadero sabor a hogar, a algo familiar, conocido. Eran las galletas de mantequilla. Cerré los ojos e intenté imaginar de dónde provenía, pero no aparecía ninguna imagen. No eran galletas especiales, rotundamente no, era un sabor tosco y simple, un sabor, quizás, del horno de las monjas.

Antes de ponerme a cocinar, fui a recoger los huevos y alimentar los animales. Fue la primera vez que pude salir con sandalias, hacía bueno. Respiré profundamente y me dirigí con pasos firmes al redil de las cabras que estaban balando, impacientes. Las alimenté con paja y luego las llevé al claro donde podían jugar y disfrutar de la hierba. Camino del gallinero, me sorprendió la rapidez y la seguridad con la que estaba haciendo las tareas que al principio de mi estancia me costaban mucho esfuerzo. En cierto modo, lo estaba disfrutando. Era uno de mis momentos favoritos del día, en el que sentía más control sobre la situación.

– ¿Hola? ¿Hay alguien?

– Hola, buenos días.

– He traído las cartas para Fiona. ¿Puedes firmar aquí? Y

aquí también, por favor. Gracias, que pase buen día.

– Igualmente, adiós.

Me sorprendía la cantidad de correspondencia que recibía Fiona cada día. Tenía decenas de suscripciones a las revistas de alimentos y restaurantes, los recetarios, las revistas de inmobiliarias y de ropa, varios periódicos ingleses y las revistas bancarias. Nunca la veía leer ninguna de ella, excepto el periódico inglés, donde buscaba la información sobre el Brexit.

– Fiona, ha venido el cartero, aquí tienes las revistas.

– A ver... ¿de dónde sale todo esto? Oh, mira, ¡una carta de la extranjería! A ver... esto no, esto tampoco... ¡aquí! ¡He aprobado la primera parte!

– ¡Me alegro mucho! ¿Y cuándo es la segunda?

– El viernes. Si lo apruebo, podré relajarme del todo... ah... qué bien, no me lo esperaba... Bueno, ¿me guardas el resto en el cajón?

– Claro –y lo guardaba en el mismo lugar de siempre y, cuando empezaba a rebosar, lo rompíamos en trozos para prender la chimenea-. ¿Pero por qué no cancelas las suscripciones si no lees ninguna de ellas?

– Ah, no tengo tiempo para ello. Y además, son los recuerdos. Algunas son de mis hijos, otras de los amigos, otras de mi... de mi ex marido. Pero bueno, tengo que trabajar... –Fiona se puso pensativa, aunque en breve la buena noticia recuperó su alegría.

Dejé Fiona a solas y empecé a preparar los ingredientes para las galletas. Puse la radio –sonaba el programa favorito de Fiona– y sonreí. Era algo tan familiar, tan íntimo. Me gustaba mucho tener nuestros pequeños rituales que solo nosotras conocíamos y que eran concebibles solo en esa casa.

Fiona salió de su estudio cantando la canción de la radio y bailando mientras buscaba una receta. Le conté mis planes para

los postres y ella los suyos para la comida. Me propuse a ordenar la nevera y, mientras se horneaban las galletas, me adentré en su interior. Había dentro cosas que no esperaba encontrar. En la esquina más lejana apareció una caja con los restos de quesos y en un cajón de abajo, un trozo de jamón abandonado. Los cacharros con las sobras de la comida del día anterior llenaban toda la parte de arriba e impedían pasar la luz. Así, vaciando poco a poco la nevera, me encontré con los yogures de soja, olvidados hace tiempo por un disgusto común. Me dieron mucha pena. Saqué uno de ellos y lo probé. Me encogí de asco y tuve que escupirlo, como un recuerdo pasado. Me vino a la cabeza el día que pasé con Lea y me pareció muy lejano, insignificante: “¿Porque fue tan crítica con ella? ¿Estaría ya empezando la carrera hacía su nueva vida?”

Mis pensamientos se desvanecieron con el olor a la mantequilla dulce, envolviéndome como una manta de lana, tierna y suave. Las saqué y probé una. Todavía no estaban del todo hechas, pero el sabor ya se presentaba en toda su magnificencia. Me surgió la imagen del cuarto oscuro, la luz brillante de la ventana y el té negro muy caliente. Estaba en la casa de Chloe. Su madre hizo las galletas en el horno antiguo de leña y las dejó reposar en un rincón oscuro y lejano para que el encuentro con el tesoro fuera más valioso.

*¿Todavía estás ahí?
Vivimos y respiramos tan cerca,
solo a la vuelta de una página.
He derramado el café sobre la carta que
se secará antes de llegar al destino.*

Antes de la cena, fui a dar una vuelta por nuestro pequeño pueblo. Las casas no tenían distinción ninguna, excepto las decoraciones de las ventanas. Me sorprendía el hecho de que ninguna tenía número. El cartero conocía los propietarios de cada casa y en

las cartas, en vez de un número, se ponía un nombre.

Las zonas comunes del pueblo estaban bien cuidadas por los vecinos y los porches estaban envueltos en plantas trepadoras y de jacaranda. A lo lejos se escuchaban los gemidos de animales de la granja de Charlotte y en la periferia del pueblo Hans tocaba el piano. Nunca vi a nadie salir de su casa y conocía a la gente del pueblo sólo por los cuentos de Fiona.

A la vuelta, Chloe salió a saludarme y nos quedamos en su terraza hablando. Le quise enseñar tu poema, pero ella me cortó.

– Mira que me ha dejado Jaque por la noche –me enseñó una carta. Naturalmente estaba escrita en francés, pero no me hacía falta entenderla para saber de qué se trataba–. Es muy bueno, sabes... –lo sabía, pero me quedé algo perpleja. Qué tonta fui yo, pensando que Jaque venía al pueblo para verme a mí.

– ¡Yo también quería enseñarte algo! Espera, ¿estáis juntos? –Chloe me miró con una mirada infantil. El misterio dejó de reinar sus ojos.

– Sí, creo que sí. Pero no digas nada a nadie, por favor. Tú sabes, en este lugar todos se conocen entre sí y a mí me gustaría guardar la intimidad lo máximo posible.

La entendía. Jaque trabajaba para la gente de la comarca y como era un hombre muy tímido, la expansión del chisme le podría afectar profundamente. Tenían unos 15 años de diferencia y ese hecho empeoraría las cosas aún más.

– No me da miedo, para nada. No me importa lo que dirá la gente. Lo que sí me preocupa es lo que me dirá mi abuela. Bueno... Fiona también.

– ¿Pero qué pasa con Fiona? ¡No es tu madre!

– Es cierto, mi madre no tendría el coraje de decirme nada, porque ya ha pecado de lo mismo. Tampoco creo que sea pecar ni nada de esto. Pero Fiona... no lo sé. Siempre estaba como un ojo protector por encima de mí, aunque lo disimulaba bien. No

puede vivir ni un día sin que haya un asunto ajeno de qué ocuparse.
¡No vive su vida!

– Entiendo que es su vida, pero os necesita.

– ¡Naturalmente! ¿Yo yo, qué? –Chloe empezó a calentarse y aunque intentaba ocultar su nerviosismo, no le salía bien.

– ¿Me la traduces? –intenté cambiar de tema.

Chloe empezó a traducir, pero pronto se calló pensativa. No me dijo nada más. En ese momento no le importaba ni yo, ni mi poema. Fiona me llamó de repente y tuve que ir para poner la mesa.

– Nos vemos, Chloe, ¡me alegro por ti!

– Bye, bye –hizo un gesto de cerrar la boca con la cremallera. Le guiñé el ojo y así despedimos.

Qué raro se me hacía todo. Me sorprendí a mí misma siendo una creída. ¿En qué pensaba yo? Chloe, tan enigmática e incomprensible, tenía al amante más extraño que se podía concebir ¡Le escribió una carta! Pero yo también tenía algo. Algo que tanto me importaba a mí y tan poco a los demás. El centro empezó a desviarse desde mi planeta hacia el universo entero: “Vamos, vamos, concéntrate, ¡olvídate!”

*Así, yendo por mi camino,
no me queda nadie, sino una mano tuya,
que siempre está al lado,
en una mirada de ojos cerrados, en un toque repentino.
¿Dónde está todo esto?
¿Estás presente?*

La cena pasó tranquila, sin grandes aventuras. La gente se quedó contenta y nos invitaron al Café, pero rechazamos la oferta amablemente. Aunque todavía guardaba una débil emoción por las aventuras, la última semana se cambió de ritmo y las grandes fiestas dejaron de atraerme.

Quedamos Jenny, Mary, Fiona y yo tomando una copa y

jugando con Asti y los gatos. Me sentía un poco distraída, perdida, saturada de los pensamientos dispares.

– Ayer hablé con Charlotte y me dijo que mañana podrías ir a ayudarle en su granja. ¿Qué te parece? –Fiona siempre me encontraba el ocio. Sabía mucho mejor que yo qué interés había en el pueblo.

– A mí me encantaría, ¿pero no me echarás en falta mañana?

– No te preocupes, el siguiente curso empieza pasado mañana, así que puedes ir tranquila.

– ¿Y vosotras qué haréis?

– Pensábamos hacer una ruta, ¿verdad chicas? –Jenny y Mary estaban tan agotadas que sus caras proyectaban solamente el deseo de un largo y profundo sueño. Sonreí.

21 de Abril

– ¿Bonjour, comment ça va?

– Bonjour, tres bien... perdón, no entiendo bien el francés...

– Oh, no te preocupes. Primero te enseñaré la granja, ¿vale? –y su figura esbelta se puso a andar casi corriendo por los caminos ya conocidos–. Mira, aquí tenemos los corrales de los cerdos. Detrás están las cabras y ahí a la vuelta, las ovejas. Si quieres, más tarde puedes dar una vuelta para conocerlos.

– Y nosotras, ¿qué vamos a hacer?

– Ahora te lo explico –y, olvidándose, se puso a hablar en francés–. On allons nettoyer le corral des orties. C'est facile... je te le vais montrer. Regarde, d'abord tu prends la tige, puis tu arraches la racine –aún así la entendía, teníamos que limpiar el corral para su borrico–. Tient, voilà tes gants.

– Merci.

Me dio los guantes y me enseñó cómo quitar las ortigas para que no se quedaran las raíces en la tierra. Empecé a trabajar con ganas y energía, concentrada en mi trabajo, pasando escrupulosamente por cada metro cuadrado del corral. Trabajé varias horas con la espalda doblada y, al sentir un dolor insoportable, tuve que apoyarme en un pequeño gallinero que estaba alborotado por las aves que salían en búsqueda de las raíces frescas de las ortigas. Una maraña de gemidos me estaba atormentado por todos lados –un ruido ensordecedor para un principiante– y, junto con el calor y los olores peculiares del lugar, me mareaba, me ahogaba en su viscosidad y me hacía sentir sucia, vedada, escupida en las tierras desconocidas. Estaba agotada, pero tuve que seguir con el trabajo monótono. Los guantes no protegían del todo y los tallos de las ortigas me clavaban en las manos y enseguida se convertían en ronchas

coloridas. Tras horas trabajando, mis manos inflamadas se insensibilizaron y pude acabar el trabajo sin percatarme del dolor.

– ¿Quieres hacer un pequeño descanso? Si te apetece, puedes dar una vuelta por la granja.

– Sí, me gustaría conocer los animales.

– En realidad nos queda una hora más o menos. Hay que pasar el cortacésped por el corral y luego nos podemos ir a comer. ¿Prefieres acabarlo antes? –no pude decir que no, aunque me dolía todo el cuerpo–. ¿Sabes cómo funciona?

– Sí, no te preocupes...

Fue un alivio no estar agachada otras 3 horas y, mientras cortaba la hierba, algo iba cambiando en mi percepción del trabajo en una granja. Todas mis expectativas se reducían a la alimentación y el pasto de los animales y las tareas de la limpieza y el mantenimiento no me parecían una necesidad.

Charlotte trabajaba sola en su granja de 2 hectáreas, 12 horas al día, 6 días a la semana. Su ganado contaba con unos 30 cerdos, 5 cabras y corderos, 5 gallineros, una cuadra con el rebaño de 100 ovejas, 5 caballos y un borrico que acababa de adquirir recientemente. Aparte de las cuadras, tenía una zona dedicada a las liebres y conejos y los roedores. Era increíble la cantidad de animales que necesitaban la vigilancia y sus cuidados y no me imaginaba a una sola persona realizar todas las tareas imprescindibles para el mantenimiento de ese micro mundo.

– ¿Vienes a comer? –Charlotte vino a buscarme con Glace, su perro ciego–. Hice verduras a la plancha y una lasaña. ¿Te gusta?

– Sí, me encanta.

Nos fuimos a la nave, donde vivían los roedores, un tractor y las ovejas y donde se encontraba el comedor y la zona de juegos infantiles.

– Come, come, has trabajado muy bien...

– ¿Ya podrás usar el corral para el borrico?

– Bueno, falta hacerle una carpa, pero en general, sí, ¡muchas gracias!

– Un placer...y –no sabía cómo decirlo en francés–. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

– Bueno, no tanto, unos 8 años. Antes trabajaba de maestra en un colegio de Cahor, pero me cansé de aquella vida, así que decidí cambiar algo y vine por aquí.

– ¿Así, sin más?

– No, no, que va... Cambiar de vida y seguir el sueño no se hace de un día para otro. Estaba buscando pueblos y terrenos y pasó mucho tiempo hasta establecerme aquí. Lo que sí sabía seguro, es el porqué de todo el asunto. Me parecía buena la causa.

– ¿Qué causa?

– Una causa educativa. A mí siempre me gustó mi profesión y el contacto con los niños. Pensé organizar una granja educativa. Mis animales no son para la alimentación, ya lo sabes. Me gusta criarlos para que vivan y disfruten y que los visitantes puedan disfrutar con ellos.

– ¿Pero todos estos animales son para la educación? ¿Y las gallinas también?

– Ah, ellas sí que sufren. Y las ovejas. Las vendo, porque no puedo producir la carne aquí y no tengo posibilidad de mantener siempre tantos animales. ¡Pero me da mucha pena!

– Por lo menos aquí están libres y no los sobrealimentan ni nada de esto.

– Sí, pero aun así es difícil venderlas, se les coge mucho cariño.

– Lo entiendo, es muy difícil comer tu propio animal. ¿Te hiciste vegetariana por eso?

– No, no. La verdad, me gustaría poder comer la carne de mis animales. Sé que viven una vida feliz y no sufren al morir. Me

gustaría, pero es demasiado cara.

– Pero, si son tuyos, no entiendo. ¡Me parece absurdo!

– Lo sé, hija, lo sé. Bueno, tú, come, no te preocupes.

Al acabar la comida, Charlotte soltó el rebaño de ovejas al pasto y me presentó a sus favoritas. Me dejó jugar con el conejo y las cobayas que casi se me escaparon. Para acabar, alimentamos las cabras y los cerdos y nos despedimos en la entrada de su granja.

– Aprecio mucho tu trabajo, de verdad. ¡Muchas gracias!
– Charlotte me apretó ligeramente el hombro. Era la primera y la última vez que nos veíamos y, seguramente, no recordaría de mí el mes pasado.

A la vuelta, cogí un camino más largo para aprovechar el día y, como no encontraba dónde sentarme, me tumbé mirando al cielo. Seguía escuchando los gemidos de los animales de la granja y me imaginaba a Charlotte volviendo a su trabajo con la misma expresión de agrado con la que se había despedido de mí. “¡Cuánta fuerza y energía!”— pensaba, con los párpados cerrándose por el cansancio. Estaba mirando fijamente al azul puro y con el rabillo del ojo noté algo entre el follaje. Era una construcción de madera en la cima de un árbol. Era una casa de árbol. Me levanté con ganas de meterme dentro. La escalera de madera, clavada al tronco, estaba medio rota y podrida y tuve que esforzarme mucho para poder subir sin precipitarme al vacío. No había nada en el interior y, probablemente, llevaba mucho tiempo en desuso. Me tumbé otra vez, para que nadie me viese, y cerré los ojos. La ingravidez de la letargia empezó a dominar mis párpados y a poco rato dormí con un sueño dulce que parecía ser más real que aquello que me rodeaba. La alegría de una niña habitaba mi sueño.

Soñaba contigo, mi amigo, añorando nuestros juegos.

Los juegos de dos animales, de dos niños.

*Si estuvieras aquí, asaltaríamos la casita del árbol
como dos piratas y montaríamos ahí nuestro reino.*

– ¡Hola! ¿Qué tal te fue, cariño?

– Bien, pero estoy muy cansada y me duelen mucho las manos...

– A ver, me las dejas... ¡pero están todas rojas! Espera un momento, te traigo la crema –se fue corriendo a su despacho–. Mira, pónstela y vete a echar una siesta, ¡ya verás cómo te ayuda!

Y me fui. Estaba realmente agotada. Sentía un vacío en el aire. Los huecos se dejaron de llenar y me encontraba otra vez en un limbo. No me daba cuenta que el vacío siempre estaba ahí, que los huecos se llenaban solo de ilusiones y que, probablemente, si hubiera dejado de preocuparme por los huecos, se llenarían solos.

Me dormí por tercera vez y ya no soñé con nada.

22 de Abril

“Últimos días del curso. Muy extraño se me hace, muy muy extraño. ¿Cuántos días llevo aquí? La intensidad los convierte en meses, años. ¿Y yo, sigo transparente? ¿Alguien me vio o es pura ilusión? Pero si todo es tan fácil... La vida de aquí seguirá por su camino y yo por el mío. No hay nada más real que esto. Caminos que cruzan, pero no enmarañan. Chloe... ¿me olvidará? Las cartas, los dibujos, los tés compartidos, todo ¿a dónde va? Todo es un gran fantasma, una manta cegadora. Me voy pronto, pero ¿estaba yo aquí, estoy todavía?”

– Anda, ¡qué expresión tienes!, ¿qué estás tramando? –Fiona interrumpió mis divagaciones–. Vamos, la gente está esperando.

Servimos el lunch y me fui a cambiar –iba a participar en el último curso–. Sentía una gran ilusión por la nueva experiencia y toda la mañana estuve dando vueltas alrededor del estudio, impaciente. Si me dieron esa oportunidad, es porque, probablemente, no era tan transparente como pensaba.

Me puse la ropa blanca, como si se tratase de la comunión, y me dirigí al estudio resplandeciente por los reflejos del sol en los cristales. Era un lugar espacioso, con mucha luz y un clima que favorecía una atmósfera de trabajo confortable. Una de las fachadas daba al jardín con un ventanal y las demás miraban al valle, transmitiendo paz y calma y ayudando a la concentración de los estudiantes. Me asignaron un asiento justo enfrente de la ventana y, mientras Jenny y Mary estaban amasando la arcilla, yo observaba el juego de un burro y un caballo, compartiendo sus carreras solitarias.

– ¿Estáis preparados? –éramos 5 en el estudio y todos sonreímos con ilusión–. Yo me quedaré contigo y Mary explicará al resto la técnica del amasado, ¿de acuerdo?

Jenny me acompañó en la práctica con el torno. Me ense-

ñó cómo coger el trozo de arcilla y cómo lanzarlo al plato giratorio. Pero antes de nada, ponía sus manos por encima de las mías y me llevaba enseñando las formas más básicas. En cuanto me soltaba, todo se estropeaba por la falta de fuerza en mis brazos. No conseguía hacer ni lo más básico. No me faltaba tanto la fuerza, sino la concentración y Jenny, viendo el panorama, me dejó sola para que me concentrase. Los ruidos y las voces llegaban de todos lados y la imagen de los animales jugando en el campo me distraía aún más.

Pasaron unas dos horas antes de que me saliese algo mas o menos estable y, como las profesoras estaban ocupadas, seguía con lo mismo, repitiendo una y otra vez los movimientos indicados. Se me estaban hinchando las venas al guardar la respiración y sólo podía exhalar cuando se paraba el torno.

– A ver... ¿qué tal aquí? –Jenny vino a ayudarme–. ¿Pero qué te pasa? Respira, respira. Relájate, es un trabajo de concentración, no de buceo. Mira –cogió otra vez mis manos–, empieza suave, pero las manos firmes, como un hierro. Cuenta hacia dentro, escucha tu respiración, el barro es un material orgánico, no te escuchará si no lo escuchas a él, debe ser recíproco.

Y me encogí otra vez, apoyé los codos en los muslos, fijé bien los brazos y manos y empecé a acelerar el torno. Sin darme cuenta, seguía sin respirar.

– ¡Respira! ¡Vamos!

Inspiré profundamente y al soltar el aire, sentí la relajación. Miré abajo y entre mis manos firmes el barro empezó a formarse sin cortes, ni desviaciones. Me sobresaltó el corazón de alegría.

– Muy bien, muy bien, sigue así, ¡no pares!

Yo seguía. Dejé de pensar en la respiración y por fin conseguí sentir la masa, la espesura y la profundidad. Me quedé sola, sin notar la presencia de nadie, nada me distraía. Nada llegaba a perturbar mi mente. Un nada, viscoso y placentero se formaba dentro y fuera, reflejándose en las formas que bajo una pulsación más floja

o más fuerte, cambiaba rotundamente la dirección.

*Cogí un trozo de arcilla,
lo miré bien y pensé en sus posibles representaciones.
¿Es la creación de por sí?
¿Posee algún valor antes de tocarlo?
O, mejor dicho, ¿somos las personas de por sí
o hay que tocarnos y amasar para convertirse en personas?*

.....

Hace dos días se acabó el último curso y con él se ha devastado el pueblo. Mary se fue también y nos quedamos las tres en casa: las dos hermanas y yo. Volvimos a la vida normal, tan normal que dejó mi mente totalmente descontrolada. Mi transparencia volvió a su esplendor y no sabía dónde meterme, ni cómo protegerme de esa ausencia absoluta.

Quedaba poco trabajo para hacer y pasábamos los días ocupándonos del jardín y arreglando la cerca del pasto de las cabras. Llovía mucho y no sentíamos ganas de salir. Después de comer y por las noches nos juntábamos en el salón secreto de Fiona para ver la tele y tomar un cacao caliente.

“¿Y estos últimos días? —me preguntaba antes de dormir—, ¿una aventura solitaria o una nueva puerta que se me abrió? La luz se está filtrando desde la puerta, iluminando mi habitación con la intensidad de unas antiguas ilusiones. ¿Cuánto se quedará abierta? ¿Puedo entrar o es una farsa? ¿No es por esto por lo que estoy aquí, no es esto a lo que me conduje yo misma? —no podía deshacerme de esos pensamientos, me perseguían, como palomas mensajeras, deseando comunicarme algo—. ¿Y porque siempre necesito una puerta externa? ¿Acaso no la puedo descubrir dentro, acaso no la puedo crear yo? —y aceptaba cualquiera de las opciones, porque ninguna

me molestaba más que otra. Ninguna superaba a la otra en el mundo de los objetos. A nadie, a nadie le interesaría cuántas puertas tengo por dentro, si son importadas o si son de mi propia creación.”

Con todas las ideas rodando en mi cabeza me metía en un lio, sin saber a quién acudir. Los hechos externos empezaron a disminuir y un bulto interior me nublaba la cabeza.

Sentía que se acercaba el final de mi aventura y no entendía cómo podía hacerse una curva tan decreciente. “¿Estaba yo, en algún momento, realmente arriba? Cuando vine, en el mismo principio, ¿estaba arriba o no? ¿Estaba arriba o no? ¿Y si no estaba arriba, dónde estaba? ¿Y dónde estoy ahora? ¿Hay un arriba y un abajo?” —ya no sabía ni dónde me encontraba, ni tampoco le veía algún sentido. Ante mis ojos se construyó un todo, un mecanismo unido, un todo funcional, y de una manera muy simple se descompuso, antes de que lo abandonara. Era una cuestión del tiempo que jugó una mala partida. O, quizás, la buena. Al fin y al cabo el juego obedecía al tiempo y yo lo engañé con la maestría de un malabarista.

Antes de la partida de Jenny, fuimos a Cazals al mercadillo ambulante. Nos separamos y me fui a dar vueltas entre los puestos de antigüedades. Me acercaba a las mesas, deslizaba mis ojos por los objetos que se mezclaban en una maraña del pelaje más extravagante y me iba, incapaz de extraer algún objeto en concreto digno de mi atención. En una de las mesas se colocaban ordenadamente las fotografías antiguas que compartían el espacio con los cuchillos oxidados y los instrumentos metálicos, como si fueran los guardias de las personas fotografiadas, y las revolvía con la necesidad de descubrir algo valioso. El vendedor me miraba de reojo, así que tuve que contener mis impulsos y al final elegí dos tarjetas postales de los años 50 con las dedicatorias en el reverso que me recordaron la carta de Jaque dedicada a Chloe. Las palabras de amor traslucían sin necesidad de entenderlas.

En uno de los rincones del puesto me tropecé con una tinaja descolorida y desgastada que parecía una viuda encorvada, petrificada con los años. Me senté al lado y la miré fijamente. Investigué sus curvas, sus asas, imaginé la intensidad de los colores y los ornamentos que tenía antaño. Qué raros se me hicieron aquellos minutos. Me comparaba con ella sin querer y no me deshacía de la sensación de proximidad y unión. Me mareé y, reposando unos segundos, me fui de aquel lugar.

El camino a casa se me hizo muy largo. Empezó a llover y el coche, aunque lo conducía Fiona, se estaba ralentizando bastante. Las hermanas iban charlando todo el rato, pero a mí no me llegaba más que unos ruidos que se mezclaban con la pesadez de las gotas cayendo de frente. “¡Qué largo es el camino de vuelta cuando no hay ilusión de volver!”

– Bueno, chicas, me voy –Jenny estaba en el coche, preparada a emprender el camino a Londres–. Fue un placer conocerte, no dejes la cerámica, ¡seguro, que progresarás muy rápido! Mañana saca tus piezas, estarán ya hechas... bueno, un beso... ¡adiós!

Nos despedimos y Jenny arrancó el coche. Asti la siguió hasta la salida del pueblo y luego se paró mirando la curva que dejaba Jenny tras de sí.

.....

– ¿Has visto esto? –Fiona apareció en mi habitación por la mañana–. ¿Lo sabías, verdad, lo de Jaque y Chloe?

– Bueno... sí... –no sabía cómo contestarle y si debía intervenir en esos asuntos.

– Ah, llevo sospechando algo varios días.

– ¿Por qué?

– Pues porque aparecía mucho por aquí últimamente. La verdad, es que al principio pensé que era por ti, pero hoy, cuando saqué mi coche por la mañana temprano, no pude salir. El coche de

Jaque me estaba cortando el paso y lo llamé para que lo quitase.

– ¿Y te dijo algo?

– ¿Qué me va a decir? ¿Y qué voy a decir yo a un hombre adulto? Son mayores ya, no me voy a meter. Aunque no me lo esperaba. Él y Chloe, ¡vaya pareja!

– ¡Pero están felices!

– Me lo imagino y espero que no sea otra de sus farsas. ¡Siempre con las tuyas!

– Sois como dos gatas. Y no es ninguna farsa, aunque mejor que lo hables con ella.

– Ah, lo siento cariño, no quiero meterte en todo esto. Sé que lleva mucho tiempo enfadada conmigo. Pero tú tienes la razón, hablaré con ella –y Fiona bajó su mirada, pensativa.

– ¿A dónde fuiste por la mañana? –intenté distraerla.

– Ah, no te lo he dicho. ¡He aprobado el examen! Ahora sí que voy a obtener mi nacionalidad. ¡Todo cambiará! –una vez más vi brillar sus ojos.

– ¡Qué alegría, felicidades!

– ¿Tomamos algo?

– Todavía no he desayunado...

– He traído croissants –me guiñó el ojo y nos fuimos a preparar el café.

Hacía un día tranquilo, de vez en cuando interrumpido por un gemido del burro o el gorjeo de los pájaros. Todo se calmó, hasta mis propios pensamientos hibernaban dulcemente. Estábamos en la terraza tomando el café, cada una dedicándose a sus cosas. Fiona sacó todas las revistas acumuladas durante meses en aquel cajón lejano y se puso a ordenarlas. A mí me parecían un trasto anticuado e inútil, pero ella les tenía un cariño especial que le impedía tirarlas. Al final decidió cancelar algunas suscripciones y utilizó algunos papeles para prender la chimenea. Las que se habían quedado –las revistas de bricolaje de su ex marido– las hojeaba con

una nostalgia muy profunda y un cariño especial. Ni se planteaba cancelar aquellas suscripciones. Esas revistas le llegaban cada mes durante los últimos 10 años y todavía no tuvo el coraje de desprenderse del pasado y disfrutarlo, sin quedar presa de él.

Yo estaba a su lado leyendo un periódico inglés y, aunque no entendía gran parte de la información, seguía hojeando. Tenía la sensación de una simulación bien hecha. Me miraba desde fuera, leyendo algo que no me interesaba, que no me correspondía, pero que por alguna razón me producía un temblor alegre, revolviéndome las entrañas. Aquel trozo de papel era lo último que podía sostener mi pertenencia al pueblo.

– ¡Hola Martín! ¿Qué nos traes hoy? –el cartero sacó una carta y dos revistas.

– ¿Me firmas aquí? –Fiona firmó sin mirar siquiera–. Muy bien, ¡qué paséis buen día!

– ¿Y para mí, nada?

– No, cariño, lo siento...

– Pues no me iré hoy. Esperaré hasta mañana. Todavía puede llegar a tiempo.

– Cómo quieres, pero si no, te lo puedo reenviar en cuánto lo reciba.

– No te preocupes, sé que llegará mañana. Debe llegar mañana.

Y me quedé un día más, esperando tu carta.

Y por ahora te mando las mías.

No puedo parar de escribir ni un día.

Se habían convertido en mi diario desde hace tiempo,

pero ahora tendrán un destinatario.

Guárdalas bien, la memoria de este mes la tendrás tú toda entera.

Ahora es tu memoria.

El día pasó en calma. Chloe vino a despedirse. Había cam-

biado desde que la vi la última vez. Y no era por el cambio floral de su pelo, sino porque se había convertido en una flor. Sonreía abiertamente, nada de su misterio lúgubre, le brillaba hasta la piel y sus pétalos emanaban un aroma rejuvenecedor.

– Te voy a echar de menos. Nunca me hice amiga de una voluntaria, ni tampoco he conocido a nadie como tú. Siempre puedes volver. Esta será tu casa.

– Volveré, pero no caigas en la tristeza, ¿vale? Te veo floreciente, guárdalo.

Chloe me abrazó fuertemente y ese gesto de la cercanía repentina fortaleció sus palabras.

– Chloe, espera –Fiona la paró justo antes de que saliese–. Siento por lo de ayer. Me alegro mucho por vosotros. Ya sabes, solo quiero que estéis bien –fue la primera vez que vi a Fiona en un estado sentimental.

– Lo sé, Fiona. No te preocupes, lo entiendo todo –Chloe hizo un ademán de abrazarla, pero por su torpeza se quedó congelada en el marco de la puerta. Miró a Fiona con agradecimiento y salió. Jaque la estaba esperando.

– Estará bien. Ahora hay alguien que la cuidará.

– Sí, pero no es lo que necesita –Fiona seguía mirando por la puerta–. No necesita que la cuiden, es una historia ya pasada. Pero el amor... espero que sea verdadero. Ah, bueno. Ya la cuidé bastante, ahora es un pájaro libre.

– ¡Siempre lo fue!

– Sí... –Fiona exhaló y finalmente apartó su mirada de la puerta–. ¿Vienes conmigo a dar un paseo por el bosque después de comer?

– Por supuesto, ahora soy yo a la que le toca despedirse.

El día pasaba lento y todo mi ser lo seguía al unísono. Fui a ver las cabras que estaban tomando el sol tumbadas, lo que era algo inhabitual en su comportamiento jovial. El ambiente se congeló en

una imagen perfecta, justo para que yo lo captase y lo recordase así, sin variaciones. Una imagen idílica, en la búsqueda de la cual vine hace un mes.

Para concluir mi despedida fui al estudio de cerámica. Ahí encontré mis piezas, lisas, blancas, limpias. Cogí solo una de ellas y la envolví en papel para que no se rompiese por el camino. Al resto las abandoné en el estudio para que quedase una huella física de mi presencia en el pueblo. Me sentí mejor, cuando supe que Fiona acogería a una de esas piezas para el uso doméstico.

Decidí volver a la casa para dejar de lamentar y ocuparme de algo. Fiona estaba en su despacho haciendo cálculos y leyendo correos. Me sorprendía la facilidad con la que se desenvolvía con las despedidas. Probablemente, aprendió hace tiempo no sufrir por ellas, no darles mucha importancia. ¡"Por tantas despedidas que tuvo!" Era una mujer fuerte.

– ¿Ya has vuelto? ¿Comemos aquí o quieres que llevemos la comida al bosque?

– Prefiero comer aquí. Me gusta comer en esta mesa. ¿Te importa?

– Claro que no, cariño, es tu día...

Y nos quedamos un rato más en la casa. Mientras comíamos, me despedía de la cocina –ágora de todos los encuentros de nuestra pequeña comunidad–. Me despedía de la chimenea apagada, tan limpia y brillante, como si nunca se le hubieran ardido las entrañas; me fijaba en la mesa que con todas sus rajaduras y grietas me recordaba un campo de batalla y que se hizo testigo de todas las cartas que te escribí; me atraía la puerta que parecía albergar todo el valle en su barriga y muchas cosas más que se me hicieron tan conocidas y cercanas.

Salimos sobre las 5 de la tarde hacia el oeste, atravesando el campo del pasto de los caballos y subiendo al punto más alto donde se encontraba una "gariotte" maciza y amplia, como para

albergar a unas 10 personas o unas 20 ovejas.

Pasando el campo, entramos en el bosque y fuimos andando, ciñéndonos al antiguo camino empedrado. Fiona iba rápido y yo, aunque era más alta y más joven, casi corría por detrás de ella. Asti estaba jaleando a nuestro alrededor y a veces se paraba para masticar la hierba u oler los arbustos. En media hora Fiona ralentizó el paso, justo antes de salir a un sendero más amplio donde podíamos ir la una al lado de la otra sin darnos codazos.

Recuerdo poco de lo que hablamos, pero sé que fue la primera vez que Fiona no se ocultaba detrás de otras personas. Me contaba las historias de su vida en Londres antes de cambiar de país y sus aventuras de juventud me hacían estallar de risa. Me hablaba de sus planes para el futuro y todo parecía arreglarse. Los problemas de sus amigos, de sus hijos y de su hermana estaban resueltos. Los suyos propios también. Estaba en un estado zen. Nada le perturbaba.

Atravesando el campo, me señaló un árbol que estaba muriendo desde hace meses y en el cual encontramos los primeros brotes de vida. Me produjo un efecto refrescante. El sol poniente se nos reflejaba en las frentes y la mirada se hacía más clara, más transparente. “No es tan mal, ser transparente” –pensé yo.

24 de Abril.

Carta N° 16.
El Amanecer.

Dormí tranquila, muchas horas. Al despertar, saludé a mis amigas que tomaban el sol en la ventana. Estaban igual de alegres que el primer día cuando nos conocimos, moviendo sus patas e intentando atrapar los rayos de luz.

Fiona se fue por la mañana a dar la clase de inglés y la casa se quedó bajo mi control. Asti, al verme entrar en el comedor, empezó a corretear alrededor y le abrí la puerta de entrada para que saliese a jugar. Puse la radio con el mismo programa de siempre que tanto le gustaba a Fiona y me preparé un desayuno simple de dos huevos duros, mayonesa casera y algo de pan artesanal con mantequilla. Los toscos sabores de pueblo se me hicieron más sabrosos.

Subí el volumen y fui a recoger mis cosas que cabían en una mochila pequeña. No me puse casi nada de lo que traje, así que para el viaje de vuelta me arreglé, aspirando a los nuevos milagros de la vida externa. La ropa que me prestó Fiona la doblé cuidadosamente y la observé con mesura. Albergaba las marcas que señalaban nuestra unión: las rozaduras verdes del césped, los tomates, las manchas, los cortes, las arrugas. Por un momento se me pasó por la cabeza llevar alguna de las prendas, pero al final lo dejé todo. Seguramente, algún día le podrán servir a otra persona tan fielmente como a mí.

– Bueno, amigas, aquí os dejo –me senté en el alféizar y miré por última vez a mis arañas–. Fue un placer compartir el cuarto con vosotras. Mañana vendrán los padres de Fiona, ya os conocéis, supongo –en este momento escuché al cartero subiendo las escaleras. Salí rápidamente del cuarto y bajé la música.

– Buenos días. ¿Me firmas?

– Por supuesto –y, mientras firmaba con las manos temblando, buscaba tu carta–. Muchas gracias.

– A usted, ¡qué pase buen día!

– ¡Adiós!

Me senté en el sillón, puse la manta sobre la rodillas y Asti vino a tumbarse a mis pies. Lo primero que cogí eran las revistas de bricolaje; mas abajo, un periódico inglés y un recetario nuevo; luego, una revista de ocio de la comarca y justo por debajo, tu carta. La tenía en mis manos. La sujetaba como un trozo de oro. Me sentía paralizada, pero a la vez con mucha energía. Sabía que llegaría. ¡Lo sabía! Pero no la abrí, no tenía coraje, no era el momento. Tenía que esperar.

Guardé la carta en mi cuaderno y me puse a escribir mientras esperaba a Fiona. El día me sonreía y me prometía acompañarme en mi largo viaje. No estaba pensando en el pueblo, mentalmente ya estaba en otro lugar.

Apareció Fiona. No escuché cómo aparcó su coche. Se sentó en otra esquina de la mesa y rompió a llorar, tapándose la cara con las manos. No me contestaba y yo no sabía cómo reaccionar. Tan extrañas me parecían sus lágrimas y aún más con mi propio estado de lucidez.

– Se fue –dijo finalmente–. Se fueron, mejor dicho.

– ¿Quién?

– Mi ex marido con su mujer y su hijo... y es tan... tan... extraño –levantó sus ojos y me miró suplicándome, buscando ayuda–. Es extraño, simplemente. Y no es nada, la verdad es que no es nada, no sé ni por qué lloro, pero... pero es tan parecido a lo que vivimos nosotros. Ah, el tiempo... hace 15 años era yo quien estaba en lugar de su mujer y nos íbamos en el coche desde Inglaterra con nuestros hijos pequeños a buscar una nueva vida, aventuras... y ahora ellos, nueva vida... sí, nueva vida. Pero me alegro, me alegro por ellos... ahora les espera una buena nueva vida y aventuras... –paró un minuto, pensativa–. La vida es dura, sobre todo cuando uno piensa que lo tiene todo, cuando todo está establecido, bien re-

glado, sin preocupaciones ni problemas. ¿Y ahora qué? Ahora nada, yo seguiré aquí, mis hijos en Londres y él con su familia en Noruega. Nada cambia, en realidad. Nos escribiremos algunos correos y ahí se quedará. ¿Y si no nos hubiéramos mudado aquí, conocería a esa mujer? —Fiona entraba otra vez en la fase de los remordimientos—. Si no la hubiera conocido, estaríamos juntos y... no, no, no puedo pensar en esto, rotundamente no. Conocería otra y nos separaríamos igual, quién sabe qué pasaría. Ah, se me hace demasiado difícil. Pero no es nada, todo es nada —finalmente exhaló, ahogada de tanto hablar, y me miró—. Bueno, y tú, ¿estás preparada?

Le mostré tu carta.

— ¡Qué alegría! —dijo ella y otra vez cayó en sus pensamientos turbulentos.

— Fiona, pero tú, ¿cómo puedes quedarte sola? Ni un día te vi tranquila en la soledad. ¡Cuánta gente te adora y te necesita!

— Sí, cariño, tienes razón... Pero es diferente. ¿Qué puede hacer la gente por mí? Apenas nos conocemos y ya vuelven a sus casas donde los esperan sus familiares y yo me quedo aquí. Es la realidad... pensáis que no lo entiendo, pero no es así. Me costó aceptar el divorcio y la mudanza de mis hijos. ¡Sobre todo la de Ana! Me dejó sola y yo no sabía a quién cuidar. Yo misma no necesito mucho cuidado. ¡Qué aburrido es cuidarse de uno mismo! —se calló un momento, reflexionando—. Y entonces apareció Chloe, como un rayo de sol, buscando un piso. Le alquilé el estudio de abajo y eso nos hizo muy feliz. Tardes compartidas, paseos por el bosque, ¡hasta su rebeldía me parecía algo mágico! ¡Qué animal más salvaje! ¡Qué de historias, qué de imaginación! Me resucitó literalmente, pero yo no supe manejarlo. No era mi hija para que le tratase así, ¿entiendes?

— Ahora sí...

— Ya ves a dónde me llevó todo esto. Chloe no quiere saber nada de mí y está muy feliz con Jaque. ¿Y por qué fui tan ciega? Ésta sí que es la más grande de todas las tonterías —concluyó.

– Fiona, concédete algo de libertad. Siempre olvidas de pensar en ti, esto sí que es una tontería. Y lo de cuidarte, ¿cómo que no es necesario? ¿Quién te cuidará si no te cuidas ni tu misma?

– Yo, me cuidaré yo –no sentí seguridad en su tono. Me contestó así para intentar convencer a sí misma que ya poseía el valor de su vida. En parte era real, pero ella sabía que su verdadero amor acababa de irse. Se le rompía el corazón de impotencia. Era la única cosa que era incapaz de resolver en su vida. Una astilla que se había adherido fijamente a su ser.

– Te hago un té, tienes que relajarte, ¿vale?

– Sí, gracias, pero no te preocupes tanto, lo resolveré. Siempre hay una salida...mira, te traje unos sándwiches para el camino. Son de la bollería de Cazals, espero que te gusten...

Se lo agradecí. Le agradecí los sándwiches, su ayuda, su optimismo. Le estaba agradecida por todo. Tomamos un té, me despedí de Asti y de los gatos, cogí mi mochila y ella me llevó en coche a la parada. Empezaba a llover. Nos quedamos un rato dentro sin saber qué decirnos, acechando el bus. En 5 minutos escuché el sonido del motor, Fiona me besó en la frente y yo la abracé, diciéndole: “¡Todo irá bien!”. Ella me dijo lo mismo.

Salí del coche, atravesé la calle y entré en el bus absolutamente vacío. Arrancó y pegué la frente a la ventana, observando el coche de Fiona alejándose y escondiéndose detrás del puente hasta perderse en la niebla.

Me coloqué en los primeros asientos, que daban al parabrisas y cuidadosamente saqué tu carta del cuaderno. Abrí el sobre, miré alrededor, por si algún alma me observaba, y, aunque no había nadie, me arimé a la ventana. La velocidad estaba dejando atrás los campos de un verdor profundo y se entregaba al cielo alto que nos abría el paso.

Finalmente aparte la mirada de la ventana y me sumergí en tu carta. El puente se estaba abriendo.

27 de Abril.



Para ti.

Lanzo mi último rayo hacia ti, sin la certeza de que llegue, pero con la esperanza que lo hará. No puedo decirte todo lo que me gustaría por no arriesgarme que no te llegue. Igualmente no te dije muchas otras cosas, pensé que perderíamos mucho si no aprovechásemos este tiempo de separación y soledad, ahora ya cocinado, solo deseo verte. Estaré aquí esperándote.



Recojo el testigo de tus palabras, tan lejanas, como aquel eco. Qué extrañas imágenes serán mis recuerdos reconstruidos por ti, y más extraño resultarían tus recuerdos en mi propia reconstrucción, ¿te gustaron?, ¿se parecen a tu realidad? Me pregunto si el ideal que me has ido contando ha sido bien reflejado en mis dibujos. ¿Podrán ser la verdadera imagen de tu recuerdo algún día? Es extraño como podemos derivar un recuerdo de otra persona, como podemos destruirlo o cómo podemos hacerlo aún más real.

Bailar, bailar y bailar. Ahh, estoy riendo a carcajadas, mi familia pensará que ando loco, y, probablemente, no se equivoquen del todo. Saber que pronto te veré invoca en mí aquellos tempranos recuerdos: esos bailes salvajes y desenfrenados, los besos furtivos entre las hierbas, esa primera mirada en la noche iluminada por las luces del puente. Anoche te hablaba. Era Domingo de Ramos, el calor era insoportable y la ciudad estaba abarrotada. Fuimos unos cuantos al monte para saborear mejor las dulzuras de la ciudad observada desde la distancia. Un gran cielo estrellado, que se fue encapotando con cabezas de Mickey Mouse, nos guardaba, mientras Jesús era prendido en la ciudad. Aun no te conozco, pero no me da miedo decirte que lloré al verle gritar, disfrutar y hasta caerse por el barro, en un juego de espadas imaginarias, desinhibido, fuera de sí, huyendo del dolor de un mal recuerdo. Anoche me emocioné realmente. Su abuelo murió hace dos días. ¿Parece duro, verdad? Pero al final es inevitable. Bueno, es una obviedad.

Me fascina tu memoria, la mía se mueve de una forma más lánguida y floja (admiro las grandes memorias, con esta cabezón ya me podrían haber incluido una, bueno, lo mismo en la próxima actualización). Admiro esa capacidad, como la tenía mi abuelo. Cuando regreses te llevaré a la biblioteca que era su hogar. Pocos recuerdos se me fotografían en la memoria, pero aquel perdu-

rará. Recuerdo aquella llamada: “ven rápido, estamos todos aquí. Se muere”. Salí disparado. Tardé 20 min en recorrer la ciudad con mi bici. Al llegar, estaban todos ya allí, a su alrededor, sobrinos, hijos, yernos, hasta el último de sus hermanos que aún vivía. Exhalaba sus últimas sonrisas, ya casi sin el menor de los sentidos, en aquella camilla instalada en su salón. Había pasado sus últimos días de vida en ella, perdiendo poco a poco la movilidad, aunque más a su pesar, casi por completo la vista.

Su verdadera pasión habían sido los libros. Creo que para él lo habían sido todo. Le recuerdo siempre leyendo, libro tras libro, su mirada se enfrascaba en investigaciones y sueños, hasta que la llamada de alguno de nosotros le reclamaba, a la que él, suavemente levantando su cabeza, sonreía, siempre con esa sonrisa, menuda sonrisa. Me hubiera encantado que le hubieras conocido. Creo que jamás habrá en el mundo una sonrisa tan pura, ni un corazón tan bondadoso. Pero ni a las buenas sonrisas les tiene respeto la muerte. Recuerdo su última mirada. Yo estaba al fondo del salón en una esquina; sus hijos, entre ellos mi madre, lo rodeaban; su hermano, a la derecha del padre, le secundaba y sus nietos concluían el segundo círculo. Yo estaba en un punto en el que veía la escena completa, como el cuadro aquel del torero moribundo, que vimos en museo de bellas artes. Quise tener mi cámara allí para fotografiar aquel momento, pero sabía que no era necesario. Mi mala memoria debió tomarse unas vacaciones aquel día, pues recuerdo hasta los calcetines, hasta los pelos despeinados, hasta el olor de los suspiros. Recuerdo aquella última mirada que nos dirigió a todos, recuerdo la última mirada que me mandó, la mirada de alguien que abandonaba su cuerpo, pero que me confirmaba que nunca se iría. A veces aun puedo hablar con él, a veces hasta desearía que él no fuera mi abuelo, sino que hubiéramos sido coetáneos, dos buenos amigos de la misma edad.

Hubo mucho silencio, él cerró los ojos, mientras respiraba con una cadencia menor a cada paso, de costero a costero, como si la carrera acabase, como si llegara a su destino. Él ya estaba frente al portón, ya había llegado a casa. No sentí pena alguna, sabía que donde estaba ahora era dónde siempre había querido estar. Sus padres, sus hermanos, sus amigos y su mujer le darían la bienvenida. Se apagó. Mi madre corrió llorando hacia la habitación de su infancia, todos la miraron con la misma tristeza, sin ser capaces de moverse de aquel lugar, como si albergaran una esperanza final: “¡buenas noches familia, que bien que estéis todos aquí, qué alegría!”.

Ya no habrá más discursos de navidad. Salí tras ella, la alcancé en el pasillo, paralizada sobre sus propias lagrimas, la abracé, mientras se consolaba. Le faltaba el aire, pero sintiendo mi apoyo, poco a poco empezó a calmarse. Apaciguada, la llevé junto al resto, sus hermanos la recogieron en sus brazos y se fundieron en uno para despedirse juntos de Él. Los demás, ya desperdigados por la casa, se iban uniendo por afiliaciones con tímidas sonrisas de ánimo. Salí a la terraza, mis 3 primos varones me aguardaban, me invitaron a un cigarro, en el que absorbí el aire que Él había exhalado. Lancé mi mirada por el balcón hacia la calle. El semáforo se puso en verde, dando la salida a los coches que iban y venían a sus distintos destinos, una pareja se abrazaba mientras paseaban con las bolsas de la compra, un hombre recogía la mierda de su perro y los niños corrían lanzándose globos de agua. Todo seguía igual. En aquel 5ºA la vida había frenado secamente, mientras allí abajo todo seguía igual. El hombre más importante de mi vida había muerto y abajo todo seguía igual. Nada había cambiado, todo seguía igual.

Siempre que me he sentido solo, cerraba los ojos, abría una de tus puertas, colgaba mi cuerpo en el armario y mi ojo salía a

observarte. No tenía respuestas, pero estaba ahí, decidido a encarar las mismas preguntas. O plantear nuevas. Hacer crecer el árbol. Mi ojo estaba ahí, siempre estaba ahí.

¿Damos un paseo?

sin fecha

ÍNDICE

Carta N° 1.	El azar.....	9
Carta N° 2	Los habitantes.	13
Carta N° 3	El pueblo.	21
Carta N° 4	El “Café”.....	29
Carta N° 5	Lea.	35
Carta N° 6	El curso.	51
Carta N° 7	Fiona.	61
Carta N° 8.	El Retiro.	71
Carta N° 9.	La Resurrección.....	81
Carta N° 10.	La rutina.	91
Carta N° 11.	Las esperanzas.	101
Carta N° 12.	Chloe.....	113
Carta N° 13	La memoria.....	127
Carta N° 14.	Charlotte.	133
Carta N° 15.	El Ocaso.....	139
Carta N° 16.	El Amanecer.....	149
	Para ti.....	155

